AYDETÍ, HAITÍ

Fernando Casella

METRÓPOLIS
LIBROS
POR EL MUNDO

AYDETÍ, HAITÍ

Fernando Casella

METRÓPOLIS
LIBROS
POR EL MUNDO

Casella, Fernando
Aydetí, Haití / Fernando Casella. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Metrópolis Libros, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8924-72-4

1. Crónica Periodística. 2. Haití. 3.
Terremotos. I. Título.
CDD 070.449

© 2022, Fernando Casella
Primera edición, diciembre 2022

Ilustración de cubierta
Fernando Falcone

Diseño y diagramación
Lara Melamet

Corrección
Martín Vittón y Karina Garofalo

Conversión a formato digital
Libresque

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

PAM!
Editorial PAM! Publicaciones SRL, Ciudad de Buenos Aires, Argentina
info@pampublicaciones.com.ar
www.pampublicaciones.com.ar

Emi

«El negro es vagabundo, perezoso, negligente, indolente y de costumbres disolutas.»

CARL VON LINNEO

(científico y naturalista sueco, 1707-1778)

«El negro puede desarrollar ciertas habilidades humanas, como el loro, que habla algunas palabras.»

DAVID HUME

(filósofo escocés, 1711-1776)

«El azúcar sería demasiado caro si no trabajaran los esclavos en su producción. Dichos esclavos son negros desde los pies hasta la cabeza y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible tenerles lástima. Resulta impensable que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro.»

MONTESQUIEU

(filósofo francés, 1689-1755)

Prólogo

El tumulto es por dos hombres que están sentados en una plaza jugando al dominó. Apenas llego a verlos por los huecos que dejan los cuerpos de las quince o veinte personas que los rodean. Cada tanto hay un rumor, los que miran se agitan un poco y descubren una porción de los jugadores.

—Casi todos los días hay partidos de dominó —me explica Luigi, mi guía—. Se lo toman muy en serio.

Ya lo veo, pienso. Pero lo que llama mi atención es el ladrillo. A un costado de los pies de los que juegan hay dos ladrillos rojos apoyados en el piso. Con cada nuevo murmullo, los que miran se mueven, pero no tocan los ladrillos ni se acercan demasiado, como si quisieran asegurarse de no patearlos por error.

Intuyo la respuesta, pero no termino de creérmela, así que le pregunto a Luigi.

—¿Qué hacen esos ladrillos en el piso?

—Son la apuesta. Después del terremoto empezaron a venir a esta plaza a jugar al dominó y apuestan ladrillos para reconstruir sus casas. Cuando les preguntás, todos cuentan historias y dicen que están a punto de levantar un baño o la habitación en la que por fin van a dormir con algo de privacidad. Pero no es cierto, son siempre los mismos ladrillos que pasan de mano en mano.

—¿Y nadie dice nada?

—¿Para qué? La mayoría sólo puede hacer eso, contar

historias.

No sé dónde estaba, qué hacía el 12 de enero de 2010 a las 14.53. Era jueves, haría calor, dormiría una siesta. Esa tarde me habrá llegado la noticia: un terremoto de 7,2 puntos en la escala de Richter dejó a Haití en ruinas, mató a cientos de miles. Habré pensado lo que se piensa, que habrá sido terrible, que los números eran terribles.

Oficialmente se habla de 315.000 muertos, 350.000 heridos y un millón y medio de desplazados, la manera neutra de decir *gente* que hace un rato tenía su casa y ya no.

Unos meses después decidí viajar a Haití para ver de cerca qué es lo que pasa con un país cuando un terremoto se ensaña como pocos. Pero sobre todo, por la distancia; no la que se mide en kilómetros, sino la que sigue ahí aunque uno se tome un avión y diga "Llegué, acá estoy": la que se cuenta en historia, idioma, decisiones, costumbres, miradas, hobbies. La que, con suerte, sirve para encontrar un porqué.

Entonces aparece la pregunta de si será peligroso. Una de las primeras cosas sobre Haití, siempre, es la pregunta de si será peligroso. Pero es tanta la distancia entre Haití y casi cualquier lugar que cómo es posible medir el riesgo y cómo se calcula el miedo. Una forma, supongo, es leer un poco de historia, conocer a los personajes, investigar de dónde vienen. Así que me digo: "Si algo ahí me convence, voy".

1

Había una vez Ayití

En los libros está el comienzo de la historia, que habla tan bien de la libertad. Cientos de páginas con unos cuantos héroes, fechas muy precisas y una versión lograda de todo lo que puede conseguirse cuando se quiere mucho algo. Si la historia de aquel Haití fuera hoy, sería un libro de autoayuda, y un éxito comercial.

"Enloquecidos por la avaricia, los españoles cayeron sobre ellos como bestias salvajes y rapiñadoras… matando, aterrorizando, hiriendo, torturando y destruyendo a los pueblos nativos, con los más extraños y variados métodos de crueldad, nunca vistos ni oídos antes."

El citado, que cuenta cómo empezó todo, es Bartolomé de las Casas, el evangelizador. Era 1502, apenas diez años después del mayor fracaso marítimo, que terminó siendo el mayor hallazgo.

Antes, Ayití —que los aborígenes locales llamaban así— no era Haití. En el siglo XV la isla rebalsaba de nativos taínos. Aunque las cifras no son tan claras, se calcula que en aquel entonces había alrededor de 500.000. En 1517, veinticinco años después de la llegada de Cristóbal Colón, la población indígena se había reducido bastante: arañaba los 10.000. Fue como vaciar una pileta y llenarla de nuevo, pero con otra agua, de otro color y temperatura. Ayití se fue diluyendo: la

estructura social, la forma de subsistencia, la religión, todo drenó bajo tierra y ahí quedó, mientras Europa le imponía sus formas. Más o menos entonces llegaron los primeros aventureros: piratas holandeses, ingleses y franceses en busca de oro y un lugar para esconder y esconderse. Los franceses, un poco más entusiastas, se dieron cuenta de que los españoles no podían controlar toda la isla y de a poco se fueron quedando, construyendo, corriéndose. Cada tanto se peleaban y eso no era bueno para los negocios, así que hicieron las paces y firmaron un tratado por el cual España le cedía a Francia el tercio oeste de la isla —que ya entonces habían bautizado Santo Domingo—. Ahí hay un porqué: por qué Haití, en el oeste de la isla, es una ex colonia francesa (con su arquitectura, su idioma y sus bellos nombres) y República Dominicana, en todo el resto, habla español.

Al principio no pasó demasiado, porque los piratas no sabían cultivar. Recién en 1720 los primeros inmigrantes llegados de Francia trabajaron la tierra y empezaron a hacer mucho dinero cultivando azúcar, café y cacao. La voz se corrió y de pronto todos tenían grandes proyectos para la colonia, y todos chocaban contra el mismo problema: la mano de obra.

Ya hacia 1500, y supuestamente por recomendación del más tarde arrepentido De las Casas, los primeros piratas inventaron el tráfico de esclavos africanos y los *negriers*, embarcaciones que salían de Europa —Países Bajos, Inglaterra,Francia—, llegaban a la costa africana y secuestraban a algunos miles que llevaban a Jamaica, Martinica o Haití. Así empezó a rellenarse este pedacito de isla, porque Francia necesitaba recaudar.

Promediando el siglo XVIII, medio millón de esclavos había hecho de esa porción de Santo Domingo el territorio francés

más productivo del mundo. Los libros cuentan: 182 fábricas de ron, 36 de tabiques, 370 hornos de cal. Cada año zarpaban hacia Francia 750 barcos con mercadería y 80.000 marineros. Para finales de 1700, Haití representaba el 40% de los ingresos totales de Francia.

Y eso, para empezar, es Haití.

2

¡Ah, yo soy haitiano!

Se supone que Haití es toda una experiencia. Escritores, cronistas, periodistas, estrellas de cine que intentan salvar el mundo cargando bolsas de arena empiezan por África o su sucursal más próxima, Haití.

Yo mismo honro el ritual: vine a Haití buscando una historia, o la que contaron los demás. Pero en mi pequeño momento de lucidez me doy cuenta de que no hay algo así como una historia que contar, ni que la miseria tenga una forma de ser o la enfermedad una manera preferida de matar. Pienso que los cuentos que se cuentan son todos bastante básicos y nada originales: un hombre, una mujer, unos hijos, a veces un trabajo, algo de plata, siempre la necesidad.

Aunque después, detrás de todo eso, de los títulos y los lugares comunes, está esto, ellos, los autos de todos los colores, los equipos de música siempre sonando, la mirada profunda de los que todavía deciden no pedir, la prepotencia física, esa belleza previa, el capricho de un idioma que es de ellos y de nadie más. Con las disculpas del caso, una cierta admiración.

Carreteando antes de despegar noto que no hay negros en el avión. Ni uno. Voy a República Dominicana, donde veré muchos, y después a la vecina Haití, la tierra donde los prejuicios se toman revancha, y yo seré mirado con

insistencia y sin derecho a réplica. Se siente el acento caribeño en el Airbus A319, pero es acento blanco, de Santo Domingo, de La Española después de Colón y antes de los bucaneros,de Bonaparte y del comercio triangular, cuando los europeos empezaron a llevar africanos a trabajar a América.

Y por primera vez pienso en cosas que nunca pienso. Por ejemplo, que el avión es blanco. Es por dentro y por fuera, excepto por la funda de los asientos, de un azul muy aerolínea. Las azafatas son blancas, y si alguna tiene un poco de tono vida se maquilla para cumplir bien el rol. El rol es, básicamente, aprender a tomar distancia. Ellos son los más blancos de todos, los esmerados, los que hablan sin necesidad de mirar ni tocar como para no oscurecer tanto ascetismo. La servilleta húmeda para lavarse las manos es blanca, el pedacito de pollo, la bandeja, el cuchillo y tenedor; no hay nada más blanco que la nube que está ahí justo fuera de la ventanilla, tan perfecta, o el uniforme del capitán. Hay blanco por donde se mire, o cuando ya no se quiere mirar y se baja la persiana de la ventana del avión. Blanco, siempre blanco, por unas horas más.

El Aeropuerto Internacional de las Américas, en Santo Domingo, República Dominicana, es alegre, tanto que no parece un aeropuerto internacional. Hay cuadros y pinturas y propaganda de cervezas de todos colores. Y hay negros. Uno de ellos es Wilson, que tiene cuarenta y siete años, habla francés, inglés, español y creol (la lengua de Haití), y quiere vivir una semana de mí. Wilson tiene un cartelito colgado en la remera que dice algo que no alcanzo a leer porque lo muestra rápido y lo da vuelta.

—Soy Wilson, de turismo: ¿inglés o francés?

Contesto español, y ahora que sabe qué hablo, quiere que le diga si necesito un hotel, o un taxi, o cambiar plata. Después de la negativa habitual me pide que lo siga, que él me va a mostrar, que me puede llevar los bolsos y todo lo que quiera, mientras sonríe y yo ya sé que mejor no. Entonces, cuando me justifico que me voy para Haití, pasa lo que tiene que pasar:

—¡Ah, yo soy haitiano!

El haitiano Wilson tiene mujer, tres hijos y una especie de primo lejano que vive en Haití. La familia tira, y una vez que me asegura que él sí es de fiar, comienza a pasearme por todo el aeropuerto buscando a un conocido, o el auto que dijo que tenía pero que seguro no es de él. Pasamos por una mesa de informes y el hombre que nos sigue con la mirada lo llama con tono despectivo. El haitiano se transforma de golpe, y toda su sonrisa y su confianza se apagan, y ese gigante negro se hace chiquito.

—No des vuelta el cartelito —le ordena el hombre de turismo como si no hubiera nada más importante que eso, el cartelito.

—Perdone —contesta el haitiano, y lo gira.

—Usted, señor —me mira a mí—, tiene que saber que el señor no es de turismo sino de una de las empresas de transporte.

El reto hace que me encariñe con Wilson, y ahora me siento obligado a decirle que sí. Ya en el auto camino al hotel me cuenta que su primo lejano se llama Michél, y que si nos ponemos de acuerdo en el precio, me estará esperando del otro lado de la frontera. Wilson sigue hablando todo el camino, aunque no sepa demasiado español. A menudo hace lo que debe hacer siempre, mezcla todos los idiomas que conoce de a pedazos y arma una idea bastante aproximada de

lo que piensa. Sentado a su lado miro su perfil, su cabeza bien redonda y pelada que empieza a arrugarse al llegar al cuello, y no sé por qué siento lo mismo que sentiré durante los próximos quince días, la idea de que cada persona que me cruce tratará de usarme, y de que eso, acá, supongo, está bien.

—No te preocupes por nada, podés confiar en mí —me dice Wilson, que si hay algo que aprendió en su vida es a leer gestos, y ya sabe que no me fío—; mi primo Michél te va a estar esperando, porque andar solo por Haití es muy peligroso.

El hotel que eligió Wilson cumple: barato y chiquito. El dueño es un estadounidense canoso y curioso de bermudas y camisa desabrochada. Está detrás del mostrador, te pide el pasaporte, te abre la puerta de la habitación y después, a eso de las nueve de la noche, te cocina la hamburguesa con papas fritas. En una mesita chica tiene una notebook con internet y cobra un dólar la hora. Antes de irse, Wilson dice que me va pasar a buscar a las 5.30 de la mañana para llevarme a la parada de la wawa que va a cruzar la frontera. Ceno y me voy temprano a la habitación a pasar la última noche de mi vida sin saber lo que es eso que llaman Haití.

Antes, como ahora, nadie llegaba a Haití porque sí. Hace quinientos años eran los esclavos negros, llevados a la fuerza por alguien más como mano de obra. En las últimas décadas son los voluntarios de las Naciones Unidas (ONU) y distintas ONG. Antes, como ahora, la estadía era breve: aquellos se morían, estos vuelven a sus países. Antes y ahora poblar Haití generaba y genera mucho dinero, aunque siempre para alguien más.

Yo también vengo interesado a conocer este lugar tan distante y a llevarme algo. Todavía no sé bien qué.

Parece completo, pero siempre hay lugar para uno más. En la wawa que va de Santo Domingo a Jimaní, en la frontera con Haití, el espacio es redefinido todo el tiempo para que donde entra uno quepan dos, y donde dos, cinco o seis más. Somos ocho en los primeros tres asientos, y sé que si pudiera girar el cuerpo vería un ramillo de brotes humanos sobresaliendo. Nadie se queja del bruto cuerpo encimado, del culo duro o el bolso negro de mujer colocado detrás del volante que tapa medio parabrisas, como en un acuerdo tácito de dolor, un sufrimiento mínimo necesario.

La wawa tiene un sistema de paradas más o menos programadas: cada tanto disminuye la velocidad, alguien abre la puerta corrediza de la combi, saca medio cuerpo y grita "¡Jimaní!". A una hora de salir paramos en Pollo Rey, un lugar de comida al paso, donde todos bajamos tratando de pisarnos lo menos posible y nos apuramos a agarrar nuestra bandeja de plástico roja y hacer la fila para pedir una porción de pollo frito y Coca trucha. Son las siete y media de la mañana y yo no termino de entender.

Mi compañero de asiento, el único que habla algo de español —además de francés, inglés y creol—, me dice que ya tenemos que subir. Cuando nos acomodamos de nuevo en la wawa —cuando nos ponemos de acuerdo en quién va a pisar qué parte de quién—, todos sacan sus estuches de telgopor, sus gaseosas y sus salsas y empiezan a comer. La wawa a Jimaní ahora es un caleidoscopio de sonidos y olores: las bolsas de papel se abren, las tapas de plástico de las Cocas se salen y quedan haciendo el hula-hula con la pajita, los mordiscos, la voz ronca atragantada, las mujeres y sus gritos que se desenrollan y llenan el lugar, los hombres y el timbre

agresivo de sus voces entre risas, un celular que suena y mi bronca porque eso también haya llegado acá, mi wawa de 360 pesos dominicanos a Jimaní.

Los olores saltan y se mezclan y es imposible adivinar quién come qué, todo es igual de rico y compartido. Nuestro chofer, que tiene una bolsa en cada mano, a poco de arrancar se da cuenta de que dejó olvidados a dos chicos, y ahora entiendo por qué el milagro de todo mi culo apoyado en el asiento y ambos pies tocando el suelo. Los chicos corren con sus bandejitas de telgopor y sus bolsas, entran, pisan mil pies, se ríen como locos, se sientan y salimos otra vez. Por algún motivo todo esto nos causa mucha gracia, y riendo nos alejamos de Pollo Rey.

Pasa un rato y alguien saca una bolsa y empieza a juntar los restos de basura. Cuando se llena y la wawa está a unos fatigosos ochenta kilómetros por hora, abre la puerta corrediza y tira la bolsa en la ruta. Al principio, algo tan arbitrario es como un crujido que rompe con esa especie de armonía confusa de la wawa. Con los días me daré cuenta de que muchos hacen eso, tirar basura donde sea que estén, y se me ocurre que quizá sea una de esas pequeñas cosas que sirven para construir la identidad de un país.

Si todo fuera causa y efecto —me entretengo, ya a una hora de Haití—, debería haber un accidente cada cien metros. Las dos manos del camino están cubiertas por autos, motos, camiones, camionetas, y todo eso en su versión wawa, todo en ambos sentidos y a la vez, todo el tiempo. Cuando estamos a punto de chocar una wawa más chica y matar a veinte de un tirón, empezamos a los bocinazos y, como si la filosofía wawa se aplicara a todos los ámbitos de la vida, los dos autos se apretujan un poco y pasan respirándose en la nuca por un espacio que en la vida real no existe y se inventa para

nosotros. Imagino lo difícil que sería para mi familia reconocer el cuerpo. Me divierte la idea de morir en una wawa rebosante de negros grandotes y sonrientes, como parte de algo tan ajeno que nadie sabría bien qué decir en el velatorio.

—¿Cómo murió?

—En una wawa a Jimaní, el pobre.

—¿Y eso que le sale por la nariz?

—Una papa frita insistente.

—Claro, ¡cuánto lo siento!

El chofer coquetea con una de las chicas que tiene al lado, en uno de los asientos improvisados a la altura de la palanca de cambios. Con una seña le dice que recueste la cabeza en su hombro, que descanse un ratito apoyada en él. Ella sonríe y lo mira fijo. Ninguno presta atención al camino. Ni siquiera yo.

A medida que nos acercamos a la frontera con Haití, la ruta se convierte más y más en un intruso de algo parecido a la vida salvaje. Más allá están las montañas que le dan el nombre al país y son el límite de este mundo irreal. Así, la historia de este lugar aparece de golpe en esta primera forma de conocer Haití. Los esclavos que se escapaban y se escondían en estas montañas y tocaban sus tambores para que algo, en sus vidas, cambiara alguna vez.

Para cruzar de República Dominicana a Haití un militar me pregunta si ya sellé el pasaporte. Sellar el pasaporte cuesta treinta y cinco dólares, un "impuesto al turismo" del que ya me habían hablado como lo más normal. Después de pagar y esperar mi vuelto de cinco dólares durante diez minutos, uno de los cuatro hombres que me rodean —siempre hay cuatro hombres alrededor—, que tiene anteojos espejados y tono canchero argentino, me recuerda que la gente está mal y que agradecería mucho una ayudita. Entre divertido y molesto, le

doy los cinco dólares de vuelto y un pequeño estrépito celebra mi generosidad.

En los quince metros desde la oficina de migraciones hasta la reja que separa ambos países, tres chicos se pelean por quedarse conmigo. Me hablan, me agarran del brazo, del hombro, de la cintura, de la manija del bolso. Me dicen en español de frontera que vaya con ellos, y de golpe empiezan a gritarse muy enojados conmigo en medio, y yo soy el responsable de esa discusión. Los chicos se dedican a quedarse con cualquier blanco que cruce este paso fronterizo, y eso es algo que ocurre muy de vez en cuando. Después vuelven a calmarse, el gesto se les relaja y empiezan otra vez con el español y los bolsos y los "ven conmigo, ven". Cada tanto me abrazan. Son quince metros así, sus manos un poco tímidas en mi espalda bajo el sol del mediodía y unos moderados treinta y cinco grados. Ya entendí que cruzar miradas se convierte en un compromiso asumido, y por eso tengo la vista en el camino, mientras alrededor muchos chicos se fijan en mí como la cosa más rara.

La primera impresión es que la reja no es tanto para dividir políticamente dos países vecinos, sino más bien para distanciarse de uno de ellos.

En el paso fronterizo de Jimaní, en el sur, el hambre no se hace desear. A ambos lados del camino por el que a diario van y vienen miles de personas, dos filas perfectas de carpas blancas se replican a sí mismas hasta que la perspectiva de una curva las amontona sin ningún sentido de la estética. En las carpas, convertidas en puestos callejeros, mujeres, ancianos y chicos venden lo que sea, piden lo que sea, hacen

lo que sea por unas cuantas gourdes, la moneda local. Otros chicos me rodean imitando a los anteriores, me abrazan con los mismos brazos, y las motos pasan muy ruidosas cargando dos o tres personas, lamentando algunos no haberse cruzado conmigo antes.

No sé qué es este lugar: un camino de frontera, un campamento de desplazados, una gran feria de necesidades, una excusa para escribir. No sé qué hacer con esto, aunque dé irremediablemente ganas de llorar. Rodeado así de tanta excepción hecha norma, de tanto desamparo cotidiano, estoy de verdad perdido.

Estoy perdido, en realidad, porque Michél, el primo del haitiano Wilson que debía esperarme del otro lado de la frontera, no está. Después de un buen rato, una wawa pasa y el conductor grita "Gringo, a Puerto Príncipe". La wawa es una camioneta muy vieja modificada en la parte de atrás con dos paredes de madera contra las que las personas se sientan y quedan enfrentadas. A mí me toca el asiento del acompañante porque soy gringo y seguramente millonario. Nada en la camioneta funciona, excepto el motor y la radio, que vuelve todo más inverosímil. O demasiado obvio.

Después de preguntarle tres veces, mi chofer, un chico de veintipico de cara estirada, rapado y un poco de barba, me contesta que el viaje hasta la puerta del hotel me costará tres dólares. Eso era lo que me habían dicho en la oficina de Migraciones, de manera que doy el sí. Durante el viaje de casi dos horas, desde mi asiento veo familias enteras que andan con cosas en la cabeza y chicos en brazos. Las personas hacen un gesto con las manos y si alguna de las wawas tiene lugar se detiene y ellos se suben. Todos tocan bocina todo el tiempo, se comunican, dicen "acá estoy". Un auto está demasiado cerca y tocan bocina, o demasiado lejos, o van

muy lento o muy rápido. Alguien empieza a cruzar el camino unos veinte metros más adelante y nuestro chofer hace sonar la bocina hasta recorrer la distancia y mirarlo con mucha bronca, y después me sonríe. Así, las dos horas: cada treinta segundos aprieta el centro del volante con un orgullo que todavía no entendí.

Cuando llegamos a Puerto Príncipe me pide el dinero; saco los tres dólares, los mira y, todavía manejando, sonríe. Yo hago lo mismo, porque supongo que a veces es mejor sonreír. Entonces me dice que no, que eso no, y en un inglés que hace un rato no hablaba me explica: "*thirty dollars*". En ese momento él deja de sonreír; con el tiempo me daré cuenta de que en Haití nadie sonríe cuando habla de plata. Le digo que no, que es *muito*, por alguna razón lo digo en portugués, que no, que *thirty dollars is too much*, que no es *too much*, que sí, y cuando ya nos sentimos tontos de repetir siempre lo mismo, se enoja mucho, refunfuña, dice algo en creol y mirando de reojo mi otra mano, un puño cerrado del que sobresalen las puntas de cuatro dólares más, me grita "*OK, give me that*"; y aunque yo sé que me está engañando, pongo cara de indignado y muy en cámara lenta se los doy. Cuatro billetes, de uno.

Antes de que llegara Cristóbal Colón, la región que hoy forma Puerto Príncipe estaba ocupada por los indios taínos. Bohechío era el cacique en ese momento, y ante la presión de los españoles tuvo que acceder a convertir su pueblo en un protectorado español. Cuando murió, en 1502, lo sucedió su hermana Anacaona. La princesa trató de no pelearse demasiado con los europeos, pero alguien se reveló y, para cuando se dieron cuenta, el gobernador Nicolás de Ovando

había puesto fin al régimen de Anacaona. Ovando invitó a comer a la princesa y a otros líderes, les llenó la panza, los emborrachó y en la sobremesa los mató, menos a Anacaona, que fue juzgada y ahorcada en público. Entonces comenzaron a aparecer enfermedades raras, resfríos europeos que en el nuevo mundo hacían estragos, y la gente se empezó a morir.

Como ya no quedaba casi nadie, los españoles se aburrieron y dejaron la zona medio abandonada. En 1535 llegaron unos exploradores franceses y quemaron todo, y cuarenta años después unos ingleses hicieron lo mismo. A estas alturas no tenía sentido seguir amargándose por un pedazo de tierra inútil, así que los españoles se fueron para la derecha, donde hoy está República Dominicana y todo era más tranquilo.

En esa época, por cincuenta años, el Puerto Príncipe de hoy era sólo un sitio de paso, pero un día un español se dio una vuelta y vio que el lugar estaba lleno de piratas franceses que llegaban para descansar y ocultar sus tesoros. A veces algunos estaban heridos, y entonces levantaron un hospital. Todos empezaron a usarlo, y se daba la charla, "Me lastimé", "Adónde vas", "Para allá", "Adónde", "A *Hôpital*" (que sería *hospital* en francés) y así quedó el primer nombre de la región que hoy es Puerto Príncipe, Hôpital.

Cuando el gobierno francés entendió que Hôpital podía ser muy lucrativa, echó a los que la habían creado, los piratas, porque era peligroso tener gente así. Algunos de ellos se reinventaron, colgaron los parches y las patas de palo, se aburguesaron y se hicieron granjeros. Fueron, en definitiva, los primeros europeos de la región, los futuros amos de los esclavos que trabajarían sus tierras, algunos de los que después morirían de maneras muy desagradables.

Cuando por fin todo se calmó, el gobierno francés mandó sus barcos a proteger la zona. En eso, el capitán Saint André

naufragó en la bahía, justo debajo del hospital, en un barco bautizado *El Príncipe*. Y así, después de que mataran a muchos, a caciques y princesas, y entre epidemias, batallas, incendios, piratas y el hospital, después de todo eso un barco que se llamaba *El Príncipe* se hundió cerca de un puerto, y bastó con juntar esas palabras para que naciera Puerto Príncipe. Sería mucho más interesante volver a llamarlo Hospital y así, cuando alguien pregunte, poder contarle la historia del primer hospital creado en Haití.

La calle Delmas 31, en Puerto Príncipe, es un verdadero caos de tránsito, hasta para mi joven chofer, que está oficialmente perdido. Tiene mi dinero, pero no sabe dónde queda mi hotel, y lo reconoce después de varias vueltas de puro orgullo. Así que entra en una cortada, apaga el motor y se baja de la wawa. Yo me quedo ahí, sentado, solo, con el bolso en las piernas, las ventanillas bajas, transpirando. Todo el sol de Haití entra por la ventana y se apoya en mi antebrazo, y como si en eso me fuera la vida entera lo corro espantado. Los que pasan paran y me dedican un rato de su día; quizá contarán después "vi a un blanco asustado en un auto". En un momento alguien dice "amigo", y cuando lo miro como pidiendo perdón, me ordena "*give me money*". Me digo que acá todos aprendieron a hablar tres idiomas para hacer la combinación: asustar y pedir. Pero entonces otro hombre se acerca a la ventana, se inclina y me pregunta si está todo bien, que dónde está el chofer. Le contesto que sí, que no se preocupe, gracias, que mi chofer debe estar por venir. Diez minutos así, diez minutos muy largos, y me sorprende el ruido metálico de la puerta cuando llega el chofer y la abre. "Bajate", me dice todavía enojado; hacía mucho que no me

ordenaban tanto. Con un bolso en cada hombro lo sigo hasta una moto estacionada en la esquina de la cortada y me avisa que este señor que tengo enfrente es mi nuevo chofer y me va a llevar. Me saluda y, por primera vez, noto en sus ojos algo de culpa por abandonarme en medio de la nada, y es como si hubiéramos dejado atrás nuestras diferencias.

Antes de subir a la moto empieza de nuevo la negociación. El nuevo chofer, más viejo y peludo que el anterior, me pregunta si tengo dinero; le contesto que sí pero me hago el tonto y le digo que no entiendo lo que me dice; él quiere dólares, me hace señas, pero yo no entiendo, y fastidiado arranca. El viaje es lento y peligroso; no perder el equilibrio con los dos bolsos colgados de cada hombro es mi pequeña hazaña moderna, mientras él esquiva pozos y charcos y evita los embotellamientos más desordenados que vi en mi vida. Por si se me olvida, en cada esquina me recuerda que tengo que pagarle, "*you pay me*", y yo que sí, que "cuando lleguemos te pago", pero que "por favor, mirá hacia adelante".

En un momento estamos frente al portón de un hotel, apaga la moto y me pide el dinero. A mí se me escapa una sonrisa pero él, como mi chofer anterior, elige la seriedad. El hotel no es el hotel. Le muestro el mapita que imprimí en Argentina —Argentina, dos días atrás, es alguna otra vida que viví alguna vez—, lo mira, lo da vueltas y me dice que no sabe, pero que tengo que pagarle. Después de diez horas viajando en wawas y motos ya estoy harto, y le digo que "no, *money, money* no, este no es mi hotel". En eso alguien sale y nos pregunta qué pasa. Le cuento y me dice que no me preocupe, que él conoce mi hotel y puede llevarme. Le pago algo al de la moto, se enoja porque esperaba más, y me subo a la tremenda camioneta del desconocido. La camioneta es de una agencia

de la ONU, y si esta fuera una película de suspenso en la que van dejando pequeñas huellas de lo que pasará, podría volver a este punto de la película para empezar a entender: mi primer contacto con las Naciones Unidas es un asiento muy cómodo con aire acondicionado que va de un hotel a otro.

El hotel tiene varios empleados, cuento cinco con uniforme, uno de seguridad y dos o tres que van arreglando todo por ahí. Los uniformados están en la recepción, atienden el quincho y limpian las habitaciones. Son todas mujeres menos uno, Brilliant —los nombres haitianos son otra de esas cosas que sólo se encuentran acá—, y él es lo primero que veo cuando entro a mi hotel de Haití.

Brilliant habla creol, francés, un poco de inglés y algo de español. Es el comodín: cuando el extranjero necesita, ahí va y traduce a todos los demás. Brilliant tiene veintipico, es flaco y bastante lindo, siempre con el pelo brilloso y peinado con raya al costado. Hasta el día en que dejo el hotel, es una especie de asesor exclusivo: cada mañana cuando salgo de la habitación se apura a saludarme desde donde esté, y cuando aviso que voy a dar una vuelta quiere saber adónde, si estoy seguro, si necesito algo. Cuando estoy comiendo se acerca y pregunta qué tal la comida, que cualquier cosa le avise.

Brilliant tiene un secreto que con el tiempo me va a confesar: se quiere ir. Confía en mí, creo, porque soy el único que lo necesita y porque todavía no se me pegó esa costumbre que ya prendió en muchos de los que me cruzo en el hotel, la costumbre de tratarlo con desprecio porque es un negro de Haití. Eso se ve bastante acá, en Haití. Pero para alguien que llega es difícil entender esa forma de maltrato sin el menor disimulo. Con el correr de los días, son varios los que tratan

de explicarme por qué está bien ser distintos con ellos, por qué alcanza con ser sin parecer.

3

Un mundo real

Luís es sociólogo y está acá para ayudar. Trabaja en el programa Barómetro de las Américas del LAPOP (Proyecto de Opinión Pública de Latinoamérica) y explica así lo que hace:

—Imagínate que tienes a la mujer más hermosa sentada aquí junto a ti, y cuentas en el bolsillo con la capacidad suficiente para conquistarla: ¿qué es lo que deberías hacer? Puedes invitarla con diez cervezas, pero ella no está acostumbrada y se duerme a la tercera. Lo que tú necesitas es saber qué le gusta tomar, una cerveza, luego un roncito, un whisky, y es tuya.

Luís nació en Costa Rica hace cuarenta años y se ríe con una gran carcajada echándose hacia atrás. Es la primera persona no haitiana que veo en el hotel; es blanco, y eso solo alcanza para generar un vínculo.

Luís sale cada día a encuestar gente para recopilar información que sirva de muestra de lo que está pasando en Haití. Nada impresionante, si se considera que hasta un ladrillo hace la diferencia en Haití. Aunque no es tan así. Dentro de tres meses, dice, va a estar en condiciones de puntuar al país: del 1 al 10, qué tan necesitado de ayuda internacional está. Cuando termine la tabla de posiciones de lo más pobre que hay, las personas que deciden el destino de estos países resolverán qué tipo de ayuda le darán. Y eso sí

impresiona bastante.

Pero, para eso, advierte el sociólogo de la pobreza, primero tiene que determinar qué nivel de crecimiento mostró el país desde el último desembolso. Un sistema de premios y castigos que puede ser un problema para Haití, ya que durante mucho tiempo no hizo más que empeorar. Y como dice Luís sin ninguna sonrisa, "Hoy, hasta los organismos de ayuda se cansan de ayudar".

Cuando lo veo por primera vez, Luís está en el bar del hotel con tres cervezas vacías en la mesa y una recién abierta.

—La única forma de no volverse loco es emborracharse — se justifica, y pide seis más. Cada cerveza de medio litro cuesta cuatro dólares; un tostado de jamón y queso, otros cuatro; la habitación, cien.

—Todo es carísimo acá, la cerveza está al precio de Nueva York, y este hotel verga es un robo. Los organismos que mandan a sus agentes piensan que por el nivel de ingresos de Haití la cerveza cuesta diez centavos de dólar. Pero no se dan cuenta de que esto es economía de guerra, y en la economía de guerra te culean, y tú te tienes que dejar.

Sabe de lo que habla: para entrar al país desde República Dominicana piden setenta dólares; por treinta kilómetros desde la frontera al centro, treinta dólares; un traductor que hable creol, un poco de inglés y con suerte tres frases en español, unos cien dólares al día. La pregunta es, entonces, cómo puede ser que el salario promedio sea de un dólar diario: es decir, adónde van los otro noventa y nueve que pago por la habitación.

—Acá hay gente que se queda con esa plata y no tiene interés en invertir para mejorar el país.

Dice Luís, que en su cuarta visita en dos años ya no cree que algo vaya a cambiar.

—Lo único que piensan es en sacarle lo más posible al que viene a ayudar. No se dan cuenta de que si se organizan pueden tener mucho más. Y así es siempre.

Son las nueve de la noche, estoy sentado en el bar del hotel hablando con Luís y un chico me dice algo que no entiendo, así que se esfuerza; esforzándonos descifro que alguien en la puerta pregunta por mí. Alguien llamado Michél. Yo crucé la frontera a las doce del mediodía, así que Michél, el primo del haitiano Wilson, sólo llegó nueve horas tarde —y cómo me encontró es todo un misterio—. La gente del hotel le abre el portón, y la persona que debe ser Michél y llega nueve horas tarde entra con su auto, se sienta en mi mesa y usa algo de español para saludarme.

—Hola, Fernando, ¿habrá algo para tomar?

Michél tiene más pelo que su primo Wilson, es igual de alto pero flaco, anda un poco encorvado y casi siempre sonríe. Cuando me habla, cualquier cosa que diga lo suaviza usando mi nombre y riendo a la vez.

—Michél, te esperé en la frontera hoy.

—Yo estaba, Fernando, ja, ja, se habrá ido antes.

—Te esperé media hora.

—No, Fernando, ja, ja, yo estaba, estaba.

Después de un rato nos ponemos de acuerdo para que me pase a buscar al día siguiente a las doce del mediodía. Entonces dice que ya es tarde y se tiene que ir. Se toma lo que queda de Coca y me saluda.

—Fernando, tengo un viaje largo hasta mi casa, ¿tendrá algo para la nafta?

Luís es básicamente bueno. Hace un trabajo duro, lejos de casa, que muchos en los organismos internacionales no quieren hacer. Se enoja en serio cuando me cuenta que los agentes de la ONU se quedan en sus hoteles contando los días para volverse.

—Cada uno de esos agentes cuesta miles de dólares, y vienen a hacer acto de presencia. Como Messi —me dice para herirme en lo más hondo—, que hace unos días vino en un avión privado durante tres horas, regaló unas camisetas y se fue.

Luís es bueno, por eso pienso que debe ser la borrachera y un honesto cansancio y resignación lo que le hace decir lo que dice.

—No se dan cuenta de que aquí no hay ayuda humanitaria que valga; aquí Estados Unidos debería hacer prácticas nucleares y borrarlos del mapa. No hay salida.

Después, cuando el mozo se acerca, le pide más cerveza con un gesto y ni lo mira.

—A los negros hay que tratarlos como negros —dice mientras abre una botellita y me la ofrece—; se quieren aprovechar de ti todo el tiempo, y si no los tratas como negros, lo hacen.

También me habla de la primera vez que pasó un mes y medio en la isla, y que cuando volvió a Costa Rica abrazó al primer blanco que se cruzó y que no quería ver a un negro más. Pero Luís es bueno, lamenta hacer su trabajo y sentir que no servirá de nada. Se pone serio cuando le digo que esto parece un mundo irreal, y dice muy seriamente que no:

—Desgraciadamente este es el mundo real para ellos; este mundo de verga es el real.

En Haití, a seis meses del terremoto que mató a 315.000, la gran preocupación es la seguridad. No la salud, o la vivienda, o la pobreza: la seguridad. Todos coinciden en que, para un blanco, Haití es un callejón oscuro y peligroso. Por eso recomiendan no acercarse a la isla y que, si alguien lo hace, que no se le ocurra salirse de República Dominicana. Y, si aun así, uno cruza a Haití, advierten no hablar con nadie, no mostrarse, que no lo vean a uno, nunca jamás caminar. Hay que hacerse de un auto, porque todo es mucho más seguro ahí adentro, aunque uno no conozca a quien lo conduce, o lo más probable es que de tan viejo y usado el auto se quede y no haya más que caminar. Por ningún motivo usar las wawas, esas camionetitas del demonio repletas de música y gente casi siempre sonriendo. Diabólicamente.

Pero la noche, eso sí es de temer. Los secuestros —dicen serios los que no dejan el hotel desde que llegaron, o apenas — son ahora moneda corriente. Tres mil de los más peligrosos presos aprovecharon el terremoto para escapar de la penitenciaría de Puerto Príncipe, y a todos se les dio por secuestrar. Aunque no todos: cerca de la mitad fueron reapresados por las autoridades o asesinados, así que sólo hay que defenderse de 1.500 secuestradores animados. Atención: secuestro en creol se dice *anlévman*.

El bueno de Luís me quiere tranquilizar, y por eso me dice que un poquito peligroso es, pero que se puede andar. Aunque me cuenta que cuando dijo adónde iba, ninguna compañía de seguros de Costa Rica quiso ofrecerle a él un seguro de vida.

—Pero conseguí uno de recuperación de cuerpo —dice como lo más normal—; por lo menos mi familia va a saber

qué me pasó si me secuestran.

En mi hotel, un cuarto de manzana con habitaciones a los costados y un camino central, el portón hecho de dos hojas de metal está siempre cerrado. Los que llegan con sus camionetas 4 x 4 —los únicos que llegan— dan un bocinazo, alguien corre hasta la entrada, pega la cara a la mirilla y se apura a soltar el candado, correr el pasador y abrir. Entonces, las camionetas de la ONU, las de otros organismos internacionales o alguna de las del dueño del hotel —un blanco nacido en Haití de origen alemán—, aceleran sobre el camino de canto rodado haciendo ese ruido tan 4 x 4 sobre piedritas, estaciona y se mete en su habitación. Siempre igual hasta que anochece y llega el chico de la puerta.

El chico de la puerta tiene unos treinta, el pelo cortito bien pegado a la cabeza, la sonrisa tan fácil que complica todo. Usa un pantalón negro ancho, zapatillas de básquet y una remera. A eso de las ocho llega desde algún lugar y se sienta en una banqueta detrás del portón de entrada. Se queda ahí hasta alguna hora de la madrugada, con una escopeta apoyada en las piernas. Cada noche antes de ir a dormir lo saludo con un gesto, y cada noche me contesta, siempre a la distancia, porque además de la sonrisa más fácil es un hombre que pasa toda la noche despierto con una escopeta apoyada en las piernas.

4

Pray for me

Es de mañana y salgo a conocer el barrio, aunque no sé bien cómo se hace eso acá; intuyo que de alguna otra forma. Es difícil entender lo que está a la vista cuando los ojos siguen calibrados para otro tipo de repeticiones, cuando no hay lugares comunes donde refugiarse.

Para salir del hotel tengo que pedir permiso, y con un poco de dudas alguien me entreabre el portón de metal lo justo para que pase mi cuerpo, y lo cierra detrás. Para mí, este nuevo mundo que piso está hecho de barro, aunque sólo sea porque ayer llovió y la mayoría de los caminos son de tierra. Pero siento el barro bajo mis pies y todo alrededor de mis zapatillas, y ahora eso ya es una impresión.

Frente al portón del hotel hay otro portón, el de la entrada a un campo de desplazados: son dos columnas de material, y nada más. El campo es un gran espacio al aire libre repleto de carpas blancas distribuidas con algún orden. Cada tanto tengo que recordarme que estas personas tenían su casa, que están acá por culpa del terremoto, y que el terremoto ocurrió seis meses atrás.

Y parece que sólo a mí me molesta ese chancho negro que se cruza por delante. Ese cerdo está empetrolado, brillante y tan cerrado sobre sí mismo que me asusta. Cruza el camino de barro gris haciendo ese ruido de cerdo que nada tiene de

divertido, enterrando el hocico donde puede, formando burbujas en los charcos, tan orgulloso de ser quien es.

Un poco más allá, una mujer de pollera negra y remera blanca armó su puestito con lo único que tiene a mano: piedra de derrumbe y carpas ONU a prueba de nada. Vende una fruta larga verdeagua, dos latas de Coca-Cola, seis botellitas de cerveza. Parece encariñada con su mercadería porque tarda un buen rato antes de entregarla, como si fuera a extrañarla.

Contra una pared dos cabritos tironean de una soga que los sostiene del cuello. Uno se asustó con un auto que hizo demasiado ruido y se subió al desnivel de la pared, pero es tan angosto que le cuesta horrores quedarse quieto y raspa con las pezuñas mientras intenta no caer.

El chancho tiene sus chanchitos, todos caminan muy tranquilos entre la gente, y yo por lo menos entiendo que no termino de entender. Chancho papá mueve su rabito espiralado y se deshace en graznidos innecesarios para hacerse notar. La gente está hablando en grupos de cuatro o cinco y el cielo se está preparando para llover otra vez.

A un día de llegar le pregunto a Brilliant cómo hago para hablar a mi país. Dibuja un rectángulo con las manos para decirme que tengo que comprar una tarjeta, y que él me va a llevar. En tiempos de terremoto, las tarjetas de llamadas internacionales no se venden en kioscos, sucursales de Movistar o una YPF haitiana; hay que caminar un poco hasta encontrar un puestito en la calle. El nuestro queda justo en la esquina del hotel, y ahí me lleva Brilliant la primera vez que salgo a la amenaza Haití.

Pero él está preocupado, teme que algo malo pueda

pasarme y me quede con una mala impresión. Por eso, mientras caminamos se me pega para que nadie más lo haga, y si alguien se acerca sonríe incómodo y con la palma de la mano que no llega a apoyarme en la espalda me invita a que siga caminando. Pero es casi imposible hacer eso, caminar un rato sin que nadie se acerque, y cuando unos nenes vienen y me agarran de la mano para tratar de descubrir qué cosa rara es eso que soy, él sonríe entre conmovido y asustado y se queda ahí, mirando como en un segundo plano.

Brilliant me traduce que una mujer que vive en una carpa blanca dice que me ama, y que mejor seguir caminando porque su novio viene ahí atrás. Ni siquiera mira a los cerdos que se cruzan, pero cada tanto señala el piso para que evite un charco.

En la esquina está la señora con su puesto de cosas: alguna lata de Coca, mango, algunos CD y la deseada tarjeta de llamadas internacionales. Brilliant me pide cinco gourds y yo transpiro de la vergüenza cuando tengo que sacar un fajo de billetes a la vista de todos. Desde el campo de desplazados que está enfrente dos nenes de unos seis años se acercan y me miran muy fijo, como haría yo si me cruzara con un extraterrestre en la puerta de mi casa. Me agarran de la muñeca, me la frotan para limpiarme lo blanco y sonríen con toda la boca y alguna cantidad de dientes. Alrededor todos ríen con ganas y murmuran. De repente Brilliant está fuera de lugar, se lo nota incómodo, como si se sintiera traicionado por la nueva relación entre toda esa gente y yo.

Me arrodillo para abrazar a los nenes y todos se callan para ver algo que, supongo, no pasa seguido: un blanco y un negro tocándose. Y yo, que no puedo evitar sentirme un poco porquería por todos los momentos que no son como este, en los que pienso lo que me gustaría no pensar. Entonces me

levanto, uno de los nenes me tironea de la mano y dice lo único que voy a entender —lo único que sabe para darse a entender—: "*one dollar*".

Vuelvo al hotel y justo antes de entrar alguien me llama con un chistido. Maxo tiene treinta y siete años y es pintor. Pinta sobre telas y madera y ahí donde sea que la pintura agarre. Se especializa en paisajes y escenas típicas que lo llevan a uno a otra época en la que mujeres con vestidos de todos colores transportaban en la cabeza cosas que luego vendían por ahí —que lo llevan a uno a esta época, en la que mujeres con vestidos menos coloridos llevan en su cabeza lo que encuentran por ahí.

Maxo me sonríe a la distancia, y a un día de llegar eso es todo un logro. Envuelto en un mundo negro, el blanco busca desesperadamente ser aceptado. Además de sonreírme, en un inglés casi entendible me pide que lo acompañe. Maxo parece un buen tipo; lleva zapatos, pantalón de vestir y camisa, un formalismo que no es una elección, o que si lo fue, ocurrió hace mucho, y ahora ya es lo único que puede usar. Pero, por alguna razón, eso —su formalismo— me tranquiliza y me avergüenza a la vez.

Maxo tiene el pelo corto y una barbita de días, y sonríe de la forma más amable o más lasciva del mundo. Me pide que lo acompañe a la vuelta del hotel porque tiene algo para mostrarme. A mitad de camino, la vuelta del hotel me parece lejísimos y me dan unas ganas muy sinceras y sin culpa de salir corriendo. Entonces empieza con su historia, "*I'm Maxo, I'm a painter*". Damos la vuelta y a unos veinte metros, al costado de un portón, hay una mesita con artesanías: telas, banderas y pañuelos de Haití, mapamundis del Caribe, ceniceros, vasos y llaveros, lo mismo que se encuentra en Constitución o en el Soho de Manhattan. Mientras nos

acercamos empieza a explicarme por qué hace falta que le compre algo:

—Nadie nos ayuda en Haití y, con el tiempo, en lugar de progresar estamos cada vez peor. La plata de la cooperación internacional nunca llega a ninguno de nuestros bolsillos, y no hay mucho que pueda hacer.

Me cuenta, antes de decirme lo que realmente me quiere decir, que solía trabajar para alguien haciendo algo, y que podía ahorrar hasta 75 dólares por mes, toda una obscenidad estadística en Haití. Pero que un buen día, cinco años después, ese alguien lo echó y le dio 200 dólares en concepto de indemnización. Es decir, dos noches en un hotel cualquiera de Puerto Príncipe, tres días enteros con un traductor decente, un plato en uno de esos restaurantes exclusivos para empleados de la ONU y de ONG.

Pero entonces, cuando está por preguntar si podría y yo por contestar que no puedo, me dice que espere un segundo y cruza la calle de tierra color agua estancada y mierda de cerdo y desaparece tras un arbusto alto. Cuando sale tiene cuatro cuadros en sus manos. Son pinturas un poco infantiles, con caras deformes y cuerpos grotescos, siempre sonrientes, como si la alegría alguna vez hubiese sido el motivo preferido de esta gente. Y aunque me habla, a mí ahora sólo me interesa saber qué hay detrás de esos arbustos. Ahí está su casa, me dirá después, y su casa son unas cuantas chapas sostenidas de algún modo. No puedo imaginar cómo hace para estar tan aseado, aunque se excuse porque puede bañarse poco, y tan prolijo, pese a que me pida disculpas por la pinta, y me diga muchas veces que lamenta tener que pedirme, pero hace una semana que está y no pudo vender nada, y que él me quiere, "*I love you*", suelta en un inglés que no puede ser menos que perfecto.

Con sus ojos y su boca me dice que soy su hermano y me promete que no me va a pedir nada más, como si fuera posible hacer algún tipo de promesa en su posición. Dice que le di más de lo que esperaba, y que por eso no me va a pedir. Aunque pasa un segundo y se contradice: "*Pray for me*".

Antes del terremoto mi guía Luigi vivía en República Dominicana. Ahí tenía una carrera y un trabajo, una vida bien distinta de la de muchos haitianos. Pero, como la mayoría, también tenía una familia que estaba en Puerto Príncipe cuando todo tembló.

—Volví para ayudar a mis padres. Sus casas se derrumbaron, y ellos no pueden sacar los escombros.

Luigi dice que el gobierno no se encarga de eso, así que cada familia debe contratar una grúa para despejar sus casas. Pero, como nadie puede, las van sacando a mano, mientras viven en una carpa en algún lugar. Luigi también dice que esas grúas —de la marca Caterpillar, las únicas que se ven por acá— cobran diez mil dólares por remover los escombros, lo que en un lugar como Haití eso suena de lo más inverosímil.

5

¡Libre al fin!

A mediados del siglo XVIII, cuando la importancia económica de la colonia era bastante evidente —un tercio de todos los ingresos de Francia—, la estructura social se había fragmentado en tres grupos: *grands blancs*, *petit blancs* y *gens de couleur*. Los primeros eran los grandes propietarios blancos; los segundos, blancos con alguna actividad económica menor y que incluía a piratas jubilados y delincuentes exiliados; la tercera categoría estaba compuesta de libertos, en su gran mayoría mulatos. En 1685 Luis XIV dictó el Código Negro, que convertía en ciudadano francés a todo aquel que conseguía su libertad, y la forma más habitual de convertirse en liberto era nacer hijo de un blanco y una esclava negra. Para 1790 la población de blancos llegaba a 40.000 y los libertos —casi todos mulatos—, a 28.000. Después, fuera de la lista de humanos quedaban los negros, que con su mala costumbre de morir rápido debían ser repuestos muy seguido: los barcos traían 200.000 esclavos africanos al año para reemplazar a los que morían asesinados, por enfermedades tontas o se suicidaban.

Y entonces, lo de siempre. Los mulatos, con todas sus raciones de negritud a cuestas —había, en aquella época, 64 clasificaciones distintas de mulato de acuerdo con la proporción de sangre negra—, empezaron a heredar los

bienes de sus amos. En poco tiempo tuvieron fortunas similares a las de muchos blancos, pero en sus derechos civiles seguían siendo simples negros. Los nuevos ricos comenzaron a quejarse porque no importaba qué tan blancos se volvieran, siempre les recordaban esa gota negra que teñía todo lo demás.

Entre 1760 y 1790 Haití era una de las tierras más ricas del planeta, y los blancos vivían en la ostentación inocente de sus palacios, sus carruajes y sus sirvientes negros. Pero había algunos problemas. En la isla los mulatos ya tenían el 30% de las tierras y de los esclavos, mientras que en Francia discutían los últimos detalles de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Y la contradicción: mientras llegaban los primeros ecos de esa especie de milagro liberal, en Haití los hombres de color —negros puros o mulatos— debían usar cierta ropa que los identificara, no podían salir a la calle después de las nueve de la noche ni sentarse con blancos en iglesias y teatros.

En 1791 la Asamblea Nacional Francesa ordenó que cada colonia debía aceptar más o menos bien a los mulatos. Los blancos pusieron el grito en el cielo y los oscurecidos les contestaron. Y los negros, que andaban muriéndose en las plantaciones con sus tambores y su magia negra —y que eran apenas diez veces más que cualquier otro color en la isla—, habrán pensado que algo raro habría en ver cómo cinco tipos locos se peleaban por sus palacios mientras ellos morían a diario. Entonces, se levantaron. Y se armó un gran lío.

En agosto de 1791 los negros de una plantación del norte de la isla simularon una ceremonia vudú. En medio de la danza, el fuego y el *cieren* (la bebida de los dioses vudú), organizaron la revuelta que imaginaban desde siempre. Conscientes de que eran mayoría, pensaron un plan que

consistía en matar a todos los blancos que encontraran, para que nadie más les dijera qué podían hacer y qué no. Para lanzar el ataque con cierta coordinación usaron los tambores: las crónicas cuentan que mientras los blancos se burlaban de sus costumbres y se quedaban mirándolos como fenómenos de circo, los negros afinaban los detalles de la matanza. Dicen esas crónicas que, entre otros objetivos, habían resuelto "destripar a los niños y violar a las mujeres". Nada que los blancos no hubieran hecho con ellos durante siglos.

La matanza funcionó; miles de blancos murieron a manos de los esclavos. Entonces Inglaterra y España, que escucharon el rumor y esperaban como aves de rapiña, trataron de quedarse con el pedazo de isla. Y así, sin planearlo, surgió para los haitianos la oportunidad de ser algo distinto, lo que fueron después (¿lo que son hoy?): por temor a perder su colonia, Francia entrenó y puso al frente de ejércitos a varios generales haitianos, que cinco minutos antes habían sido tratados como simple mano de obra descartable. Y mientras vencían y echaban a los nuevos invasores, esos haitianos habrán pensado que quizá podrían hacer lo mismo con los viejos, los franceses, ya que tenían las armas y los hombres. Y lo hicieron. Así aparecen los primeros próceres de Haití, Toussaint Louverture, Henri Christophe y Jean-Jacques Dessalines, que terminaron echando al ejército de Napoleón Bonaparte para declarar su independencia en 1804.

Haití, obsesionada con estar arriba en varias listas (de pobreza, de enfermedades simples o de hambre), fue la segunda nación de América en declarar su independencia, detrás de Estados Unidos (1776), y la única en la que los esclavos vencieron y echaron a sus amos. Esto que llaman Haití.

Además del bueno de Luis, en el hotel hay ocho militares rusos. No tienen trajes de guerra ni armas, ni siquiera caras de malos: vinieron a pilotear los helicópteros de ayuda que mandó su país. El único problema es que los helicópteros son tan modernos que es muy caro ponerlos en el aire, así que la mayor parte del tiempo se quedan en la base viendo despegar los helicópteros más básicos de los países más pobres.

—Como no hay nada que hacer, a la tarde nos dejan salir de la base y venir al hotel —dice Mijaíl.

Mijaíl es el capitán del grupo y todos los días, a eso de las siete de la tarde, se lo ve paseándose por el hotel completamente borracho.

La primera vez que me fijo en él está discutiendo con una de las chicas que atienden en la recepción. Mijaíl mide 1,90, es grandote y muy blanco, los ojos celestes y el pelo fino y rubio. Y dice muy alto, para que todos escuchemos, que paga cien dólares por una habitación de mierda. La chica daría cualquier cosa para hundirse en la tierra y desaparecer, mientras otras dos llegan atraídas por los gritos, y ahora son tres las que se quedan mirando, como si eso fuese lo que se espera de ellas, estar para que los gritos tengan sus destinatarios.

Mijaíl lleva unas bermudas, camisa desabrochada, la cara transpirada, los ojos vidriosos y una botella de vodka casi vacía en la mano. Cuando me ve, me pregunta si no es

verdad que la habitación es una porquería. Puede ser, pienso, pero el militar ruso y su borrachera me desagradan bastante, así que doy media vuelta y me meto en mi habitación de mierda.

Unos días después Mijaíl y yo nos haremos amigos de viaje, y me va a contar que para ellos venir a Haití fue una especie de premio porque apenas unos días antes los ocho militares rusos estaban en una misión en Afganistán. Y yo, que pienso lo que no había pensado hasta entonces, lo que con el correr de los días pensaré cada vez más: que para algunos venir a este Haití es un premio, que es exactamente lo contrario para la mayoría de los que viven acá.

6

Los barrios bajos

—¿Le gustaría a usted que un europeo tomara fotografías de los barrios bajos de las ciudades de su país y de los más desgraciados trabajadores del campo, y luego las diera a la publicidad como escenas típicas norteamericanas? —le preguntó un haitiano al historiador James G. Leyburn, en 1940.

Es una pregunta válida y muy actual. A mí me dijeron más o menos lo mismo, con mucho enojo e insultos varios, numerosas veces. Y frente a eso suelen quedar las excusas: si yo no fotografiara, entonces quién sabría. Por eso, más bien, deberían agradecer que toda publicidad es buena. Digo, frente a preguntas incómodas, suelen quedar los cuentos fáciles.

Alrededor de todo eso, arriba y abajo y adentro, está la vergüenza. A veces ayudada por alguien. En la Plaza de Pétionville, donde miles de despojados duermen —y, sobre todo, no duermen—, en pleno centro de Puerto Príncipe, hay una chica parada en la abertura de una carpa que me mira muy de frente cuando estoy por sacar una foto. La chica me mira y empieza a gritar. Uno no entiende pero supone: “Qué carajo querés”. Pero como yo tengo a Luigi, no necesito suponer.

—Dice que no tenés derecho a sacarle fotos, y que si sacás, tenés que pagarle.

A mí me parece bastante lógico: es lo mismo que dice una modelo antes de aparecer en una revista. Pero Luigi se molesta, dice que está mal que quieran plata todo el tiempo, y me obliga a hacer mi foto.

—Sacá la foto —se enoja—, todas las que quieras sacar.

A mí me asustan los dos casi por igual, así que hago lo que ordena la amenaza más próxima y aprieto el botón.

Mientras, me pasa algo más: pienso que esa foto que acabo de sacar bien podría tener un precio que algún diario de algún lugar podría estar dispuesto a pagar, y que si lo que yo quiero es conseguir una fotografía que diga que eso que está ahí adentro es Haití —eso, no otra cosa, no algo más—, por lo menos podría comprar su complicidad o su silencio o sus gritos por unas cuantas gourds.

Pero en realidad lo que me quedo pensando es otra cosa, la pregunta: si eso que aparece en el recuadro de mi cámara, si en algunos de esos no sé cuántos píxeles, hay algo que sea Haití.

Por eso, creo, en un momento dejo de hacer fotos de chiquitos, medianos o grandes descalzos por ahí, o de esos cerdos asquerosos, que es cierto que están, y también que no, y después los matan y cocinan y cortan en cubitos y te los venden en un plato con un poco de batata frita por 15 gourds. Desde ese día soy desagradablemente consciente, y ya no puedo falsear la realidad, es decir, no puedo encerrar todos esos mundos en un cuadradito que después abriría y repartiría por ahí. De golpe hacer eso es de una bajeza insoportable, y empiezo a preguntarme: ¿Me gustaría que sacaran fotos de los barrios más bajos —de mis profundidades más indeseadas— y las dieran a la publicidad como escenas típicas? ¿Hice este viaje para eso? ¿Vine hasta acá para mentir así?

7

Padre e hijo

No se puede pensar Haití sin mencionarlos a ellos, Papa Doc y Baby Doc, padre e hijo: François y Jean-Claude Duvalier.

"No obstante, a esta Juventud haitiana que Yo he decidido hacer la Heredera del Poder Político, llegado el momento, le ofreceré y propondré un Líder. Se tratará de un Ciudadano que ha podido seguir de cerca los asuntos de Mi Gobierno, al que yo me habré dedicado a instruir acerca de las realidades de este país, que habré iniciado paso a paso en el Gobierno de la Cosa Pública. Él será digno de llevar y transmitir los frutos de las enseñanzas que Yo le habré inculcado. Será bastante lúcido para asumir la tarea en el momento preciso en que yo haya vacilado. En resumen, será capaz de asegurar la perennidad de la Revolución ayudado por las fuerzas sanas y nuevas de la Nación."

Eso dijo François Duvalier, mejor conocido como Papa Doc, en un discurso del 2 de enero de 1971. El presidente, que era vitalicio, estaba enfermo y se enfrentaba a lo único que podía sacarlo del poder. El 31 de enero llamó a elecciones para ratificar la designación de su sucesor, su hijo Jean-Claude, que para algunos tenía 17 años, para otros 19 y en general rondaba los 20. La votación era simple, sí o no. Los resultados oficiales alcanzaron: 2.391.916 por el sí, 0 —cero— por el no.

Duvalier padre al final cumplió y se murió el 22 de abril,

aunque dicen que en realidad fue antes pero ese número, 22, era fetiche. Duvalier hijo nació el 3 de julio de 1951, aunque quizá fuera dos años después, pero falsearon la edad para que pudiera ser elegido sucesor, así que el nuevo presidente tenía 17 cuando llegó al poder.

Cuando tenía seis años su padre ganó la presidencia. En la escuela le costaba aprobar, pero tener un padre presidente vitalicio ayudaba. Después quisieron secuestrarlo, y para que los opositores no lo usaran como chantaje, el padre lo mandó a una escuela de religiosos franceses, donde lo tenían vigilado. Al terminar se anotó en la facultad de Derecho, pero a los dos meses Papa Doc murió. Así se truncó su futura carrera de abogado y entró en la de presidente.

Dicen que Baby Doc solía estar rodeado de autos ligeros y chicas también. Dicen que era un poco vago y tonto y manipulable, y que si no tenía adelante un discurso escrito por alguien más, le costaba bastante expresarse. Ya entonces lo decía *Le Monde diplomatique*: "Un estúpido que anhela sobre todo correr tras las chicas y conducir sus innumerables coches deportivos, un botín ideal para los tiburones que lo rodean, que sólo alcanza a leer los discursos de bienvenida redactados para él".

Pero antes de morir Papa Doc —que gobernó entre 1957 y 1971— hizo algunas cosas. La creación de los Tonton Macoutes fue uno de los puntos más altos de su legado. Duvalier padre llegó al poder en 1957, luego de una gran crisis económica y de los nuevos pobres urbanos que habían abandonado el interior como consecuencia de la apertura a empresas extranjeras. "No he dudado en dejar caer el hacha sobre un edificio que amenazaba ruina: el Ejército de Haití. Esta institución había perdido el sentido de su misión. Y, para el nuevo Haití, yo soñaba con un joven ejército a su servicio."

Duvalier, 20 de abril de 1959. Así nació el Cuerpo de Voluntarios de la Seguridad Nacional; los Tonton Macoutes. “Lo repito nuevamente aquí, este cuerpo sólo tiene un lema: Duvalier, sólo conoce a un jefe: Duvalier, lucha sólo por un destino: Duvalier en el poder.” Duvalier, 22 de junio de 1964.

No estaba claro cuántos eran los Tonton Macoutes: si bien había un cuerpo oficializado, cualquier miembro del gobierno podía ser enviado a hacer algún trabajo. Cuando había algún acto, aparecían los camiones y los llevaban a vitorear a Papa Doc, y si alguien se oponía, era ejecutado en el acto.

En 1964 Papa Doc reformó la Constitución y agregó el artículo 99: “Para constituirse en el líder incontestable de la revolución, el Apóstol de la Unidad Nacional, el digno Heredero de los Fundadores de la Nación haitiana, el Renovador de la Patria, y después de haber merecido ser aclamado incondicionalmente por la inmensa mayoría de la población. El Jefe de la Comunidad Nacional, sin limitación de tiempo, el ciudadano Doctor François Duvalier, Presidente de la República, ejerce de por vida sus Altas Funciones según las disposiciones de la presente constitución”.

Así que en 1964 Papa Doc se autoproclamó presidente vitalicio y los Tonton Macoutes estaban en su salsa. “Duvalier padre y sus esbirros, en sus discursos, hablaban del ‘Himalaya de cadáveres’ que había hecho con los oponentes del régimen”, decía un diario de la época. “Todos tienen aún en la memoria ese macabro discurso en el que Duvalier padre recitaba, al modo de una letanía, los nombres de sus víctimas, contestando la asistencia macoute con un ‘Ausente’ después de cada nombre.”

En 1959 Fidel Castro llegó al poder en Cuba, y Estados Unidos temió que el efecto se extendiera en toda la región, de manera que el gobierno de Duvalier —necesitado de dinero—

y Estados Unidos se acercaron un poco más. En 1962, en Punta del Este, Haití votó contra Cuba, y unos meses después puso a disposición de Estados Unidos las Fuerzas Armadas haitianas, por cualquier cosa.

En 1969 llegó Nelson Rockefeller, que era un Rockefeller y el poderoso gobernador de Nueva York, con el objetivo de controlar las amenazas comunistas. “Me siento satisfecho de visitar de nuevo Haití y al pueblo haitiano, que me ha recibido con un entusiasmo y un calor que no recibí en ninguno de los quince países que visitamos durante la misión.”

Y la amistad fue útil. Entre 1967 y 1970 alrededor de cien empresas estadounidenses recibieron permisos para establecerse en la isla. Llegó IBM, para que “ahí armaran los aparatos que viajarían al mundo” algunos cientos de haitianos, y una empresa que convirtió a Haití en el primer productor de pelotas de béisbol, “que casi nadie jugaba”. También desembarcó Gold Mine, que exportó oro y cobre por cinco millones de dólares de la época. Hasta el First National City Bank instaló una sucursal en Puerto Príncipe, que coincidió con algunos capos mafiosos que se venían desde Estados Unidos para instalar hoteles y casinos. *The New York Times* tenía su mirada sobre el tema: “El doctor Duvalier puede obtener muchos beneficios de esta acogida —decía una nota del 4 de junio de 1969—, que prueba las buenas disposiciones de los Estados Unidos con el más tiránico y sanguinario de los dictadores de América”.

Poco después Haití sancionó una ley que declaraba ilegal cualquier actividad comunista. Los Tonton Macoutes torturaban y mataban de las formas más variadas, pero para cubrir cualquier duda, Estados Unidos entrenó el nuevo ejército haitiano, los Leopardos, con personal estadounidense

y armamento que exportaba —y le cobraba— a Haití.

Los que podían ser una amenaza eran tomados prisioneros, torturados y olvidados en calabozos. Y ahí, las historias de siempre: enfermedades, suciedad, malnutrición, largas horas de interrogatorios, compañeros que dejaban de serlo de un día para el otro, cuerpos tirados en la celda hasta que empezaban a oler mal. "El *cocobeo* es una palabra muy extendida en los calabozos de Duvalier", explica un prisionero que logró salir. "Los hay en todas las cárceles. Un cocobeo es un estado al cual los hambrientos, los famélicos de la prisión quedan reducidos al cabo de un cierto tiempo de estar en ella. Uno se convierte en esquelético. El individuo postrado en ese estado no puede mantenerse en pie, ha perdido su verticalidad, vuelve a su estado de animal, anda a cuatro patas para reptar. La piel se hace dura, se osifica o cambia de color, se cubre de sarna, se cae el pelo, se debilita la vista, la voz se hace ronca; de este estado a la muerte sólo hay un paso."

Cuando su hijo Jean-Claude, alias Baby Doc, asumió (gobernó entre 1971 y 1986), entendió que había que cambiar el tono, y de a poco fue sacando a los Tonton Macoutes de las calles. Llamó a los exiliados para que volvieran a trabajar a su país. Muchos regresaban, y apenas llegaban eran recibidos por el gobierno. Allí, en el mismo aeropuerto, eran llevados a una habitación y eran torturados. En un año murieron sesenta exiliados y más de cuatrocientos estaban detenidos en diversas prisiones.

Cuando murió Duvalier padre, algunas figuras de su gobierno también se jubilaron. Una de ellas fue Luckner Cambronne. Cambronne empezó como ministro de Trabajos Públicos, pero el poder en serio lo tuvo unos años después, cuando fue nombrado ministro de Defensa y dirigía al

ejército, y ministro del Interior y dominaba a los Tonton Macoutes. A él se le adjudica la frase: “Un buen duvalierista siempre está dispuesto a matar a sus hijos, y los hijos a matar a sus padres”.

Según los diarios de la época, tenía una fortuna de 70 millones de dólares, 30 millones más que el propio presidente. Cuando se le preguntó cómo podía ser, dijo otra de sus frases famosas: “Es normal que los ministros tengan algunas ventajas”. Sus ventajas venían en forma de empresas: Ibo Tours, una agencia de viajes; Air Haïti, fletes de Puerto Príncipe a Miami, una compañía de taxis áereos; varios medios de comunicación, el monopolio de la exportación de aceites y una empresa de divorcios bastante fructífera. Pero, más que eso, dicen que el dinero en serio venía de sus relaciones con la droga y con la Hemo-Caribbean Company.

La Hemo-Caribbean Company era una empresa dirigida por Werner A. Thill, un bioquímico austríaco que ofrecía dinero a cambio de sangre. Las crónicas dicen que cada día 350 personas hacían cola para dar su sangre, que sólo el 2% era rechazado por estar muy débil, y que a cambio de un litro recibían tres dólares. También cuentan que para que los donantes no tuvieran que esperar varios meses antes de volver a pincharse, los médicos separaban el plasma y devolvían al donante la sangre para que se recuperaran más rápido.

La sangre no quedaba en Haití; Gorinstein, un empresario norteamericano, la llevaba a Estados Unidos. “Es difícil justificar desde un punto de vista social o médico un procedimiento por el que se extrae el plasma de personas subalimentadas, en Haití o en los bidonvilles americanos. No parece chocante que nosotros, en tanto nación, tengamos que pagar a alguien que está mal alimentado especialmente en

proteínas para que venda el producto de su sangre", decía un médico en una nota de *The New York Times* del 28 de enero de 1972. Cuando se hizo público, muchos se molestaron bastante. Andaban por ahí con unos cuantos litros de sangre negra y muy pobre y, seguramente, mala. Los especialistas les aseguraron que no, pero la gente se siguió quejando, la prensa empezó a hablar y Baby Doc se vio obligado a cerrar Hemo-Caribbean.

De todas formas, había otras posibilidades. "Se sabe, además, que miembros del gobierno haitiano participan en este negocio que consiste en enviar a los Estados Unidos y a Canadá cadáveres que las facultades de medicina utilizan con fines evidentemente prácticos. Los servicios funerarios hacen pocos esfuerzos, en Haití, para hallar la identidad de los individuos encontrados muertos, por lo que cantidades de 'desconocidos', hombres, mujeres, niños, se envían a Estados Unidos", decía una nota de *Le Monde* del 26 de octubre de 1972.

El gobierno tomó cartas en el asunto y dijo que, para evitar que desaparecieran los cuerpos de familiares, tenían que presentarse con la partida de nacimiento del fallecido. Pero la mayoría de las personas nunca habían tenido partida de nacimiento, así que era casi lo mismo; los cuerpos desaparecían, y a la familia le tocaba explicar. "La familia Legrand —decían en un diario— pide excusas a toda la asistencia (familiares y amigos) que ha querido compartir sus penas participando en los funerales del llorado padre señor Lespinasse Legrand. Pero para sorpresa de todos, el cadáver que se encontraba en la morgue del hospital de la Universidad del Estado ha desaparecido misteriosamente. En consecuencia, el entierro no tuvo lugar."

Baby Doc facilitó el ingreso de empresas estadounidenses

en Haití. Según *The Wall Street Journal*, en una nota del 6 de julio de 1970, ese año se autorizaron a trabajar en Haití 90 nuevas empresas. En los siguientes dos años ingresaron otras 100 gracias a las exenciones impositivas y a los bajos sueldos. "El salario mínimo es de 70 centavos por día. Es la principal razón por la cual las compañías se han visto atraídas de este modo." En poco tiempo Haití se convirtió en el primer productor del mundo de corpiños y de pelotas de béisbol. Claro que en Haití no se juega al béisbol. Y además de los negocios y el turismo, también llegaban los periodistas para contar de qué iba todo. Según una nota de *The New York Post* del 28 de febrero de 1972: "En este momento, antes de que desembarquen las masas de conocidas personalidades a la búsqueda de nuevas sensaciones, Haití está abarrotada literalmente de mendigos, tullidos, ciegos o simplemente pobres. El olor de toda esa mugre está algo disipado por un ligero olor a paja".

Había algunos lugares que eran demasiado feos y estaban demasiado a la vista. La Saline, un bidonville de Puerto Príncipe, entristecía a los turistas, así que, antes de morir, Papa Doc dijo que resolvería el problema, y un día el lugar se incendió y desapareció. Años después los vecinos lo reconstruyeron y Baby Doc volvió a demolerlo. La gente lo levantó una vez más, y hoy sigue siendo uno de los lugares más pobres y peligrosos de Haití.

Las compañías extranjeras explotaban las tierras y usaban la mano de obra haitiana. Incluso los que tenían tierras eran obligados a trabajar en ellas a cambio de comida. La fundación estadounidense CARE tuvo un rol esencial aplicando el programa Food for Work. Varias décadas después, a meses del terremoto, Estados Unidos se acordó y armó un programa muy parecido, Cash for Work: pagan 180

gourds a los chicos que ayudan a sacar escombros de las casas derrumbadas. “La verdad es que avanzaríamos mucho más con una pala mecánica”, opinó Mathieu Bellamy, uno de los chicos.

El 4 de diciembre de 1970 se firmó el contrato de concesión de la Isla de la Tortuga a la Dupont Caribbean. La isla está al norte del país y era usada por los piratas del siglo XVII para descansar y dejar sus motines. La cesión de los derechos sobre la isla era por 99 años. El contrato determinaba los valores a pagar a Haití: 2 dólares por cada hectárea explotada, hasta alcanzar los 750.000 dólares invertidos, y de 0,75 dólares cuando la inversión alcanzara el millón y medio. El otro problema eran los campesinos; el 25% de la isla estaba ocupado por propietarios privados. El gobierno los echó y los indemnizó.

Después llegó el trabajo, y los cientos de trabajadores que había que emplear. “En nuestro país no hay huelgas, la presión de los parados es demasiado fuerte”, había dicho el ministro de Finanzas, Edouard Francisque, ante la consulta de algunos periodistas. No debía haber obstáculos para la Dupont. Por eso construyó puertos, embarcaderos, almacenes, se eliminaron todas las tasas de importación y exportación; por eso podía comprar y vender cuanto quisiera, sin nada de control. Y eso —vale la pena recordar—también es Haití.

Daniel es ecuatoriano y hace años que vive en Haití. Tiene un arreglo con el dueño del hotel: le paga una cantidad de dinero cada año a cambio de dos habitaciones, y puede hacer con ellas lo que quiera. Daniel quiso tirar abajo la pared que las separaba y ampliar, tener su cocina living comedor, sillones cómodos y una habitación con una cama muy grande —armarse su casa acá, en este lugar llamado Haití—. Daniel tiene unos sesenta años, nada de pelo y un bigote estilo D'Artagnan que se toca todo el tiempo. Trabaja para Caterpillar, la empresa de construcción y destrucción, la de las únicas grúas en todo el país con la capacidad para levantar lo que está —lo que sigue, seis meses después— caído por ahí.

—Si tienes dinero, no está nada mal vivir aquí —sonríe Daniel, que casi siempre sonríe al hablar—; el clima es bueno, hay hermosas playas, tienes a Miami a un par de horas y puedes conseguir a las negras más lindas.

Y me lo quiere mostrar. Daniel es el primero que me saca de noche en su 4 x 4. Vamos a Pétionville, en el centro de Puerto Príncipe, donde las calles son de asfalto, las casas siguen en pie y están los prostíbulos que abren casi exclusivamente para los agentes de la ONU y los restaurantes de 200 dólares el plato. Nosotros vamos a un bar que está medio de moda, donde veo a los haitianos que no veo en Haití. Cuando entran dos negras muy lindas, Daniel sonríe, me las señala con la mirada y juraría que las puntas

de sus bigotes se enrollan un poco más. La noche es fácil y difícil a la vez. Fácil, porque uno puede olvidarse por un rato del mundo real que está ahí afuera; difícil, porque uno se esfuerza por olvidarse del mundo real de ahí afuera y se cree por un rato esta escena forzada, agradable pero inverosímil.

Cuando volvemos al hotel, aislados en la cabina de la 4 x 4, en todo lugar hacia donde mire, la oscuridad. Ya me explicaron, en la mayor parte de la capital del país no hay luz eléctrica; sólo en el baño del bar que acabamos de abandonar hay más lamparitas que en la mayoría de las calles de Puerto Príncipe. Por momentos cuesta creer que apenas unas horas antes estos mismos caminos de tierra eran casi intransitables. Mientras, Daniel sonríe y me da charla, me da charla y sonríe, y explica la lógica tan lógica: que piensa quedarse bastante tiempo, porque mientras peor esté el país, más trabajo para él.

8

PELIGRO: Haití

Haití, antes de ser Haití, es un lugar en el que suceden cosas malas —y se dicen—. Se dice que voy a morir de una forma mucho más concreta que la habitual: yendo a Haití. Que la gente mata porque es más divertido que no, y que si no es de un tiro o un machetazo será de sida o de hepatitis A o B, de tétanos, malaria, dengue, difteria, diarrea de viajero, fiebre amarilla, fiebre tifoidea, de fiebre, de un resfriado, de un poco de asco. La gente muere en Haití, advierten, pero la gente también vive. Así que yo espero que alguien lo diga: "vas a vivir en Haití".

Aunque más o menos, porque hay muchas cosas que no se saben bien: el último censo nacional aventuró 9,5 millones de habitantes, y reconoció un margen de error del 25%, o sea, 2.225.000 personas más, o menos, más o menos.

Dos días antes de subir al avión tengo que ir a vacunarme contra Haití. Nadie obliga a nada, pero casi todo es altamente recomendable. Lo primero que me recomienda la doctora es, por supuesto, no ir. Todo el mundo dice lo mismo, pero esta vez, en su consultorio, ella aclara que sólo puede disminuir el riesgo, imposible asegurar que nada malo vaya a pasarme. En caso de que siga con la idea de viajar, pide que considere

postergar la salida, porque en vez de dos días hacen falta dos semanas para que las vacunas hagan efecto. Le explico que no puedo, que el pasaje y la estadía —no le digo que estoy un poco cansado de que todos aconsejen no pisar Haití—. Entonces me hace firmar una declaración que dice que ellos me avisaron, y se saca las ganas:

—Para nosotros —dice seria, ofendida— es un paciente de alto riesgo.

—¿Riesgo de qué?

—Riesgo, riesgo de que cosas malas le pasen.

En su informe *Terremoto en Haití. Reporte de situación sobre actividades sanitarias post terremotos*, del 18 de mayo de 2010, la ONU dice que hizo algunas cosas para ayudar, y las enumera: repartió 880.000 dosis de vacunas, 4,2 millones de litros de agua potable, 3,5 millones de raciones de comida rica en calorías y puso en práctica un sistema de vigilancia de muertos para calcular cuántos fueron en total —aunque bien saben que no es posible definir cuántos murieron, si ni siquiera están seguros de cuántos vivían—. Tuvieron que repartir sangre para transfusiones; en los últimos cinco años las donaciones de sangre en Haití aumentaron un 250%, y las extracciones voluntarias un 70%, pero el terremoto tiró abajo el Centro Nacional de Transfusiones. Toda esa sangre se perdió.

El informe se les anima a los datos fríos: murieron 220.000 personas (el gobierno haitiano oficializó 316.000), 300.000 quedaron heridas —4.000 con algún tipo de amputación— y 1,5 millones se mudaron a carpas levantadas en cada rincón de Puerto Príncipe, como las que están frente a mi hotel. Alrededor de 500.000, que no se murieron ni quedaron

maltrechos ni se metieron en carpas, simplemente se fueron a algún lugar. Muchos habían llegado a comienzos de los noventa buscando una vida mejor, y ahora se marcharon por miedo a perder lo poquito de vida que tenían. En un informe de 2008, la ONU dijo que sólo el 51% de la gente que vivía en áreas rurales tenía acceso a agua potable, y el 12%, a recursos sanitarios básicos. Y allá lejos la vida no sería fácil: para después del terremoto, el estudio augura diarrea, infecciones respiratorias, malaria, dengue. Y rabia, no mucha ira concentrada, sino rabia, la que mata. El informe también recuerda las épocas de tormentas tan típicas del Caribe y sus efectos: ríos de barro que se entusiasman allá arriba en las montañas y desintegran todo.

Por momentos la ONU fantasea. Por ejemplo, dice que el 31 de mayo de 2010, cuatro meses después del sismo, se reunieron los líderes del mundo y escucharon el plan que presentó Haití; un proyecto a largo plazo, intenta el informe, para reconstruir el país. Cualquier cosa a largo plazo que no sea el hambre sería toda una novedad. Por eso el secretario general, Ban Ki-Moon, sospecha; dice que sí, que reconstruyan, pero que "*build back better*". En realidad, no parece un gran desafío considerando los antecedentes. Él, por su parte, daría una mano: 9.900 millones de dólares en tres años.

El informe también se exige un poco y dice que Leogane, la ciudad más próxima al epicentro, fue la más afectada. En algunas regiones el 80% de las construcciones desapareció. La gente se fue a las montañas, se alejó de los bloques de cemento y de cualquier posibilidad de recibir ayuda más o menos rápido. Se abrieron centros de salud en containers, arreglaron un poco el hospital que ya había y trataron a varios por depresión —esas heridas que no vemos pero están

—. Hay médicos cubanos aquí y allá, y eso es lo más creíble del informe, porque todos dicen que ellos, los médicos cubanos, son los únicos que de verdad ayudan.

El resumen no se olvida de Jimaní, la localidad de República Dominicana que limita con Haití y que sirve de paso para miles de personas y productos básicos cada día. Hasta ahí llegó una fundación apadrinada por la Universidad de Harvard. Allí trataron a 275 personas, de las cuales 48 tuvieron que ser amputadas. Menos de 300, de un total de 300.000.

Y cuando no se anima, la organización cuenta de a mitades. Dice que en Jimaní también se abrieron centros de salud y que ahí controlan el contagio de enfermedades. No dice que uno de los deportes preferidos de muchos dominicanos es decir que los haitianos son sucios y vagos y contagiosos —como pasa entre vecinos de cualquier parte del mundo—, y que hacen todo lo posible para que se queden así, en su lado de la isla. Con el correr de las horas se multiplicaron las denuncias por problemas para cruzar la frontera, hasta que un buen día simplemente cerraron la reja, y se acabó.

El informe dice que en junio, a casi seis meses, se reunieron a discutir cuáles eran los principales problemas del sismo. No habrá sido fácil sentarse a definir qué estaba peor en Haití. Así y todo, se pusieron de acuerdo en una lista de cuatro temas. Y arriba de todo aparece uno inesperado: violencia de género. Esa frase, “violencia de género”, es muy amplia, y la usan en todo el mundo desde jefes que se aprovechan de sus secretarias y les dicen y hacen cosas impropias hasta las peores agresiones físicas. En Haití se refiere casi exclusivamente a las violaciones. Según dicen —por ejemplo, un miembro de la embajada argentina en Haití—, mientras que cuando encuentran a alguien robando es probable que los

vecinos decidan cortarle una mano o un dedo o algo, como para que no se olvide de que robar está mal, en los casos de violación no se molestan tanto y lo dejan pasar con bastante frecuencia. La situación de un millón y medio de personas viviendo en carpas en la calle multiplicó el peligro para las mujeres, que no reciben ayuda de nadie y son presa fácil de los hombres. Y la violencia de género, en un lugar como este, en un momento así, puede ser muy redundante: las mujeres violadas se mueren, o se enferman y mueren, o se enferman y quedan así un tiempo, o se enferman y se embarazan y pierden el bebé, o lo tienen y el bebé se muere, o el bebé nace y se enferma y muere, o se enferma y queda un tiempo así, o no se enferma y crece y vive en una carpa, y si es mujer es violada y si es hombre, viola.

Pero la ONU lo puso primero en una lista de cuatro, así que hay que cruzar los dedos.

“Llevan pequeñas linternas para elegir a las mujeres más bonitas que duermen en los campamentos o en la calle. Iluminan sus caras. Las seleccionan. Y abusan de ellas. Las violan. Los policías no podemos protegerlas a todas. Y son muy pocas las que acuden a nosotros para hacer la denuncia. En Haití sigue siendo un tabú.”

“No podemos”, primera persona del plural. Esto dice Joseph Georges, un policía de Matissant; dice que no pueden protegerlas, que son pocas la que acuden, que en Haití que te violen es tabú.

Como la policía no puede, los vecinos se armaron con machetes y pasan la noche despiertos para espantar a los que se meten en las carpas de las mujeres. Sólo en Puerto Príncipe, a días del sismo, había alrededor de 300 asentamientos, 700.000 mujeres, la mitad menores de edad.

Y el terremoto apenas tiene que ver. Violar mujeres es,

desde hace tiempo, una de las formas preferidas que tienen las bandas parapoliciales para eliminar a los que no los apoyan. Lo hacían los Tonton Macoutes de Duvalier, lo hizo la FRAPH, el ejército privado del golpista Raoul Cédras, contra los seguidores de Jean-Bertrand Arístide. Dicen que también Lavalas, el ejército privado del propio Arístide.

Gheskio, una organización de lucha contra el sida, informó que atendió diez casos de violación por día después del terremoto. La ONU no se les anima a los números, pero estima que son cientos más que antes del sismo, y reparte "botiquines de violencia sexual" con antirretrovirales profilácticos y linternas; será para que vean todo un poco mejor.

Lo que sí es culpa del sismo es la muerte de Magalie Marcellin, de la ONG Casa de las Mujeres, y de la ex ministra de la Mujer Myriam Merlet, líderes del movimiento feminista en Haití. En 2007, Marcellin denunció a cien cascos azules de Sri Lanka por pagar un dólar por tener sexo con menores de edad, muchas de ellas chicas de trece años. Los cien soldados de la paz fueron deportados, pese a que, como es sabido, en Haití las violaciones son tabú.

Haití es el mejor en algunas cosas: tiene el mayor porcentaje de infectados con sida de América Latina y el Caribe, y padece la mayor epidemia en el mundo detrás de los países africanos. La epidemia se inició en 1970, y hay porqués: pobreza endémica, desnutrición, servicios básicos de salud casi inexistentes, crisis políticas, migraciones internas que van esparciendo todo y la famosa violencia de género. Los policías y militares casi triplican los números nacionales, un poco por violar y otro tanto por drogarse con agujas usadas.

Están las estadísticas. Estiman que hay unas 130.000

personas con VIH, el 12% de la población. De ellos, sólo 5.572 reciben tratamiento, el 18% de las mujeres sabe algo de los métodos anticonceptivos y usa preservativos; entre los hombres, 3 de cada 10.

El año 1997 fue raro para familiares y allegados: los hospitales empezaron a expedir certificados de defunción, y de pronto se sabía qué cosa le había agarrado a un hermano o a un hijo y se lo había llevado. Por eso, también, pueden decir con bastante certeza que el VIH es la principal causa de muerte en Haití. Sólo en 2003, el último año en estudio, nacieron 4.000 chicos con sida, y se calculan 200.000 huérfanos por culpa del sida.

El Hospital Central de Haití es público y está ubicado en el centro de Puerto Príncipe. Una manzana entera con edificios y caminos internos para las ambulancias. Cerca de la entrada, el primer edificio tiene un cartel: SIDA. A la izquierda está la GUARDIA y más al fondo, a la derecha, CIRUGÍA. Siguiendo un poco más adelante hay una escuela y una iglesia. En las calles, en vez de espacio, hay autos estacionados, algunos con las gomas pinchadas, donde alguna vez alguien los dejó y ya nadie volvió a buscarlos. Donde no hay autos pusieron carpas blancas como iglúes con espacio para seis camas —tres y tres enfrentadas—, y en ellas algunos cuerpos, siempre los mismos, los mismos ojos, la misma delgadez inverosímil, las mismas marcas en la piel —en las piernas, el torso, la cara—.

No sé cómo eligen a los que ocupan estas carpas. Imagino. Me doy cuenta de que son los que están peor, los más flacos, con todos sus huesos presionando la piel, con todas esas marcas. Al entrar en una de estas carpas la primera gran certeza es el olor. No hace falta preguntar: es el olor de los

que van a morir. Uno de esos cuerpos que tiene una de esas caras se incorpora en una de esas camas cuando nos ve entrar. Dice que un cerdo lo mordió y de pronto se quedó sin fuerzas; que no puede caminar, que en realidad apenas siente los pies. Tiene un pantalón negro y una musculosa que era blanca, y todo está bastante bien armado para impresionar.

Le pregunto si lo cuidan, si acá está bien, y se apura a decir que sí. No puedo creer que diga eso, "acá estoy bien" —y creo mucho menos la pelotudez que le acabo de preguntar—. Se queja de la comida, dice que a veces está pasada, con gusto raro, y tiene que tirarla. Si tuviera plata compraría algo afuera, explica, pero no tiene, y además recuerda el detalle de los pies y su no-sensibilidad, y repite que igual no puede caminar.

Después se pone un poco triste, y dice que se siente solo, que nadie viene a verlo. Aunque parece conmovido, me doy cuenta de que la mirada perdida y los ojos vidriosos se deben a la enfermedad. Quiero irme, me daba vergüenza de solo entrar, pero —me digo— quizá lo único que les queda es ser una historia y la posibilidad de que alguien la quiera escuchar. Así que, sin preguntar nada, se pone boca abajo en la camilla y se baja un poco el pantalón. En la cola tiene varias marcas redondas amarillentas, y yo supongo que es ahí donde el cerdo lo mordió. Se queda un rato así, boca abajo, mostrando la parte de arriba de la cola y balbuceando cosas, explicando por qué el mundo es como es. Hace diez minutos que quiero irme de acá, de la carpa, del hospital, del puto hotel de cien dólares la noche, de este puto país.

Afuera, en la puerta del hospital, los que tienen algo para vender ponen sus mesas y venden. Agua en bolsitas, zapatos, madera cortada, cedés.

Haití también es un tablero que la ONU usa para hacerse entender. O como campaña de publicidad. Debe ser difícil convencer a todos de que ellos son todos, de que el mundo entero hizo el esfuerzo, compró un edificio muy grande en Nueva York y en mil lugares más, y desde allí representan a todos aquellos de buena voluntad. No debe ser fácil, pero entonces surgen las oportunidades: los que hicieron el esfuerzo mandan soldados a un país, usan el dinero de ayuda humanitaria para cercar terrenos, levantar edificios, construir torres tipo prisión y portones oscuros y metálicos, y pagar sueldos más altos que las torres. Y así pasan algunos meses, ocupando un poquito de otro país, aunque no quede del todo claro por qué.

Por eso Haití es, también, un gran TEG lleno de montoncitos de fichas que, por una vez, son todas del mismo color. Las bases militares de Brasil, Argentina, Reino Unido, Uruguay, Países Bajos, Cuba, Chile, Estados Unidos, Rusia y la lista entera se fueron ubicando a unos cuantos kilómetros del centro de las ciudades más importantes, o al costado de una ruta polvorienta, y conviven sin misiles teledirigidos ni pruebas atómicas, todo un éxito de la comunidad internacional. Un granito de paz en el culo de un mundo revuelto. Y Argentina, que por una vez no es la excepción.

La doctora que me vacunó para Haití me había hablado de la base argentina, y los choferes y traductores la nombraban a cada rato. Yo no sabía bien, pero Michél, mi último chofer, insistió y me llevó directo desde el Hospital Central de Puerto Príncipe.

Las bases militares son todas iguales: grandes terrenos cercados con un portón verde oscuro y las letras “ONU” en blanco. A los costados del portón sobresalen las puntas de dos

torres, y en cada torre, un militar armado.

—Hola, soy argentino y me gustaría entrar.

Los de las torres no saben qué hacer, porque no debe pasar muy seguido que alguien aparezca y diga “quiero entrar”. Uno de ellos baja, abre apenas una de las hojas del portón y espera.

—Hola, soy argentino —repito, porque es lo único que tengo—, no sé si puedo pasar a ver cómo es la base militar.

—¿Tiene algún permiso?

—No, no tengo nada, quería ver cómo es, nada más.

La simpleza del pedido desconcierta al militar, y creo que por eso me deja pasar.

Por dentro, la base militar es lo que, para mí, no debería: un espacio con demasiada paz. Apenas llego me molestan las construcciones bajas y lindas, los caminos y la gente que anda vestida para la guerra y muy despreocupada. Me cae mal entrar a uno de esos edificios y ver a dos argentinos tomando mate, una mujer linda que me pasa al lado, escuchar la voz de un chico y una chica haciéndose algún chiste, oírlos reír.

—Señor, ¿quién es usted?

Me pregunta un militar, y yo explico: argentino, andaba por el barrio, quería saludar.

—¿Tiene el permiso de Defensa?

—No, no tengo ningún permiso.

—Entonces se tiene que retirar, no puede estar acá.

—No sabía. ¿Y qué tengo que hacer para poder hablar con alguien que esté a cargo de la base?

—Tiene que pedir la autorización en el Ministerio de Defensa y ellos la tienen que aprobar. El proceso tarda seis meses.

—Ah.

A mí me quedaban seis días en Haití, así que el militar me

invitó a dejar la base, además de ordenarme que no podía hablar de esto —de qué— con nadie —con quién—. Pero aunque todos cumplieron en decirme absolutamente nada, no pude evitar ver lo que no había en aquella base: no había no argentinos, no había no militares, no había camillas rebosantes, enfermos deambulantes, ni siquiera un chico bien con esguince de tobillo. No había nada en ese lugar más que edificios bajos bien mantenidos, trajes militares, un par de torres muy custodiadas y un silencio raro, fuera de lugar. Antes de que me cerraran el portón busqué una vez más, pero en la base militar argentina de Puerto Príncipe no encontré a las víctimas de este Haití.

Mirebalais queda 60 kilómetros al este de Puerto Príncipe, tiene un poco más de 9.000 habitantes y un equipo de fútbol que juega en la liga nacional. En octubre de 2010 los tres hermanos de una familia empezaron a sentirse mal, les dolía la panza, tenían un poco de fiebre, uno fue el primero en vomitar y tener diarrea. Los padres, que tampoco andaban del todo bien, los llevaron al hospital, y ahí les dijeron que se tranquilizaran, y les explicaron que al igual que todos los demás, eran muy pobres y seguro algo que comieron estaba un poco podrido. Les dieron algo para la panza, una cama y un balde para vomitar. Y unos días después, el 15 de octubre, los hermanos se empezaron a morir. Los tres hermanos fallecieron, los padres fallecieron, y varios cientos de los 9.000 llegaron a la guardia con los mismos síntomas.

“Consultamos nuestros libros para ver si esto realmente podría ser cólera y, al confirmarlo, lo reportamos de inmediato”, dijo el doctor Jorge Luis Quiñones, un miembro de la misión médica cubana que diagnosticó el primer caso de

cólera en Haití. Ni estadounidense, ni europeo, ni internacional del Fondo Monetario; cubano. Los cubanos llegaron a Haití en 1998, después de un huracán, y desde entonces trabajan en la zona. “Mientras la mitad de las ONG ya han desaparecido, los cubanos siguen ahí”, dijo Paul Farmer, fundador de Partners with Haiti. Con el tiempo, el Ministerio de Salud haitiano daría algunos números sobre la labor de los cubanos: a un año de la aparición del primer caso, la misión cubana había tratado a más de 76.000 enfermos, de los cuales sólo 272 murieron, el 0,36%, un promedio mucho menor al 1,4% de todo Haití.

Para junio de 2012, el cólera mató a 7.000 personas y 500.000 más estaban enfermas, el 5% de la población. Y como suele pasar con este país, las cifras lo ubican bien arriba en las estadísticas internacionales: el doctor Kevin De Cock, director del Centro para la Salud Global, del Centro para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC) de Estados Unidos, se sentó muy cómodo en su despacho y dijo lo que, al parecer, sabía desde hacía rato: “No es ninguna sorpresa que una vez que el cólera se introdujo, se convirtió en una de las epidemias de cólera más grandes de la historia”. El doctor no explicó por qué lo sabía, pero se puede suponer.

El cólera es la enfermedad que define la pobreza, dijo alguien importante de Unicef, lo hizo históricamente y lo sigue haciendo en la actualidad. Según ese organismo, en muchas áreas rurales de todo Haití el 99% de la población hace caca al aire libre. Además, el país tiene la peor —la peor de todas, otra vez el ego haitiano— estructura sanitaria del hemisferio oeste, superada sólo por los países africanos. En 2008, sólo el 17% de toda la población —algo así como 1,5 millones sobre los 9 millones totales— tenía acceso a recursos sanitarios básicos, como inodoros, tanques sépticos y baños

ventilados. Asusta un poco pensar que ahí al lado, en República Dominicana, el 93% —casi todos— va al baño bastante bien. Mientras, el 40% de este lado de la isla —4 de cada 10, 3,5 millones— no sabía lo que era tomar agua potable. El problema es que, aunque no haya agua potable, o duchas, o inodoros, la gente tiene que tomar, bañarse y hacer caca. Y lo hace donde puede, ahí nomás, en el río más cercano.

Así y todo, Haití no había tenido un solo caso de cólera en los últimos cien años. Entonces, ¿por qué ahora? Los que lo explican tratan de sonar muy tontos: el cólera no está en el agua sucia, el cólera está donde está el cólera. O sea, mientras no haya nadie que introduzca la bacteria, no hay problema —aunque haya mil quinientos problemas más—.

Bueno, había una vez, en 2005, cuando un grupo de personas decidió que era hora de ordenar las cosas en Haití. Después de embargos y resoluciones y comitivas especiales, la ONU decidió enviar militares a ese pequeño lugar llamado Mirebalais, que tiene 9.000 habitantes y un equipo de fútbol en la liga nacional. Los soldados se acomodaron en la cárcel de la ciudad, por lo que los delincuentes estarían agradecidos. Y como la tarea era extremadamente importante, la ONU mandó a un grupo muy bien preparado, lo mejor de lo mejor que había en todo Nepal.

Entonces, en octubre de 2010 aparece el cólera, un montón se mueren pero otro montón no, y los que no se enojan mucho y no tienen nada mejor que hacer, se ponen a caminar todos juntos en una misma dirección, lo que se parece mucho a una protesta, y piden que alguien les explique qué carajo está pasando que todos se mueren como moscas. Entonces aparece un rumor, que en un lugar así, en una situación así, es todo lo que hace falta, y después —diez meses después—

publican un informe firmado por alguien que puede firmar informes que dice que el rumor era cierto, y que el cólera apareció porque los militares especialmente traídos de Nepal cinco años atrás —además de seguir ahí cinco años después— tiraban su caca en unos agujeros no muy profundos y que, cuando llovía un poco, los agujeros se llenaban de agua, la caca salía flotando y surfeaba hasta el río. Así se inició todo, reconocen casi un año después, con un chico de 28 años que tomó algo de esa agua y se murió el 15 de octubre de 2010.

Y empezó el lío, atacaron a los cascos azules y tres personas murieron. Un enviado de Naciones Unidas, Edmond Mulet, se enojó y dijo que quienes protestaban no permitían que los militares trabajaran, y que si la ayuda no les llegaba era por su culpa.

Hay otros que dicen un poco más. Explican que el agua llega a través de camiones cisterna enviados por el gobierno pero manejados por empresas privadas. Que el agua la sacan de pozos de doscientos metros de profundidad que, por ejemplo, en Cité Soleil están ubicados entre un campo de fútbol, un campamento de damnificados, un riachuelo de aguas negras y firmes montañas de basura. Médicos Sin Fronteras se encargaba de atender al 80% de los enfermos. “Me deja perplejo que, cinco semanas después de que apareciera el primer caso, una organización como MSF siga asumiendo el 80% de la intervención, en un país considerado la república de la ONG”, dijo Stefano Zanini, portavoz de MSF. “Lo que estamos haciendo como MSF hoy es tratar de apagar un incendio con un vaso de agua.”

Los organismos de ayuda calculan que aparecen 200 nuevos casos de cólera por día en Haití y que para abril, en la temporada de lluvias, esa cifra llegará a 1.000. También, que si quieren eliminar la epidemia, hace falta invertir en cambios

estructurales básicos. Que esos cambios costarían 1.100 millones de dólares. Y que si todo eso sucede, si los que tienen que poner la plata la ponen y los que tienen que invertir, invierten, pasarán diez años antes de que se pueda controlar la enfermedad. Diez años, a 200 casos nuevos por día, 1.000 en las temporadas de lluvia, en todos esos meses de abril, cuando llegan las lluvias.

Una imagen aérea sería bastante impresionante: un puente cubierto de tierra sobre un riacho, una reja en la mitad, un solo guardia de un lado, cientos de personas del otro, amontonadas, enojadas, desesperadas, apoyando las manos, la panza, las rodillas, dejándose caer un poco pero todavía conscientes del concepto de autoridad. El 25 de octubre de 2010, a diez días del primer caso de cólera diagnosticado en Haití, las autoridades de República Dominicana decidieron cortar toda comunicación con sus vecinos peligrosos. Eso, aún hoy, en un lugar como Haití, se hace bien fácil: cierran una reja, corren el pasador, le ponen un candado y se sientan a esperar.

La Española —así llaman a la isla que ocupan República Dominicana y Haití— es la segunda más grande de América detrás de Cuba, la más poblada del continente y la décima en todo el mundo. Sus dos países comparten una frontera de 350 kilómetros con doce pasos fronterizos oficiales y cientos improvisados. Pero esos pasos son una excusa: en 1991, cuando la ONU ordenó el embargo sobre Haití en respuesta al golpe de Estado del militar Cédras, no hubo forma de convencer a los haitianos de que podían seguir viviendo sin comer. Así que empezaron a cruzarse a Dominicana para comprar algo y llevárselo a sus familias. Como el embargo

duró tres años, la cosa se volvió bastante organizada, y cada lunes y viernes los dominicanos armaban sus puestos, los soldados abrían las rejas y los haitianos cruzaban con su dólar diario y se volvían con algo. Así nacieron los mercados binacionales a lo largo de toda la frontera. Y lo que pasa seguido aquí: la excepción se volvió regla y los mercados se convirtieron en la única posibilidad de conseguir algo para comer —ya antes del terremoto, y mucho más después—. Según un informe del Centro de Exportación e Inversión de la República Dominicana (CEI-RD), hay un total de 1.008 mercados binacionales que generan alrededor de 1.500 millones de dólares cada año. Por eso, cuando República Dominicana decidió cerrar las rejas por temor al cólera, para cientos de miles de personas fue un verdadero drama. Y tampoco fue tan útil: a comienzos de noviembre detectaron cuatro casos de cólera en República Dominicana.

Una idea: para República Dominicana, el verdadero problema de la frontera con Haití es que existan, la frontera y Haití.

Y cada tanto pasan cosas. En enero de 2006 un dominicano aceptó cruzar a un grupo de haitianos indocumentados: Dominicana pide un pasaporte a cada haitiano para cruzar, pero la mayoría no lo tiene. En la camioneta había bastante lugar, y el chofer pensó que con un poco de suerte y algún soborno podría esconderlos y hacer buen dinero en unas cuantas horas. No era algo que no hubiera hecho antes. A medida que se acercaba a la frontera, más y más gente le pedía un lugar, y le daba algo. Cuando llegó al puente fronterizo llevaba 69 personas muy apretadas detrás. Al principio no se dio cuenta, porque el camino estaba en muy

mal estado y la camioneta hacía tanto ruido que era imposible oír una de esas voces. Poco después, cuando el griterío se volvió un gran aullido insoportable, el chofer paró, caminó molesto hasta la parte de atrás y abrió la puerta de la combi: 25 de los 69 haitianos que transportaba habían desaparecido. “Todo parece indicar que los haitianos se asfixiaron en la furgoneta y quienes los transportaban los fueron arrojando en el camino”, contó el jefe de policía, Bernardo Santiana Páez.

Todo parece indicar que efectivamente eso fue lo que pasó, sobre todo porque las autoridades volvieron sobre los pasos de la combi y fueron encontrando los cuerpos. La opinión pública puso el grito en el cielo, porque algo tenía que hacer, y los dominicanos cargaron contra los oficiales de frontera, que por unos cuantos pesos miraron para otro lado y permitieron que toda esa gente muriera. Ni pensar en todos los que habrán pasado con vida. Las autoridades reaccionaron de inmediato, y para evitar nuevos casos de soborno les aumentaron el sueldo a esos soldados entrenados en abrir y cerrar rejas, aunque a seis meses del sismo un billete de cien gourds —tres dólares— alcanza para convencerlos de que en realidad no hay nada de malo en correr un pasador y abrir.

Más allá del puente, Dajabón, en República Dominicana, es una ciudad como cualquier otra, con sus edificios recién pintados, su plaza de una manzana, el estadio de básquet municipal, la oficina postal, la casa de repuestos Cerda, la ferretería Beller, la Universidad Tecnológica de Santiago (Utesa) y Carlitos Sport, “confianza del jugador”. Salir de Haití y entrar a este mundo aburrido y normal es inverosímil. La desigualdad, aunque sea por postura, debería ser en degradé. Y están, por todos lados, los grandes almacenes que

lunes y viernes abren sus puertas para que los haitianos vengan y gasten. Otra vez, según el CEI-RD, los haitianos gastan en el mercado binacional 440 millones de dólares al año. Eso, porque de los 15.000 visitantes que recibe Dajabón cada semana, 13.500 son haitianos.

Pero el 25 de octubre de 2010 las rejas ya no se abrieron. Y eso preocupa a algunos. “Estamos frente a un pueblo que no soporta un día más —dijo entonces el alcalde Ramírez—. Es un pueblo que amenaza con invadirnos de manera violenta.”

La doctora que me recomendó quedarme y después se resignó a pincharme nunca estuvo en Haití, pero su ex esposo sí. Su ex esposo, me cuenta la doctora ya un poco desenojada, también es médico y trabaja para la ONU, tres meses en Puerto Príncipe y uno en Buenos Aires. Se preocupa un poco y me da sus datos, un nombre, un número de teléfono, me dice que si veo a un grupo de argentinos pregunte por él. Después, como en una especie de complicidad muy íntima, reconoce que su ex le dijo que no hay tantos casos de sida como se escucha por ahí, y que el último problema serio-serio fue un brote de dengue, el mosquito que está en Haití y en mil lugares más. Entonces le pregunto por el otro cuco, la inseguridad. La cara le cambia un poco a la doctora, se toma un segundo, duda e inclina el cuerpo sobre el escritorio que nos separa; yo hago lo mismo y así, más cerca que nunca, me susurra:

—Él dice que se siente más seguro en Haití que en Buenos Aires.

A una semana del terremoto hay 14.000 soldados estadounidenses en Haití.

“No hay ninguna lógica para que tropas norteamericanas estén desembarcando en Haití. Si lo que Haití está pidiendo es ayuda humanitaria, no está pidiendo tropas. Sería una locura que todos empecemos a enviar tropas a Haití”, dijo el presidente de Nicaragua.

“La gente no ha comido ni tomado agua por casi 50 horas y están ya en una situación muy mala”, dijo el vocero del grupo de ayuda humanitaria de la ONU. “Si ven un camión con algo, o si ven un supermercado derrumbado, van a correr para conseguir algo de comer.”

“He estado en el infierno y he vuelto”, afirma una frase pintada en una pared de la calle Delmas.

9

Ocupándo(se) de Haití

Estados Unidos ocupó Haití el 28 de julio de 1915. Un año antes, el último presidente haitiano, Guillaume Sam, había tenido un revés político: una multitud bastante enfurecida fue a buscarlo a su palacio, lo mató y lo descuartizó. Durante los 19 años que duró la ocupación, los haitianos elegían a sus presidentes, si es que las palabras *ocupación* y *elegir* combinan en la misma frase. Ninguno de los líderes de aquellos años fue negro.

Estados Unidos formó un ejército de dos mil hombres y los puso en la calle a controlar, lo que parece la gran obsesión: lo único que nunca falta cuando intervienen Haití —la invasión de Estados Unidos en 1915, las varias intervenciones de la ONU, la de Estados Unidos en 1994, las de todos con el terremoto de 2010— es un grupo numeroso de militares que van a poner orden para la seguridad de los ciudadanos.

"Ustedes saben que yo juego un papel no despreciable en la vida de algunas pequeñas repúblicas. Yo mismo he redactado la Constitución de Haití y, si yo lo digo, es porque creo haber hecho un buen trabajo", aseguró Franklin Delano Roosevelt en un discurso del 18 de agosto de 1920.

Durante la ocupación, Estados Unidos construyó puertos, caminos y hospitales, y mejoró las condiciones sanitarias. También dijo que era necesario modificar la Constitución,

sobre todo ese artículo tan inoportuno que mandaba que los extranjeros no podían hacerse propietarios de tierras haitianas. Desde la independencia en 1804, ningún haitiano había creído necesario cambiar nada, pero Roosevelt tenía tiempo libre, y él mismo se puso a redactar la nueva ley fundamental. Así que la reformaron, y las empresas norteamericanas empezaron a molestarse hasta la isla; resultó ser una suerte que justo hubieran creado puertos y caminos y baños, porque ahora los iban a tener que usar.

En 1919 City Bank compró todas las acciones de la Banca de Haití, y en 1922 otorgó un préstamo de 23 millones de dólares al gobierno haitiano, cuyo 90% estaba dedicado a pagar deudas con extranjeros. La deuda era la misma que mantenía con Estados Unidos, pero ahora con la Banca de Haití. Las reservas haitianas estaban guardadas en City Bank, que pagaba una tasa del 2,5%. Un consejero financiero, Cumberland, lo explicó así: "Haití prestaba dinero a Wall Street".

"Es absolutamente falso pretender que el objetivo de nuestra presencia en Haití es proteger los intereses haitianos. Estamos lejos de ser los generosos bienhechores y somos beneficiarios en nuestras relaciones comerciales con este país. Por el contrario, es cierto que la ocupación se ha llevado a cabo con el fin de salvaguardar los intereses financieros de los Estados Unidos en Haití, desgraciadamente a expensas de nuestros débiles vecinos", decía el pesimista informe de la Comisión investigadora McCormick de 1920.

En medio de todo eso apareció la nueva forma de la resistencia haitiana. "Pero las promesas falaces hechas por los yankees al desembarcar en nuestro suelo se realizan, desde hace casi cuatro años, en forma de vejaciones constantes, de inauditos crímenes, de asesinatos, robos y actos de barbarie

de los que el único que en el mundo entero tiene el secreto es el americano. Venimos hoy, agotada la paciencia, a reclamar nuestros derechos ignorados, pisoteados por los americanos sin escrúpulos que, destruyendo nuestras instituciones, despojan al pueblo haitiano de todos sus recursos y vomita sobre nuestro nombre y nuestra sangre", leyó Charlemagne Péralte, en julio de 1919. Los nombres haitianos son los más bellos.

Péralte era el líder del movimiento llamado los Cacos. Durante tres años los Cacos enfrentaron con bastante éxito a los *marines* estadounidenses —mataban a unos cuantos, se morían—, principalmente con el apoyo de los campesinos, que trabajaban la tierra cuando estaban a la vista y después se convertían en "bandidos cacos". El 31 de octubre de 1919 mataron a Péralte y Benoît Batraville pasó a ser el nuevo líder. Los enfrentamientos eran brutales, y durante esos cinco años los soldados estadounidenses mataron a 13.000 rebeldes.

Un día de 1934 se fueron, aunque no tanto, porque dejaron un superintendente para controlar el presupuesto nacional, que sólo abandonaría la isla cuando Haití pagara toda su deuda con Estados Unidos.

Durante la Segunda Guerra Mundial se creó la Sociedad Haitiana Americana de Desarrollo Agrícola (SHADA). Ante el conflicto con los países asiáticos y la necesidad de caucho, Estados Unidos inició en Haití el cultivo de hevea. Se cultivó, para eso, el 21,5% del territorio, y se eliminaron otros cultivos. El plan salió mal, y como la guerra se terminaba, dejaron todo así, los cultivos muertos, la tierra inutilizable. Pero la economía de Estados Unidos todavía no se recuperaba después de tantos años de guerra, y necesitaba dinero. Así que el gobierno de Haití se solidarizó con los estadounidenses y voluntariamente propuso un "programa de asistencia

económica norteamericano". O sea, Haití agarra el mundo entre las manos, lo gira y le da plata —cinco millones de dólares de entonces— a Estados Unidos.

Al final, en 1941, el superintendente logró cobrarse lo que le debían y se fue en paz. Sorprende la falta de imaginación, las cosas que se repiten. El historiador James Leyburn dice en su *El pueblo haitiano* que parte del rechazo a los estadounidenses era su "espíritu exclusivista", con sus clubes privados y su núcleo social cerrado. Su convicción de no mezclarse con los locales. Algo muy —demasiado, muy demasiado— parecido pasa hoy, después del terremoto, con la ONU y sus restaurantes de cien dólares el plato y sus putas negras, hermosas y sanas. El bueno de Luís me había contado de esos lugares: "Es caro —me dijo—, pero una vez por mes voy a comer como un rey para olvidarme de todo".

Una imagen: zapatos, muchos zapatos, filas eternas de zapatos en una plaza cualquiera de Puerto Príncipe. La pregunta, la respuesta, lo que uno no quiere escuchar, lo que ya quiero olvidar: que son los zapatos de todos esos miles que no sobrevivieron al sismo, que recuperaron una cierta cantidad y que no los guardan para homenajear a nadie, no conmemoran, no son parte de un monumento fácil de armar y desarmar: que los venden, que les sacan el polvo, atan los pares entre sí con sus cordones y los ponen uno al lado del otro en una plaza y los venden por unas cuantas gourds.

Que este es un lugar llamado Haití, y que en un lugar llamado Haití se hace lo necesario para sobrevivir.

10

El último cocotero en pie

Camino a Leogane, mi chofer-guía Michél me lleva a conocer el mercado de mango. El mercado de mango es un intento. El mango crece por todos lados en Haití, a los costados de algunas calles, en los caminos de tierra, en los pueblos no tan alejados de la capital, y hombres y mujeres los cortan y los venden en un puestito cualquiera, ahí por donde pase alguna otra gente. Venden medias, fundas para celulares, corpiños, tarjetas de teléfono y mango; zapatos, ladrillos, botellitas de agua recién rellenadas, CD y mango. Los chicos agarran los mangos de los árboles bajos y los grandes se atreven hasta las copas mismas y de un cuchillazo certero hacen que caigan de a uno. Mango.

Y, sin embargo, ahí está, la Feria Mariani. Un lugar tan desordenado, barullero y caprichoso como todos los demás, pero con un motivo común, y una expectativa más instintiva que lógica. Hay mucha gente en la feria, y todos se mueven con bastante entusiasmo, como si hiciera falta. Hay mucho toqueteo e indecisión, algunas discusiones, mujeres, negros grandes y fuertes que cargan cantidades de mango, para ellos o para vender por ahí.

Afuera del mercado y otra vez en el auto, Jackson, el hijo de Michél, me dice que cierre la ventanilla. Yo quiero, pero sólo sé hacerlo cuando la puerta tiene manija, y como a esta

le falta, me quedo. David, el chofer, saca la de su puerta y me la alcanza. Como lo más normal, trato de encajarla. “Es mi primera vez”, me gustaría justificarme en creol. Jackson, que nunca dice nada, no dice nada y me mira como diciendo “qué tarado este pibe, por dios”, hasta que por fin la engancho y dejo de sentir su desprecio más sincero. Cuando logro subirla, veo que las otras tres están bajas, y supongo que debemos estar en uno de esos lugares peligrosos en los que si uno es blanco, mejor abstenerse. Imagino un ataque sorpresivo, alguien que se meta de prepo por la ventanilla y trate de secuestrarme, una mano negra y una hoja afilada, alguna de esas cosas, pero me cuesta. Yo sé que se supone que debo temer, pero todavía no sé ocupar mi rol de blanco en peligro, eso todavía no me sale, ni me entra, ni nada. Ya la podés bajar, dice el rotundo Jackson en su casi español, sus casi 18 años, su voz de dos siglos y contando.

Ahora estamos en un barrio muy pobre, las calles son angostas y las casas, rectángulos rocosos, insisten en inclinarse sobre nosotros. Michél intenta explicarme que el terremoto hizo desastres acá —como si hiciera falta—, que muchísima gente murió. Sobre las cuatro paredes de las casas hay huecos enteros, y yo me esfuerzo por no preguntar qué pasa una de esas noches de lluvia dura. Por todas partes se ven parches de varios metros, chapas o lonas, y las calles internas repletas de escombros. Cada tanto el chofer se equivoca y toma un camino que está cortado con alguna cosa caída, y entonces tiene que volver a empezar. No protesta ni se enoja, sólo vuelve a empezar. Todo es una realidad asumida; muy rápido me doy cuenta de que indignarse por algo de todo esto es un capricho, un capricho tonto, o incluso

un insulto.

En un momento paramos y Michél dice que llegamos, que esta es su casa. Su casa es una pared de material y un portón de hierro color óxido en el centro. La chapa oxidada efectivamente se mueve y, como si todo fuera una obra de teatro, el portón se abre y detrás hay un grupo de personas, cada una en su rol, haciendo cosas diarias, viviendo. Están la mujer y tres hijos, que en realidad son cuatro, pero ahora hay tres. Ella está sentada en un banquito y lava ropa en un balde. Cuando nos ve, se levanta y camina hacia nosotros. Michél le dice algo, me presenta, y ella sonríe mucho y me da la mano. Los chicos no se animan del todo y se quedan donde están, como si no confiaran en esa cosa rara de color raro. La más chiquita debe tener cinco años, y casi seguro soy la primera cosa no negra que ve.

Michél les pide a sus hijos que se acerquen y me saluden. Aparece el cuarto, Jackson, y todos me dicen algo en español. Jackson en un rato me explicará que ellos hablan español porque vivían en República Dominicana antes del sismo, y que volvieron para ver qué podían hacer. En realidad, hay muchos que se aprenden algunas palabras porque necesitan saber algo cada vez que cruzan la frontera para comprar y vender sus cosas en las ferias binacionales.

Seguimos camino y en Leogane, mientras me pregunto cómo hace alguien para mantener a su familia de pie cuando todo lo demás está en el suelo, veo a unos chicos que venden colchones sin estrenar al costado del camino. “Son los colchones de la ayuda internacional”, me explica Michél anticipando la pregunta, un adelanto de lo que voy a escuchar mil veces más: por cosas como estas Haití está como está; las ONG llegan, ven esto y se van, y los que venden los colchones de ayuda les quitan a otros la posibilidad de tener el suyo.

Que por este tipo de cosas —saben ellos— Haití está así. Y son tantos los que dicen que Haití tiene la culpa de Haití. Por un ratito sigo el cuento, y me pregunto entonces si hay un sistema de premios y castigos, si por robar un colchón está bien que el tipo se muera a los cuarenta de una infección estúpida, o si por pedirme dinero por una foto, bien merecidos los doce meses en la calle, o si a su firme desconfianza en el hombre blanco la sigue, como debe, la partida de muchas ONG tocadas en el orgullo. Pienso si no sería mejor que esas mismas ONG pasaran la noche y trataran de entender; si en vez de llegar con soldados de paz muy bien armados y proyectos —y empleados— de exportación, la ONU no debería tratar de integrar e integrarse. Y sobre todo no sé —no creo, pero no sé— si se le puede pedir al que nada tiene que, por gentileza, sea tan respetuoso de la propiedad; que por favor entienda que tiene que quedarse con este producto manufacturado envuelto en papel transparente, y que no sea tan bruto de venderlo por unas cien gourds para comprarse algo para comer. O no se da cuenta, negro tonto, que el bien en cuestión vale al menos diez veces más, y que acaba de hacer un negocio terrible.

Entonces, a veces pienso que por eso de asumir una culpa diaria, del que intenta aprovechar cada oportunidad como si fuera la última —porque seguramente lo sea—, si por estereotipos así es que Haití está Haití. Porque después de casi dos décadas la ONU ni siquiera pudo asfaltar unas cuantas cuadras y Francia no pudo explicar, para que todos entendieran, por qué le pidió tanto dinero para independizarse, como si les vendiera a los haitianos su propia tierra. En un día como este, día de preguntas idiotas, la verdad es que cansa ver tanta camioneta 4 x 4 institucional pasando y escuchar los miles de dólares en sueldos de los

voluntarios extranjeros; molesta hacer cuentas e imaginar los negocios que genera para algunos ayudar a Haití. Y por desconfiado, uno se empieza a contestar, y las respuestas son una cagada.

Mientras tanto, al llegar a Leogane, algunas casas con techos a dos aguas se confunden entre bananeros y palmeras —y todas las demás están derrumbadas—. A seis meses del sismo los techos siguen decorando los pisos, sin saber todavía cómo sacar los escombros de ahí —sin saber quién, qué padre, qué hermana, qué hijo quedó debajo de qué—.

En un pueblito entre bananeros y cocoteros está Jean-Claude. Jean-Claude tiene alguna edad, barba y un físico espectacular: cada músculo está trabajado, cada tendón hinchado, el pecho, el abdomen, la curva de la espalda parece una estatua de marfil.

El pantalón corto de jean deshilachado le marca la cola sólida, dura, perfecta, y la parte de atrás de las piernas son gajos sobresalidos que se tensan y estiran al caminar.

Jean-Claude tiene un cinturón de tela, del cinturón le cuelga un machete de un metro de largo que, ahora se ve muy claro, es la única herramienta que un hombre necesitó alguna vez. Con su cuerpo de película, su barba de mil días y el machete que va y viene contra la pierna derecha, camina hasta un árbol de cocos que creció bien alto con la esperanza de que nadie nunca se le animara, y lo abraza. Hace un rato, Michél le dijo algo y le dio unos billetes, y ahora él abraza el árbol, flexiona un poco las piernas y de un salto ya está a un metro, a dos sobre el tronco, y empieza a trepar como si estuviese resbalando hacia arriba, tirado por alguna soga que no se ve pero ahí debe estar. Jean-Claude trepa los veinte metros del cocotero y desaparece en medio de las hojas que nacen bien cerca de la punta. Se escucha el sonido del

machete tajeando el aire y algunos golpes secos, y entonces grita algo, que debe ser "¡cuidado!", porque los cocos empiezan a caer como si fueran pelotas tiradas por unos chicos desde la terraza de una casa. Aunque nadie pueda verlo a él, las cosas empiezan a caer, las hojas, los cocos, las ramas, el mundo entero se desploma en este pedazo de Haití; como siempre, todo lo que pasa, pasa violento, forzado, peligroso. El último cocotero a la vista, cayendo por el bien de Haití. Y cuando por fin baja y con el mismo machete humedecido rebana las puntas curvas de los diez o doce cocos, todos nosotros los chupamos por el agujerito que hace con la punta filosa de la hoja de metal, todos nosotros, seis negros y un blanco, tirados entre las plantas tomando el líquido, inclinando nuestras cabezas hacia atrás y tomando hasta la última gota que les queda, exprimiéndolos para llevarnos todo, para no dejarles nada.

Alrededor, los escombros de las casas —y todos los que siguen debajo— esperan.

Los días pasan y los rusos están por todas partes. De noche se sientan a comer y a tomar en el quincho, y a decirles cosas a las chicas que les sirven; ellas no entienden y ellos no se saben explicar, pero todos nos reímos porque sabemos que el ruso se está haciendo el vivo. Algunos me preguntan mi nombre y se esfuerzan por repetirlo, yo ni me acerco a pronunciar los suyos. Por momentos cantan como nenes, apoyados en los hombros de los otros, y se ríen mucho. Quizá tenga que ser así: tipos entrenados para lo peor, convertidos en adolescentes que se sonrojan frente a una chica.

Después de unos días, cuando nos saludamos con una sonrisa y un intento de nombre, uno de ellos, el ingeniero, me dice que quiere mostrarme algo. De alguna forma me explica y yo entiendo que hay cosas que él vio y le gustaría que otros también vean. Nos sentamos frente a su computadora y pasa una por una, para mí, las fotos que guarda en un pendrive. Son imágenes de las primeras horas de este Haití post terremoto, cuerpos sin vida, chiquitos perdidos, cientos de caras cubiertas con ese polvo blanco que bañó todo momentos después del sismo, casas deshechas, gritos desgarradores que se oyen con nitidez a través de la pantalla. En general, las mismas imágenes que ya se mostraron miles de veces desde aquel 12 de enero, pero que por alguna razón se sienten muy distinto acá, en la medianoche de un día cualquiera en este lugar llamado Haití. Y no sé cuánto tiempo

pasa hasta que noto que este militar ruso entrenado para lo peor y que se emborracha todas las noches, ahora llora calladamente mientras me muestra esto. Llora y con la palma de la mano hacia arriba señala la pantalla diciendo en un idioma que cualquiera puede entender: “Mirá, ¿a vos te parece? ¿Puede ser esto verdad?”.

11

Espejito, espejito

Lo bueno de la ONU es que hace informes y los publica en internet. Se supone que no tiene nada que ocultar, pero es obvio que toda multinacional que maneja miles de millones al año tiene cosas que ocultar. La ONU debe esconder mucho, pero muestra algo. Y en marzo de 1995 mostró un informe: *Las Naciones Unidas y la situación en Haití*.

La historia cuenta cómo ellos, estupefactos por el golpe de Estado de 1991, se metieron en Haití. Las 56 páginas del informe informan cada uno de los pasos que tomaron y que lograrían que, al final del sinuoso y desinteresado camino, todo lo que estaba mal estuviera mejor. El libro tiene un capítulo entero dedicado a las resoluciones más importantes que tomó la ONU en ese período —lo que es ilustrativo y bastante aburrido a la vez—.

El único problema del informe es que debería haberse autodestruido un tiempito después de su publicación, porque de lo contrario se corre el riesgo de que alguien, en julio de 2010, lea el librito y se ponga a hacer cuentas, 2010 – 1995 = 15, y diga: ya pasaron quince años y todavía siguen ahí.

El 16 de diciembre de 1990 el cura negro Jean-Bertrand Aristide, el padre Titid, fue elegido presidente de Haití, y se suponía que eso no debía pasar. Dicen que Estados Unidos había puesto un candidato que había sido empleado del

Banco Mundial y que era una fija, pero las masas funcionaron como masas y dieron vuelta todo: Aristide ganó con el 67% de los votos, apoyado por la organización Lavalas —"avalancha", en español—, un movimiento popular y de base que algunos aseguran ejemplar y otros tan violento y funcional como tantos otros que tuvo Haití. Así empieza el informe de la ONU, recordando que ellos mismos, junto con la OEA y la Comunidad Caribeña, fiscalizaron la elección. Y eso habrá molestado más, el esfuerzo inútil, porque apenas ocho meses después de asumir, el general haitiano Raoul Cédras dio un golpe de Estado y Aristide fue invitado a dejar el país.

De ahí en más, un montón de reuniones, comunicados, intimaciones, deseos oficiales y unas cuantas resoluciones, hasta que llegó *la* resolución: la número 841, del 16 de junio de 1993, que repetía varias veces la palabra tan temida: *embargo*. La ONU prohibía el ingreso y la salida de armas, y cualquier cosa que sirviera para crear una, pero también de petróleo, y de todo lo que usara petróleo para funcionar, y todo lo que no usara petróleo pero sí algún derivado, o sea, casi todo lo que hace falta para vivir más o menos bien. Con el tiempo se prohibió la importación o exportación de casi cualquier producto; cualquier cosa que alcanzara para pasar el día, ni siquiera eso podían ya. Lo cierto —lo único cierto— es que los que tenían muy cerca a lo que es la nada misma se acercaron del todo, y la gente se empezó a morir. Y aunque remarque sus buenas intenciones, cuesta imaginar que los que hicieron eso —la ONU, la OEA, ellos— no supieran que la medida apenas rozaría a Cédras —un poco más, un poco menos— y que condenaría a casi todo el resto.

Pero para los que cuentan el cuento, la historia termina bien. En una muestra inédita de cooperación internacional, la

ONU invitó a los Estados miembro a formar un ejército multinacional y entrar en Haití "*to use all necessary means*", como aparece en el informe y en las películas de acción. La mayoría de los multinacionales hablaba español, pero los informes serios los escriben en inglés. Finalmente, Cédras aceptó que la cosa no daba para más. El 15 de octubre de 1994 —a tres años del golpe— Aristide volvió al país, y una de sus primeras medidas fue indultar al golpista. Un militar corrió a un presidente y tomó el poder, otros militares lo echaron para que un presidente siguiera siendo, y el presidente dijo que lo del primer militar, mejor dejarlo pasar. La ONU sacó más declaraciones felicitándose a sí misma y decidió que lo peor ya había pasado —que habían derrotado al enemigo, alejado la amenaza—, pero que igual lo mejor era quedarse, así que mandaron policías y militares. Por algún motivo, los infantes de marina estadounidenses se llevaron 160.000 páginas de archivos secretos. En el medio, un montón de personas se murieron o se mataron, que vendría a ser lo mismo, aunque debe haber por ahí alguna resolución que explique que hay una gran diferencia, y que ellos, en realidad, desde el primer día, tenían que tomar todas las medidas necesarias. Aunque no quede claro para qué.

En abril de 2004, la Asamblea de la ONU se reunió para tratar de nuevo el tema Haití. Desde 1991, cuando decidieron el embargo, Haití había sido un tema. En general, lo habían manejado en tercera persona, pero por algún motivo en 2004 decidieron entrar.

En febrero de 2001 hubo elecciones y Aristide volvió a ganar, esta vez con el 91,69% de los votos. El país seguía igual de pobre, la droga se había convertido en un negocio muy lucrativo y las pandillas que se fueron formando desde los gobiernos de los Duvalier se disputaban dinero y poder.

Por otro lado, Aristide estaba demasiado cerca de Cuba, y eso no caía bien a Estados Unidos y Francia.

La oposición empezó a movilizarse y su referente, André "Andy" Apaid Junior —ex testaferro de Duvalier hijo—, dijo que el presidente debía renunciar. Las pandillas opositoras tomaron varias ciudades, y cuando estaban llegando a Puerto Príncipe, la sorpresa: Aristide se había ido. El comunicado oficial decía que el presidente había renunciado, y que había dejado una nota explicando por qué. Todo lo demás dice que a eso de las tres de la mañana del 29 de febrero de 2004 los infantes de marina estadounidenses lo subieron a un avión y lo llevaron a República Centroafricana, en África. Y antes de que la ONU decidiera la necesidad de mandar militares a la isla —que mandó, entre ellos, argentinos—, Estados Unidos ya tenía a su gente tomando las decisiones. Otra vez.

En una nueva resolución, la 1.542, del 30 de abril de 2004, la ONU explicó por qué era necesario seguir intentando con Haití. En realidad, cuando redactan resoluciones que nadie quiere leer, empiezan diciendo lo que todos quieren escuchar, que buscan garantizar la soberanía, que pretenden asegurar la integridad del país, que persiguen la defensa de los derechos humanos, que aspiran a proteger a la población civil. Después describen lo que observan, los peros: hay obstáculos para la estabilidad política, social y económica de Haití y, sobre todo, Haití representa una amenaza para la paz y la seguridad de los países de la región; lo dice literalmente, para la paz y para la seguridad. Pero Haití no tiene muchas armas, y nada de aviones o tanques o cohetes o submarinos, y lo único que se mueve de acá para allá son las personas, así que la amenaza deben ser ellos, los haitianos.

Entonces, aclarados el porqué y el para qué, llega el cómo. La ONU dice: "Encomiando el despliegue rápido y profesional

de la Fuerza Multinacional Provisional (FMP) y las actividades de estabilización que ha emprendido". Las resoluciones suelen usar palabras que supongan, pero "encomendar" significa "háganlo, entren"; "rápido y profesional" es "ya y lo menos mal posible", y "Fuerza Multinacional Provisional" son militares de varios países distintos que se van a quedar ahí por un tiempo que no se sabe bien cuál y con un sueldo más alto que el promedio.

Después se busca una forma, y la resolución dice que esta cosa medio abstracta que ahora regula Haití se va a llamar Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití, MINUSTAH, palabra rara con su H final, que todos repiten para resumir, y que da argumentos a los pesimistas de siempre que llaman a esto invasión.

Y los pesimistas tienen sospechas. En 2003, unos años antes del golpe, Aristide habló con Jacques Chirac, entonces presidente de Francia, y le dijo que su país le debía a Haití más de 21.000 millones de dólares. "La verdad es que Francia obligó a Haití a pagarles 150 millones de francos que, en moneda de hoy, son más de 21.000 millones de dólares. Y eso es restitución, no reparación."

Aristide hablaba del año 1826, cuando Francia accedió a reconocer la soberanía haitiana a cambio de una suma de dinero, 150 millones de francos, que representaba diez veces el ingreso anual haitiano, y que por lo tanto debió seguir pagando hasta 1947. "Cuando el presidente Sarkozy fue a Haití después del terremoto, los haitianos no estaban rogando por centavos, pedían por los 21.000 millones de dólares, porque es una cuestión de dignidad. Después de 200 años de independencia, todavía seguimos viviendo en la profunda pobreza. Todavía tenemos lo que teníamos hace 200 años en términos de miseria. Y eso no es justo."

Y en medio de todo eso, el arroz.

El plato nacional de Haití es el arroz con porotos rojos y salsa de carne. Un quinto de la población haitiana vive de eso: en el año 2000 cerca de 100.000 familias formaban parte del proceso de producción, en los molinos, el transporte, el comercio rural y urbano o como empleados. El 85% de todas las explotaciones está destinado al arroz; se cultiva en tres ecosistemas distintos y en 9 de los 10 departamentos del país. El promedio por explotación es de una hectárea, porque de tan pobre la gente no puede comprar nada, ni tierra, ni herramientas ni empleados. Es una empresa familiar; trabajan todos, y todos los que puedan más o menos tratan de comer.

Pero las cosas iban bastante mal. Los que gobernaban se quedaban treinta años en el poder, los padres se morían temprano, los hijos antes y lo que había en el medio era pobreza, analfabetismo y enfermedad. Entonces alguien propuso la solución: libre comercio.

Cuando Baby Doc heredó el poder en 1971, Haití tenía una política proteccionista que impedía el ingreso de productos extranjeros. Los campesinos estaban enamorados de su arroz, sobre todo porque era el único que había en el país. De a poco, Estados Unidos empezó a hablar de las ventajas de abrir las fronteras, de cómo habría muchas más cosas que comprar, y más baratas. Pero Baby Doc, que se llevaba bastante bien con ellos, dijo que no; y así como así, de pronto matar a todo aquel que pensara distinto pasó a ser un problema para Estados Unidos, una inaceptable violación de los derechos humanos, y para 1986 se puso firme y dijo que su país no aceptaría semejante comportamiento. Ese año se abrieron las fronteras, los aranceles aduaneros pasaron del 30% al 10%, se eliminaron otras trabas a las importaciones, y Duvallier tuvo que irse.

Lo sabido: en 1991 Aristide ganó las primeras elecciones libres de la historia de Haití, el general Cédras no estaba conforme, dio un golpe de Estado y lo echó. Pasaron tres años —y la primera intervención extranjera legal en el país, con las resoluciones de la ONU y los embargos— hasta que en 1994 Aristide pudo volver a la presidencia. Estados Unidos, el Banco Mundial y el FMI apoyaron la vuelta; poco después el presidente eliminó casi en su totalidad las restricciones a las importaciones, creando una especie de cuadrito para cada actividad. Según la Organización Mundial del Comercio (OMC), en 2005 el promedio de aranceles a las importaciones en Haití era de 2,9%, lo que lo convertía en uno de los países más abiertos del mundo.

Y el problema era que el arroz seguía siendo la comida preferida de los haitianos. En el período 1961-1966, la importación de arroz llegó a 200 toneladas; entre 1997 y 2000 subió a 1.300.000 toneladas. Los arroceros se dieron cuenta de que no iban a poder vender una sola bolsita de arroz porque lo que venía de afuera era mucho más barato. Lo único que podían era producir más, pero como no tenían herramientas y eran familias, sólo quedaba alargar la jornada de trabajo. Así que ahora todos trabajaban todo el tiempo, comían menos y vendían lo que podían.

En la ciudad todo parecía ir bien. El arroz salía más barato en los mercados, y si alguien quería vender ese o cualquier otro producto nacional, tendría que acomodar los precios a los de los importados. Pero estos nuevos precios ya no alcanzaban para cubrir los costos, y los negocios empezaron a cerrar, los empleados a perder sus trabajos.

El gobierno también comenzó a sentirse extraño; después de casi veinte años de apertura, tenía los bolsillos mucho más livianos. En 1986, los ingresos por derechos aduaneros eran

de 61 millones de dólares; diez años después apenas llegaban a 20 millones.

Entonces uno mira los datos, como, por ejemplo, quién fue el mayor beneficiario de la apertura comercial de Haití. Según informes del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA), desde 2001 Haití es el tercer mayor importador de arroz estadounidense del mundo. Aunque en realidad, si se calcula el arroz por cabeza, nadie come más arroz norteamericano que Haití. Será que tienen mucha más plata de lo que dicen.

Como ven que la cosa está dura en la isla, lo que hacen algunos países —Estados Unidos está arriba en la lista— es regalar arroz. O más o menos: una parte la regala y la otra la cobra en cómodas cuotas. Y como una no cuesta nada y la otra cuesta de a poco, los arroceros locales tienen un desafío: tratar de vender lo que otros regalan. Y, además, competir con el mercado negro que nace cuando alguien ya comió gratis y quiere sacar algo más con lo que le queda. Un mal pensado diría que era todo muy parecido a un plan para convertir a los haitianos en perfectos dependientes de Estados Unidos.

Los organismos internacionales también recomendaron a Haití eliminar las trabas proteccionistas porque, decían, provocaban competencia desleal: no sería justo que dos se esforzaran lo mismo y uno ganara más porque el país le diera ciertas ventajas. El problema es que según un informe del Oxford Committee for Famine Relief (Oxfman), una organización de lucha contra el hambre, Estados Unidos gasta 1.300 millones de dólares anuales en subsidios para la producción arrocera, lo que permite producir 4,7 millones de toneladas de arroz que de otra forma no existirían, vendiéndolo un 34,7% por debajo de su costo de producción.

Sin los subsidios, el 57% de los arroceros estadounidenses debería cerrar y vender hot dogs en estadios de fútbol americano. Pero nada de eso es competencia desleal.

Lo que en realidad pasó fue que los trabajadores del campo debieron emigrar, afuera o a la capital. Si iban afuera, morían ahogados en el Caribe —como sucedió miles de veces—, o eran explotados o echados de República Dominicana. Y si iban a la capital, no encontraban trabajo ni casa, por lo que se iban a vivir a las laderas de los montes que rodean Puerto Príncipe y pasaban hambre, se enfermaban, se reproducían, se mataban, se morían. Llegaban terremotos bastante fuertes pero no tanto, y en medio minuto 300.000 dejaban de existir. Todo, en parte, porque les dijeron que si querían tener un poco de paz tenían que abrirse; y porque, pese a eso, el plato nacional siguió siendo arroz con porotos rojos y salsa de carne. Porque a una buena parte de todos nosotros nos viene bien que Haití siga siendo Haití.

Después, cuando llegó el terremoto, la historia volvió a empezar. Nació la Comisión Interina de Reconstrucción de Haití (CIRH), que se puso a trabajar los primeros días después del terremoto bajo un árbol de mango en el patio de un cuartel de la Policía Judicial, en medio de una buena dosis de caos. En muy poco tiempo, con la publicidad dando vueltas por el mundo y todos los pedidos de ayuda, se convirtió en una corporación trasnacional que funcionaba bajo un secreto absoluto. Y como había mucha plata en juego, y como esa plata era de mucha gente distinta, los que donaban pusieron como condición que un no-haitiano también formara parte de la toma de decisiones. Así que para cuando la comunidad internacional se puso de acuerdo en que daría a Haití una suma total cercana a los 9.000 millones de dólares, la CIRH ya estaba conformada por el primer ministro haitiano, Jean-

Max Bellerive, y por el ex presidente estadounidense Bill Clinton.

El problema de la comisión es que no está claro quién decide qué, cómo, por qué. Los legisladores pensaron que lo mejor para el país sería que, cuando toda esa plata llegara, nadie preguntara nada, que simplemente se la dieran al primer ministro y al ex presidente y que ellos dijeran qué hacía falta hacer. Y cuando lo hicieran, que no explicaran por qué, cuánto costó pavimentar un camino de tierra, con qué objeto las cuarenta 4 x 4 nuevas en las calles de Puerto Príncipe. Seguramente, pensarían los legisladores, algún buen motivo habría. Así que Préval recibía, le daba a Clinton la hoja con las ideas de inversión y Clinton decía esto sí, esto no. Con suerte. Pero como la cosa no mejoraba tanto, y el millón y medio de desplazados seguía haciendo lo que se hace en una vida en medio de una calle, los legisladores entendieron que era momento de dar un paso al frente, y como las ideas no sobraban, imaginaron que la mejor manera de evitar que la gente los acusara de no hacer nada por ellos era decirlo, reconocer que no iban a hacer nada por ellos y que en todo caso cumplían con su rol, y extendieron la delegación de facultades a la CIRH por otros dieciocho meses, es decir, siete más que lo que le quedaba a Préval en el poder. Algunos senadores se negaron y casi evitaron el quórum para votar la delegación; al final, los tres senadores que faltaban aparecieron, y con ellos, sospechas de pagos de 40.000 dólares dados por la CIRH para ocupar la banca. El embajador francés Didier Le Bret se apuró a decir que la votación mediante la cual los legisladores cedieron sus facultades “fue un momento histórico. Permite preservar los más altos intereses de la nación”, y colocó al Plan de Reconstrucción y Desarrollo “en el camino del éxito”. Aunque es verdad que los

legisladores tenían un poco de presión, porque algunos de los países donantes ya habían avisado que si no pasaban la ley, no liberarían los fondos.

Y quizá nada de eso era tan grave, pero había otro tema que complicaba todo un poco más: esa cosa llamada historia. Las dudas que generaba tener a Estados Unidos manejando las cuentas y tomando las decisiones sobre la reconstrucción de Haití es que ya había pasado algo similar cuando invadieron el país entre 1915 y 1934, y en 1991, cuando, según dicen, apoyaron el golpe de Estado a Aristide, y en 2004 cuando, según dicen con más fuerza, derrocaron por segunda vez al cura negro. Y la cosa no hizo más que empeorar cuando algunas voces extranjeras dijeron lo que pensaban del papel de Estados Unidos durante los primeros meses de ayuda.

Un tal Alain Joyandet, secretario de Estado francés para la Cooperación, aprovechó que podía criticar a Estados Unidos y se sacó las ganas: “No se trata de ocupar el país, sino de ayudarlo a que recobre la vida”. Hacía rato que nadie usaba esa palabra, *ocupar*, pero ahí estaba, los viejos dueños y los nuevos peleándose porque un avión francés tuvo que pedir permiso para aterrizar. Lo mismo pasó con uno de Honduras que, como nunca fue dueño de nada, debió desviar su nave a Jamaica y esperar dieciséis horas antes de cruzar de isla. Al parecer, el problema era que Estados Unidos necesitaba espacio en el aeropuerto de Puerto Príncipe para acomodar sus aviones de guerra, que primero trasladaron 5 mil soldados, después otros 5 mil y al final llegaron a 14 mil.

Tan pesados se pusieron con el tema del aeropuerto que el Departamento de Estado estadounidense y el ejecutivo de Haití sacaron un comunicado conjunto muy espontáneo aclarando todas las dudas. “El presidente Préval valora como esenciales los esfuerzos del gobierno y de los ciudadanos

estadounidenses en Haití en apoyo de la recuperación inmediata, la estabilidad a largo plazo de Haití, y solicita a Estados Unidos que asista, como sea necesario, al gobierno y a los haitianos, la ONU, los socios internacionales y las organizaciones que están sobre el terreno en aumentar la seguridad."

Después, para empeorar un poco todo, apareció Wikileaks. En los documentos publicados se leía cómo en 2006 la embajada de Estados Unidos "seguiría presionando" para que Haití no llegara a un acuerdo de petróleo con Venezuela que le ahorraría al país 100 millones de dólares por año. El representante de Estados Unidos en Haití dijo en uno de estos comunicados que ExxonMobil y Chevron le habían informado al gobierno haitiano que no importarían petróleo venezolano. "El gobierno haitiano está muy enojado por el hecho de que una compañía petrolera que controla sólo el 30% del petróleo de Haití tenga el atrevimiento de eludir un acuerdo que beneficie al pueblo de Haití." El problema era que las empresas norteamericanas eran las únicas con capacidad para trasladar el petróleo, por lo que si no firmaban el acuerdo, nada llegaba desde Venezuela. Finalmente lo firmaron en 2008. Otro de los cables hablaba de la presión de empresas textiles estadounidenses —Levi's, Fruit of the Loom y Hanes— para que el Congreso no aumentara el salario mínimo de 24 centavos de dólar la hora a 61, o sea, 5 dólares diarios, como había legislado Puerto Príncipe. Los cables citan a representantes de las empresas que hablan de cómo esa decisión iba a obligar a cerrar las fábricas textiles en Haití para emigrar a otro país. En uno de esos cables, Hanes informaba que un aumento de ese tipo elevaría los costos en 1,6 millones al año, mientras que las regalías ascendían a 211 millones anuales. Finalmente el gobierno aprobó un salario de

31 centavos la hora, casi 2,5 dólares por día, pese que una familia promedio necesita 12,5 dólares por día para vivir.

Pero en realidad Bill Clinton sí quería ayudar. Por eso usó a su propia fundación —se llama así, Fundación Clinton— para instalar casa móviles, que seguramente pagaba con donaciones para Haití. El problema fue que la revista estadounidense *The Nation* fue a mirar y encontró un poco de moho en el ángulo del piso, en el techo, en las paredes. Llamaron a unos especialistas y preguntaron qué sería. Los especialistas investigaron y dijeron que era moho, que el moho emite formaldehído, y que eso bien puede provocar cáncer —lo que no debe ser tan grave porque, después de todo, son casas móviles, así que nadie debería encariñarse demasiado.

El otro tema un poco conflictivo es la conformación de la CIRH. Además del primer ministro haitiano y Bill Clinton, que codirigen la Comisión, hay 21 miembros, 7 haitianos y 14 extranjeros. Entre los haitianos están representados el Poder Judicial y el Ejecutivo, las autoridades locales, diputados, senadores, los sindicatos y los empresarios. Por los extranjeros, hay uno de la comunidad del Caribe, uno de la OEA, uno por las ONG, uno por los donantes sin representación, uno por los exiliados haitianos y nueve —nueve—por los mayores donadores extranjeros. Es un selecto club. Para tener un lugar, el país o la institución tuvo que haber donado 100 millones de dólares o más en un período de dos años, o perdonar deuda pública por 200 millones o más. Los generosos afortunados son Estados Unidos, la Unión Europea, Francia, Canadá, Brasil, Venezuela, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), las Naciones Unidas y el Banco Mundial. Estos nueve miembros, que definen cualquier situación que no haya resuelto ya Clinton, van a determinar

de hecho qué tipo de país va a ser Haití. Y aparecen las preguntas: si alguien —digamos, yo— aceptaría que pasara eso en mi país; si alguno de todos esos miembros pasó alguna vez más de un mes seguido en Haití; si cualquiera de todos ellos —Estados Unidos, la Unión Europea, Francia, la ONU— no tuvo ya sus oportunidades para definir buena parte del destino de Haití; si no es eso precisamente lo que hicieron, y ahora todo está como está.

"Ahora se espera que las entidades comprometidas desbloqueen aproximadamente un 37% de los fondos pendientes." Esto dijo Bill Clinton a fines de 2010, cuando se supo que el nuevo presidente haitiano era el ex rapero Michel Martelly. Dijo "ahora se espera" porque hasta ese momento las promesas habían quedado en eso, aunque todos los que prometieron tenían su asiento en la CIRH desde hacía rato. Según algunos informes, hasta ese momento sólo había llegado a Haití el 30% de la ayuda prometida. Según la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (OCHA), a tres meses del sismo ingresaron a Haití 600 millones de euros de los 1.000 que habían prometido para acciones inmediatas. *The New York Times* fue un poco más preciso con las cuentas: de los 998 millones de euros que la ONU se comprometió a dar en los primeros tres días del sismo, sólo llegaron 20 millones. El 2%.

El canciller cubano Bruno Rodríguez Parrilla tomó la palabra en la sesión especial del Consejo de Seguridad de la ONU del 13 de abril de 2011: "Hasta hoy continúa prevaleciendo la canalización de fondos y recursos fuera de los programas y el control del gobierno haitiano, lo que conduce al despilfarro, la corrupción y la satisfacción de

intereses muy marginales o selectivos". Y dijo sobre la propia ONU: "Haití no precisa una fuerza de ocupación, no es ni puede convertirse en un protectorado de las Naciones Unidas. El papel de la ONU es apoyar al gobierno y al pueblo haitianos en la consolidación de su soberanía y autodeterminación. Las fuerzas de la MINUSTAH han estado en ese país para un mandato muy específico de promoción de la estabilidad, que debió y debe respetarse con rigurosidad".

Ribeiro Thomaz es un antropólogo brasileño que estaba en Haití cuando ocurrió el sismo. Thomaz dio al diario uruguayo *Brecha* su versión de la ayuda exterior: "A partir de los ochenta, la cooperación internacional creó una agenda para Haití, que consideró que es el país más pobre del hemisferio occidental y que la ayuda era imprescindible. Pero esa ayuda no hizo más que consolidar la precariedad y la pobreza, lo que es una paradoja; pero de ese modo funciona la cooperación, porque la dinámica de la ayuda consiste en reproducirse a sí misma y no en superar la pobreza. Eso sucede porque la ayuda no se asocia con las capacidades locales, no dialoga con la sociedad haitiana".

Thomaz dice que cuando Aristide regresó en 1994 de la mano de la comunidad internacional, hizo una combinación muy peligrosa: ante el temor de un nuevo golpe, armó a los jóvenes y formó milicias. El problema es que a fines de los noventa Aristide no supo contenerlos y eso llevó a un nivel de conflictividad fuera de control. Hacia 2002 y 2003, todo líder local tenía una milicia personal, desde los empresarios hasta los dirigentes barriales. Las milicias empezaron a controlar recursos básicos como el agua y se formaron las pandillas.

"La MINUSTAH no ha hecho nada porque no puede hacer

nada, porque si uno no entra en contacto real con la población local no va a construir nada", dice Thomaz, que además recuerda que no es casualidad que a los agentes de la MINUSTAH los llamen Turistah. "Lo que se construye en Haití actualmente son las mismas instituciones de ayuda, la ONU está preocupada por reconstruir la presencia de la ONU. Son relaciones de exterioridad."

"Todo el aparato de cooperación funciona como un grupo externo que reproduce patrones coloniales. La población los visualiza como chupacabras, como vampiros que vienen a chuparles la energía", dice Thomaz. "Hoy las ONG extranjeras compiten con las haitianas: los primeros días después del sismo las agencias decían que no podían distribuir comida, pero eso pasaba porque no dialogaban con la gente del lugar."

Guido Bertolaso, director de Protección Civil Italia, piensa algo parecido: "Es una feria de vanidades, un desfile de banderas y camisetas de cada país, se desfila en grandes vehículos y se hacen carreras para demostrar quién es el mejor. En lugar de ayudar a los que están bajo los escombros y buscar sobrevivientes, lo primero que hace el que llega es pegar un manifiesto de su organización y posar para la televisión".

No es fácil decir qué hacer con Estados Unidos y la ONU en Haití. Porque aunque algunos prefieran insistir con que este país es una sola cosa inequívoca y bastante pobre, la realidad es que, para sorpresa de muchos, los haitianos tienen opiniones. Y las opiniones varían, porque hay quienes dicen que todavía hoy son colonizados, y quienes mueven la cabeza un poco resignados y balbucean que, bueno, ayuda necesitan.

Sin embargo, algunas cosas son de todos, una especia de duda compartida que cruza a los más pobres y a los no tanto. Una sensación: la intuición de que, por algún motivo, nadie tiene real interés en solucionar los problemas de Haití; la sospecha de que toda esa plata de la que hablan tiene algo que ver; el cosquilleo incómodo de que, si algo mejor va ocurrir alguna vez, van a tener que conseguirlo por su cuenta.

12

Los dioses están de mi lado

Una de las primeras cosas que sentí cuando llegué a Puerto Príncipe, además de todos mis prejuicios que no tardaron en salir, fue el deseo casi obsesivo de cruzarme con una ceremonia vudú. Había leído tanto y tantas cosas increíbles sobre el tema que no podía irme sin participar en una.

Pero los días pasaban y nada. Casi no salía de noche, porque recomendaban eso, y de día me subía a un auto y recorría calles, escombros, plazas y campos de desplazados para tratar de entender algo de este lugar llamado Haití.

Una de las cosas que entendí rápido fue que los que tienen muy poco hacen lo necesario por tener algo más, y que si yo quería mi ceremonia, ningún problema, por unos cuantos dólares ellos me la podían dar. No sería como animarse en un bosque en medio de la noche y, guiado por tambores y gritos de chicos degollados, espiar escondido detrás de un árbol uno de esos ritos salvajes y originarios, pero por lo menos podría calmar el capricho y contar el cuento.

Así apareció Michél, y me hizo la propuesta.

—¿Ceremonia vudú? —repite mis palabras en su español haitiano y sonríe con ganas—. Claro, sí, seguro, ja, ja, se puede hacer.

Michél, que desde que me llevó a conocer a su familia dice que yo también soy eso, familia, y que siempre encuentra un

momento para recordarme lo difícil que es mantenerse, sonríe todo el tiempo. “Ceremonia vudú”, insiste, y sonríe otra vez. Yo todavía no confío en él, pero —me quiero convencer— no voy a caer en el típico prejuicio de que cada haitiano es un asesino esperando la oportunidad.

Michél también, como casi todos los demás, sabe que soy multimillonario y que no uso mi helicóptero y mi 4 x 4 porque valoro mucho su experiencia. Entonces, cuando le pregunto por el vudú y sonríe y me dice que sí, que puede, empezamos a negociar. Negociar suele durar un buen rato, y es bastante incómodo regatearle a alguien que gana un dólar por día. En un momento la cosa termina y nos ponemos de acuerdo en 150 dólares por el viaje a Jacmel, el combustible, la traducción y la ceremonia, y quedamos para las dos de la tarde del día siguiente. Michél llega a las tres con un auto más roto que el anterior, un nuevo chofer y otra persona, su conexión vudú. Como estoy empezando a aprender, le pido que me explique de nuevo las pautas del acuerdo.

—Ya está todo preparado, allá en Leogane.

—¿Leogane? Me habías dicho Jacmel.

Yo ya había visitado Leogane y me habían recomendado ir a Jacmel si quería conocer otro Haití, por lo que el cambio me caía bastante mal.

—¿Ah?

—Jacmel. Me habías dicho que íbamos a Jacmel.

—No, no, Jacmel muy lejos. Leogane, todo listo en Leogane.

—Michél, me habías dicho que íbamos a ir a Jacmel, no a Leogane.

No, no, no, repite mil veces en el peor español que sabe disimular, Leogane, vamos a Leogane. Entonces le recuerdo que por todo el viaje serían 150 dólares, como acordamos.

—Oh, no, no —dice de nuevo, y no puedo evitar recordar al bueno de Luís cuando me advirtió que iban a tratar de aprovecharse de mí.

—Oh, no, no, 150 es el vudú solamente… oh… ja, ja.

Se ríe Michél, lleno de dientes. Digo que no, que no pago eso, y empezamos a negociar otra vez. Después de media hora los dos nos quedamos disconformes en 175. Son las cuatro de la tarde y nos subimos al auto; por lo menos estamos todos de malhumor.

Durante la primera media hora nadie dice nada. Michél está molesto porque pensaba que me sacaría más, y a mí todavía me late el impulso violento. Desde el asiento del acompañante dice que quiere tenerme todos los días por el resto de mi estadía, porque él tiene una familia —mi familia, se había olvidado—, y la debe mantener. Yo le contesto que no, que es muy caro, ya estoy casi sin plata, me defiendo, que por eso este será mi último viaje con él. Entonces gira y me mira muy serio, y me doy cuenta de que no hacía falta tanta información: que de pronto me volví alguien muy poco útil, que en su cabeza yo ya no soy una inversión.

Salir del centro nos toma una hora. Llovizna y en un segundo las calles de tierra se hacen barro. Algunos militares, ithaca al hombro, están en medio de la calle y tratan de ordenar, aunque lo que les salga mejor sea poner en peligro sus vidas. Con el tiempo uno aprende que en medio de todo lo que puede suceder en este lugar eso no pasa, nunca nadie choca en las calles de Puerto Príncipe.

Por la avenida Bicentenario, un camino de dos manos separadas por un paredón de cemento de un par de metros de alto, llegamos al Mercado Mariani. Los chicos se meten entre los autos que avanzan a paso de hombre y venden bolsitas de agua como las que les daban a los jugadores de fútbol cuando

todo era más amateur. Otros venden botellas de medio litro. Algunas tienen etiqueta de Pepsi o Coca, a otras se las sacaron, aunque sea por la consideración que implica disimular. Todas están cargadas con agua y la tapa a rosca está envuelta en una cinta que simula el cierre al vacío. Entre la tapa roja y la arandela de plástico que queda en el pico de la botella hay un vacío de un par de milímetros, donde debería estar la tirita de seguridad. Todas las botellas son recicladas, rellenadas, revendidas. En todo Puerto Príncipe es así. Uno se acostumbra. Uno camina, mira, entiende —si acaso— y se trata de acostumbrar. Venden medias también, tarjetas de teléfono, CD, batata frita, siempre inclinándose dentro del auto por las ventanillas que el calor mantiene abiertas, y cuando ven al blanco en el asiento de atrás la mirada se les ilumina un poco y la expresión se acelera, "*Gringo, money*", dicen mínimamente, plata, gringo, plata, piden mientras salimos de la capital a paso de hombre desganado por la avenida Bicentenario y el militar me pasa por al lado con la escopeta colgando, seguro pensando algo parecido, del estilo "Gringo de mierda, ¿qué carajo venís a hacer acá?".

Michél se da vuelta y me dice que estoy callado. Es el cansancio, vuelvo a defenderme, pero se queda mirándome un rato largo antes de girar otra vez. Está claro que no me cree. Le dice algo en creol al que maneja, y los dos se ríen. Pasan unos cuantos kilómetros y nos detenemos. Michél gira y otra vez muy serio me pide el dinero.

—El dinero —se limita a decir.

Le doy la plata, y el que está sentado a mi lado y Michél bajan del auto. Me quedo solo con el chofer. Es raro, la incomodidad de estar encerrado en un auto con un extraño y tener que hacer charla, saber que es imposible porque

ninguno entenderá, pero igual sentirse en falta por no intentar. Llego a verle la nuca —pelada—, la cabeza —pelada — y el cuello —más ancho que mi espalda—. En ese momento me doy cuenta de que las puertas no tienen manija y que sólo pueden abrirse desde afuera. Levanto la vista y alcanzo a ver que el chofer me mira por el espejo retrovisor. El chofer tiene ojos muy muy grandes.

Según algunos informes, en Haití los secuestros se dispararon después del terremoto. Los miembros de la ONU, blancos preciados, tienen una serie de lugares prohibidos: cuando llegan a la isla les dan un mapa con los puntos de la ciudad que nunca podrán conocer. Son algunos barrios con historias violentas, pero también bares, restaurantes, cabarets. Ellos siempre viajan en una camioneta oficial, nunca están solos, saben perfectamente adónde van en todo momento y tienen una persona que les traduce en tiempo real. Yo, por mi parte, no.

Los dos vuelven al auto con muchísimos billetes que guardan en los bolsillos. Pararon a cambiar los dólares por gourds, la moneda que, al parecer, manejan los dioses del vudú. Otra vez en el camino, llegamos a un lugar que ya conocía por una visita anterior a Leogane. Sobre el estrecho boulevard que separa ambas manos hay una hilera de casas de chapa, madera y trapos varios, gente que se cansó de andar y se fue quedando en el camino. Es un Gran Hermano de teatro: a medida que avanzamos podemos ver cómo viven por dentro, sus sillas, sus trapos, cómo descansan en el suelo. Los chicos juegan desnudos corriéndose entre sí y siempre, por todos lados, hay montañitas de basura. Los lugares comunes, a los que sería mejor nunca llegar.

Algo pasa: Michél me había dicho que bajara la ventanilla por el calor, pero ahora gira por primera vez desde que retomamos el camino y me dice que la suba. Se refriega la cabeza con las dos manos, se tapa los ojos con una como si estuviera pensando en algo que no sabe cómo resolver. El que está a mi lado me mira y sonríe: de qué carajo te reís. Dice algo en creol y después levanta la voz para que Michél lo escuche. Él le responde, y en medio de la frase dice mi nombre, y los dos ríen a la vez.

Michél le toca el brazo al chofer y el chofer se detiene. Bajan de nuevo, cruzan la calle y yo estoy otra vez solo con la nuca y la cabeza y el cuellazo. Me mira por el espejo retrovisor, y aunque corra la mirada me doy cuenta de que vio que lo miraba. Los otros bajaron y él se quedó, como si estuviera controlando que yo no me escapara de ahí, que no saliera del auto sin manija y corriera a alguna parte de esto que es un lugar que dicen que se llama Haití.

Michél y el otro están del lado de enfrente, de espaldas, en un almacén pintado de todos colores y palabras en negro. Yo me esfuerzo por entender y trato de imaginar qué hacen ahí, cuando de golpe Michél gira y me mira directo a los ojos; a la distancia, sé que me está mirando y que sabe que yo quiero saber qué hace, por qué se detuvo y me mantiene encerrado con el chofer: sé que sabe que, a estas alturas, ya no confío en él.

Michél cruza la calle corriendo, abre la puerta del lado de mi acompañante y me mira sin sonreír nada.

—Faltan cincuenta dólares.

—Faltan los cincuenta del viaje. Te los doy cuando me dejes de nuevo en el hotel.

Le digo sin convicción, o con mucha firmeza actuada, no sé bien.

—Cuando volvamos te los doy, quedate tranquilo.

Necesito reforzar. Él no dice nada y se queda mirándome. Cierra la puerta y vuelve a cruzar.

Ya pasaron quince minutos desde que paramos, y eso no puede estar bien. Me acuerdo de lo que leí sobre el vudú y me digo que quizá estén comprando el alcohol para la ceremonia, seguramente cuando vuelvan tendrán bolsas en las manos, y en esas bolsas estarán las botellas chocándose entre sí. Pero se dan vuelta y no tienen nada. Por qué tardaron tanto si no iban a comprar nada. Entonces me fijo bien y Michél lleva algo en la mano, algo que esconde en el puño cerrado y no puedo distinguir. Levanto la vista y ahí está él otra vez, sus ojos mirándome fijo, sabiendo que yo sé que está pasando algo raro.

Entran al auto y nadie dice nada, ninguno siente que deba explicar. El chofer pone el motor en marcha y yo miro a mi derecha, a través de mi acompañante tan molesto y su ventanilla. Más allá hay un portón de chapa, y en el portón hay pintado un círculo rojo con una línea cruzada, como en la señal de PROHIBIDO FUMAR. Sólo que en lugar de un cigarrillo lo que hay dentro del círculo rojo es un arma.

Paramos de nuevo en una estación de servicio Nacional: por algún motivo de pronto creo que es fundamental tener referencias. Hay dos autos adelante, tenemos que esperar. Michél bufa, está molesto y transpira. Hace más de una hora que salimos del hotel. Baja del auto, camina hasta los surtidores y le dice algo al playero, discuten un poco y se va. Parado delante del auto, saca el celular y empieza a hablar con alguien: nunca podría saber qué dice, pero ver su boca moverse y no poder escuchar no me gusta nada. Michél tiene una remera turquesa de los Miami Dolphins con el número siete en naranja chillón en la espalda. Soy el único que debe

estar pensado en Dan Marino ahora mismo, acá, en Haití.

Seguimos esperando, nadie se mueve y la nuca del chofer discute con alguien por la ventanilla. Escucho su voz por primera vez y de a poco empiezo a conocer a este hombre ancho, pelado, grave. Michél camina de acá para allá y sigue al teléfono, de a ratos la ventanilla recorta su cuerpo y de pronto se aleja y su cara vuelve a él, su seriedad de boca cerrada y nada de dientes. Pienso en la amplitud térmica de los desiertos: esa es la distancia que hay en uno de estos negros que sonríe, y luego deja de sonreír.

El chofer pone marcha atrás y ocupa el espacio de otro surtidor. El conductor del auto que estaba por avanzar le grita, baja y viene hacia nosotros. Yo pienso por qué: por qué. Los choferes discuten, uno de pie y el otro sacando la cabeza por la ventanilla, y ahora puedo espiar su perfil: bajo el ojo izquierdo —el que puedo ver— tiene una cicatriz de un centímetro que le hunde la piel del pómulo. En eso, el playero se apura y carga un poco de nafta. Michél le paga y después de veinte minutos salimos a la ruta otra vez.

Recién me doy cuenta de que está oscureciendo. Es temprano, pero el día está nublado y pasadas las cuatro empieza a anochecer. ¿Será tan necesario esto?, me pregunto; ¿no podría haberme conformado con leer un libro, o pagar un poco más? ¿Qué precio tiene mi seguridad? Me pregunto por qué Michél no me habla, y por qué no suelta el puto celular; por qué fui tan tonto de decirle que ya no iba a necesitar sus servicios, y pienso de nuevo en eso que nunca pienso, mi utilidad. Pasa una camioneta de la ONU y se me cruza la estúpida e inmejorable idea de abrir la puerta y tirarme del auto en movimiento. Michél está hablando, el de mi lado mira por la ventana: es el momento justo, lo voy a hacer. Busco en la camioneta la mirada de alguno de los hombres de

la ONU, me concentro en ellos, les doy tiempo para que giren y, apenas me vean, entiendan mi situación. Los espero, pero ellos no me miran y me doy cuenta ahora, igual son negros, y ellos también van a estar en mi contra. Empiezo a sentir algo raro en el pecho. Escribo esto mientras sucede: escribir sirve para exteriorizar, y ahora mismo necesito hacer de todo esto algo exterior, y entonces lo veo: con la punta de esta Bic azul podría atravesar la puta garganta de alguno de estos tres hijos de puta. O no, mejor sujetar a Michél por detrás con la birome hundiéndole la piel y obligar a los otros a que me lleven de nuevo al hotel, diría esa palabra, HOTEL, la gritaría mil veces porque sería la única forma de darme a entender, pero entenderían, o podría decirles que ahí tengo más plata, unos mil dólares más, mentiría que si me llevan de vuelta a mi habitación se los podría dar. El de la derecha me mira escribir y le dice algo a Michél; golpea el respaldo del asiento y le dice algo. Si pudiera elegir, lo mataría primero a él, al de mi derecha. Es más bajo que yo, y creo que podría sostenerlo un rato hasta que la birome se enterrara en el cuello y la sangre empezara a manar primero despacio y después sin detenerse ya, confundida con la transpiración y lo negro de su piel negra. Matar, y morir con algo de satisfacción.

También, por un segundo, me río de mí mismo y mi persecuta. Trato de pensar que de verdad no hay motivo para matarme, que no ganarían nada con un blanco menos. Y que es imposible, que no puede ser verdad que todavía hoy, en 2010, sigan con esa historia del vudú y los sacrificios humanos, que los cuentos que leí en los diarios y los libros antes de viajar son sólo eso, cuentos que venden bien y nada más. No puede ser que estos tipos vayan a matarme por una ceremonia y menos que yo, como un tarado, me haya ofrecido voluntariamente.

Y por qué me acuerdo ahora de *A sangre fría*, no tengo la menor idea, y me viene a la cabeza la escena en la que un automovilista levanta en la ruta a Dick y Perry, Dick delante y Perry detrás, los dos con su lenguaje y sus señas y sus miradas cómplices, su plan de matar al señor Bell, que acaba de levantarlos, ¿por qué quieren hacer eso?, un poco porque sí, porque son así, y en el libro finalmente no pasa nada porque es un libro, aunque sea *non fiction*; pero ESTO no es ningún libro, ESTO es la vida real.

Y en la vida real seguimos andando y llegamos a una bifurcación que ya había visto antes. El chofer sigue igual que la última vez, pero Michél lo toma del brazo y le dice algo. Unos metros más adelante nos metemos en un caminito de tierra y vamos hasta la otra calle. Michél saca el celular, dice algunas cosas y corta. Estamos llegando.

Cuando por fin nos detenemos es de noche. Cinco personas caminan despacio hasta el auto. Me miran. Michél gira y ordena que me baje. Lo dice en español:

—Bajate.

Brilliant anda de acá para allá con una fotocopia de un diccionario creol-español. Lo lleva doblado por la mitad, y cuando no tiene nada que hacer me busca y me pregunta si podemos practicar. Pide disculpas porque recién está aprendiendo, y a cada rato quiere saber si entiendo lo que dice.

—Mi nombre es Brilliant. ¿Se entiende?

13

Primeras veces

El vudú suena a venganza. Si fuese sólo eso, la forma elegida para amargarles un poco la existencia a unos cuantos tipos estaría más que justificada. Por empezar, el vudú siguió viviendo cuando se suponía que debía morir junto con las raíces de los negros arrancados de África. Después, cuando llegó a América, en vez de deshacerse y chorrear debajo de la fe católica, como debía, se puso justo encima, la montó y eligió por dónde penetrarla, por los santos, la virgen, por donde viera un hueco. Y crearon algo raro, que por desconocido era a prueba de todo lo conocido, como las cucarachas modernas que desayunan veneno en aerosol y cenan basura radioactiva. Los esclavos africanos en Haití inventaron el vudú, un conjunto de creencias y prácticas bien africanas condimentadas con tradiciones y puntos de vista católicos y huellas indígenas que todavía podían rastrearse en la isla, todo eso que les servía para interpretar —para subsistir— el nuevo escenario que les tocaba vivir: la herencia irrenunciable de sus raíces y el impacto inmodificable y abrasivo de la realidad. Así que por eso, antes que todo lo que efectivamente es, el vudú es un montón de cosas: una necesidad espiritual, una manera de no darles el gusto a los que les decían *esto sí, esto no*, una de las formas más inteligentes, tolerantes y civilizadas de abrazar la fe en sus

distintas dimensiones. También, la certeza de sentirse parte de algo y de algunos, cuando todo lo demás es tan de otros.

Pero el vudú daba miedo. Era raro para los blancos ver un montón de negros medio desnudos bailando sin orden, bebiendo cosas, pintándose, matando animales y tirando la sangre de acá para allá. Y estaban todas las historias de la magia negra, el mal de ojo, los muñequitos pinchados, los maleficios. Hay libros enteros que explican cada una de las formas de conseguir lo que haga falta: cómo fabricar muñecos vudú, como deshacerse de un enemigo, o matarlo o eliminarlo —que son cosas distintas—, cómo tener suerte en los negocios, cómo descubrir la infidelidad, cómo encontrar amante o ganar un juicio importante, cómo enfermar a alguien o curarlo, cómo impedir el triunfo del enemigo; cómo romper cualquier maleficio. Y las noticias. En 1861 detuvieron en Nueva Orleans a dos negros vuduistas por colocar a un bebé blanco en una hoguera y asarlo. En 1873, dice algún diario, se celebraron varias ceremonias vudú en las que mataron siete “cabras sin cuernos”, como les decían cariñosamente a los bebés.

Los más estirados ponían el grito en el cielo por otra cosa, el sexo. Parece que la gente de a poco se iba sacando la ropa, y entre la música, el calor y el alcohol, se dejaban llevar, y terminaban en gran orgía. Dicen, incluso, que mujeres blancas se sumaban en estas ceremonias, encantadas con las cosas de negros.

Más allá de las explicaciones, buena parte del chiste de una ceremonia vudú es lo que se ve: varios chicos tocando tambores, mujeres bailando al ritmo con poca ropa y mucho piernas-brazos-piel. Un sacerdote (*houngan*) o sacerdotisa (*mambo*) que dirige todo y convoca a los santos, las *loas*. El objetivo de la ceremonia es que después de todo el bochinche

y las ofrendas (desde bebidas de alta gradación alcohólica hasta animales y, se animan algunos, cuerpos de bebés) aparezca la *loa* que se necesita para resolver un problema muy concreto y monte a la persona indicada. Montar es poseer, y la persona poseída —después de caminar sobre clavos y sacudirse y caerse y tomar cantidades imposibles de alcohol— dirá con su nueva voz de ultratumba lo que tiene que decir sobre lo que haga falta y, si todo sale bien, servirá para resolver el problema que se le trajo. Como rezar y esperar el milagro, pero con espamento. Pero además, como los problemas son muchos y de lo más variados, hay un montón de loas, y con el tiempo muchas más surgieron, para resolver las nuevas injusticias modernas.

Y están las tradiciones. Cuando un vuduista sabe que va a morir, pide que se lo entierre cerca de sus familiares, porque sus espíritus son más poderosos cuando están juntos. Si es necesario, pueden recorrer grandes distancias con lo que les queda de fuerza para morir cerca de ellos, y si venden el terreno donde están enterrados sus ancestros exigen cláusulas que les permitan enterrar ahí a sus familiares cuando mueran.

Pero en este Haití mucho más concreto y sin tiempo para tradiciones, el que le siguió al terremoto del 12 de enero de 2010, ninguno de los 300.000 fallecidos tuvo la sepultura que habría deseado. Los cuerpos fueron enterrados en fosas comunes, ahí donde estaban, lejos de sus familiares, o cremados. Eso, claro, sin contar a los que siguen ahí, acá, bajo algunos de estos escombros que uno se cruza en cualquier calle, en cada rincón, todavía hoy, seis meses después.

Aquel día de mi ceremonia vudú, cuando bajamos del auto en un espacio de tierra rodeado de palmeras y cocoteros, los

vecinos de Leogane salen de sus casas de chapa y madera y se acercan a nosotros. Me miran: siempre me miran. Los grandes me hacen señas con la cabeza, y puede ser un saludo o algo más. Los chicos sonríen, se acercan y me dan la mano. A ellos les divierte ver algo raro. Para ellos soy la novedad.

Michél me dice que lo siga por un camino rodeado de árboles. A lo lejos se oyen unos tambores y gente cantando, y a medida que avanzamos los vecinos salen y nos miran. Llegamos a un quincho de techo de paja a dos aguas sin paredes, con una columna en el medio. La columna es un árbol que atraviesa el techo y está rodeado en la base por un zócalo de material. Ahí esperan sin ganas unos diez hombres y tres mujeres. Buscan dos sillas, una para Michél y otra para mí, y nos ubican en uno de los costados, justo frente al tronco que divide todo en dos. A mi derecha hay cinco tambores en fila con un hombre detrás de cada uno. A la izquierda están las tres mujeres con vestidos largos y dibujos de todos colores. Justo frente a mí un hombre canoso me mira y sonríe: es increíble lo necesaria que es una sonrisa a veces. Se toca el pecho y me dice que él está a cargo de todo.

Debe ser difícil tener que elegir entre la vida en el más allá y la mucho más concreta del ahora y ya, sobre todo cuando conseguir ambos implica invertir las cosas. Las ceremonias vudú se convirtieron en una manera posible de tirar unos días. La mía la hicieron a medida: depende exclusivamente de cuánto estoy dispuesto a pagar. Y eso, usar uno de sus rituales más profundos para ganar algo de dinero, no me cae mal. Juzgar la moral del que tiene el estómago vacío, pienso, es de lo más fácil, y además el objetivo de la ceremonia es pedir a los dioses una solución terrenal: ellos necesitan dinero, llaman a los dioses, me consiguen a mí y yo se los doy, lo que suena a círculo perfecto, a milagro a medida.

Por eso, cuando después de unos quince minutos Michél les da mis 150 dólares, los tambores se detienen y las mujeres empiezan a sacarse los vestidos. Michél me recuerda que, como puedo ver, son muchos para repartir y sería bueno si pudiera dar un poco más. Yo digo que no porque en un punto hay que decir que no, y me pregunta si esta es mi primera vez en una ceremonia vudú; por si hiciera falta, me pregunta. Yo soy el blanco sentado ahí, con mi billetera llena y mi deuda histórica, y todos me miran. Pocas cosas me pusieron alguna vez tan incómodo como todos esos ojos blancos de esos cuerpos sin ganas que esperan la confirmación de algún dólar más. Entonces Michél dice algo y todo arranca otra vez, las mujeres se ponen los vestidos sobre la ropa que ya tienen y los chicos de los tambores se ponen a tocar.

Cuando la cosa empieza, el lugar se llena de todos los que andan por ahí y escuchan los tambores y que no saben nada de mis 150 dólares. En diez minutos hay el doble de gente, chiquitas de diez años mirándome y bailando, repitiendo los mismos versos de siempre. Las mujeres son, como suele en Haití, las que hacen que el mundo siga girando. Nunca paran de bailar, transpiran y se secan el sudor en los vestidos y dejan por un rato casi toda la pierna al aire. El baile es una especie de crisis nerviosa programada, no hay patrón claro entre los cuerpos que se agitan y el sonido de los tambores, y cuando se sospecha un paso entrenado, de golpe dos mujeres se tocan entre sí y salen despedidas como tironeadas por una fuerza invisible, y hay un alarido que celebra el momento, o lo teme.

Entonces Michél, otra vez, me pregunta si voy a poner más. Cuando me niego, se para y le hace una seña a un chico de veintipico con una remera amarilla de fútbol americano, y todo se detiene de golpe. Sigo con ganas, pero la orgía se

terminó.

Volviendo a Puerto Príncipe, después de mi ceremonia vudú, la vida por fin parece darse por vencida en Haití. La gente ya no se abalanza sobre nadie, no grita, no se entrega a pedir. Hombres y mujeres, familias enteras caminan al costado de la ruta, desde siempre yendo a algún lugar. Andan despacio, mecánicamente, ajenos a todo. Algunos armaron casitas de chapa y desde ahí miran estas calles de tierra que conocen de memoria. También me miran a mí, el gringo millonario, pero ya no hay entusiasmo: ahora, cuando se hace de noche, la fatiga de todo un día nos amontona como piezas repetidas en un escenario atrapado por lo real.

Por la ventanilla el viento me pega en la cara, los autos hacen malabares para no perderse para siempre en los baches del camino y yo estoy cerca de no entender absolutamente nada. Es un momento de calma, el mundo se tomó un segundo para cambiar de aire, y yo no entiendo cómo puede ser que la ayuda no ayude, que los cambios no cambien nada, que la vida no sea algo que valga la pena vivir. No entiendo, antes que cualquier otra cosa, por qué quince años de ONU no sirvieron para nada; digo, por lo menos, para tapar los pozos del camino. Y por no entender empiezo a pensar otra vez lo que no quiero, que, como dicen, para muchos la ONU es un gran negocio, y que para ellos es imprescindible que las cosas sigan bastante mal. Alguien que trabaja para la ONU me dice que tiene instrucciones de comprar diez camionetas a un valor de 50.000 dólares cada una, y que los extranjeros que vienen a trabajar acá cobran más de 10.000 dólares, gracias a que Haití sigue siendo, desde hace mucho, *zona de alto riesgo*. Me asombra —me hace sospechar— la confianza en ellos

mismos: vuelven cada año con la promesa de hacer bien lo que ya hicieron tantas veces mal.

O por ahí soy yo, mi cansancio. Seguro ya se me va a pasar.

14

Haití vs. El mundo

Fort-Jaques, el Fuerte Jaques, no es gran cosa. Tiene un horno donde cocinaban su comida, el polvorín con las municiones, una amplia galería central y sus doce cañones, once franceses y uno inglés con la insignia de la Corona de Jorge II. Pero aun así, a primera vista, el fuerte no es gran cosa, sobre todo ahora, después del terremoto, con montoncitos de rocas apiladas desde hace seis meses y que por dos siglos habían tenido su lugar.

El fuerte está ubicado 3.625 metros sobre el nivel del mar. Para llegar son treinta minutos de auto desde el centro de Puerto Príncipe, o dos horas cuando el tráfico aprieta. en la hora pico. A medida que el camino empieza a ascender, se hace realidad lo que muchos dicen, que en Haití hay plata pero nadie la quiere distribuir. Paco, uno de los primeros barrios de la cadena montañosa, es un conjunto de casas amplias bien construidas, muchas de dos pisos. Las calles están asfaltadas y hay una tranquilidad que no tiene nada que ver con Puerto Príncipe.

Más adelante aparece una de las zonas más destruidas de la capital, o eso es lo que dice el chofer. Es un pueblo levantado en el descanso de la montaña. Un pequeño ejército de chicos vestidos de amarillo van de acá para allá cargando rocas, bolsas, de todo un poco. Son unos cuarenta, de alrededor de

quince años, patrocinados por USAID, un programa de ayuda de Estados Unidos que paga a cada chico 180 gourds diarias. A varios días de llegar, estos chicos son las primeras personas que veo cargar escombros, y la mayoría tiene la cara muy seria, como si supieran que están frente a una tarea importante, los primeros obreros del nuevo Haití.

Una mujer canosa de voz suave se acerca al auto y sin que le digamos nada nos cuenta su historia. Ella tenía una hija chica que quedó enterrada en su casa. Ahora no tiene dónde dormir ni qué comer, muy parecido a otras miles de historias. La mujer se llama Mireille, y mientras habla nos muestra la bolsa que lleva en la mano: en la bolsa hay una banana, todo lo que pudo comprar. Dice que no tiene plata para más, y que no puede ir a la ciudad a buscar algún tipo de ayuda porque es muy lejos. No hay forma de que esta mujer haga a pie el camino que nos llevó cuarenta y cinco minutos en auto. Luigi le da 100 gourds y Mireille está realmente agradecida: dos dólares, uno más de lo que debería ganar a diario si las estadísticas tienen razón. Cuando arrancamos otra vez, la mujer sigue hablando, quizá nos quiere explicar qué hará con su fortuna. El auto se mueve un poco y mi ventanilla ahora está frente a ella; Mireille me toma de la mano y me la aprieta sonriendo, radiante, apenas, de felicidad.

Media hora después, verdaderas mansiones se elevan a ambos lados del camino. La mayoría está protegida por un portón escalonado que hace imposible ver hacia adentro. Estamos en Labul, un pequeño paraíso de concreto, propiedad de las personas más ricas de Haití. Acá tiene su casa René Préval, el presidente haitiano del terremoto del 12 de enero, aunque nadie sepa bien dónde está él. Algunos dicen que en Canadá, otros en Estados Unidos, podría ser incluso que estuviera en Haití. La verdad es que nadie sabe porque a

nadie le importa demasiado. Dicen que desde el terremoto viaja mucho, que nunca está, que nunca hizo nada por ellos y que será así durante otros seis meses hasta las elecciones y que alguien lo reemplace.

Luigi me habla de un rumor: hace tres semanas se escucharon disparos en medio de la noche y el paredón de la casona de Préval apareció baleado. Algunos creen que no es para preocuparse; la mayoría piensa que fue el propio Préval que ordenó el tiroteo para fingir amenazas a poco de las elecciones. Victimizarse y ver qué pasa.

Un poco más adelante está la mansión del cónsul de Israel en Haití. Se dice que el cónsul, buen amigo de Préval, le hace algunos favores personales: tráfico de armas y drogas parece ser parte de su especialidad, que convirtió en un negocio muy lucrativo. Aunque suene raro, el narcotráfico es un negocio floreciente en Haití, que llega a los altos mandos del gobierno. Por fin, una política de Estado en un país donde escasean.

Lo interesante de dedicarse al negocio de la droga en Haití es que da mucho dinero, mientras todos los otros trabajos no: mueve alrededor de mil millones de dólares anuales. La droga sale de algún lugar que tiene dinero suficiente para producirla, llega a la isla, donde sólo hay plata para coimear y pagar combustible de avión, y se va adonde pueden comprarla, Estados Unidos.

“Haití no tiene helicópteros, no tiene aviones y no tiene ni siquiera radares para saber lo que entra y lo que sale”, había criticado en 2007 un tal Fred Blaise, miembro estadounidense de la ONU destinado en Haití. Blaise se indigna por la blandeza haitiana, seguramente culpable de que su país sea el mayor consumidor de drogas del mundo.

Lo que sí tiene Haití es 1.810 kilómetros de costa con otros

tantos miles de ojos mirando para otro lado. Los que saben dicen que llevan la droga en lanchas desde Colombia y Venezuela hasta lugares como Jacmel, en el sur del país, y que ahí la cargan en autos y la llevan a Puerto Príncipe, donde la embarcan a su destino final.

Pero, para eso, la política y un Estado. En 1993, el entonces senador estadounidense John Kerry escribió: "Hay un negocio común hecho de cocaína y dólares entre los cárteles colombianos y las Fuerzas Armadas haitianas". Ya en esa época, Haití se había convertido en el país del Caribe líder en el tráfico de droga hacia Estados Unidos. La relación entre el poder político y el narco mostró todas sus ventajas durante los gobiernos de los Duvalier, que necesitaban dinero para mantener el régimen. Cuando cayó, los militares se habían hecho adictos a las regalías que generaba la adicción a tantas otras cosas, así que siguieron con el negocio. Eran muy buenos en dejar pasar lo que había que dejar pasar, y cada tanto la noticia de un teniente o coronel implicado en el tráfico hacía sonar las alarmas. Las alarmas sonaban, pero la cosa no cambiaba demasiado. Algún oficial caía, algún informante decía a un diario que el presidente no podía estar ajeno, que los protegía. En 2000, el 15% de la cocaína consumida en Estados Unidos llegaba a través de Haití. Durante el segundo gobierno de Aristide la cosa se puso bastante fea, la violencia creció y varios allegados al presidente tenían cosas que ocultar: el jefe de seguridad del Palacio Nacional, el director de la Policía Nacional Haitiana, el jefe de la Unidad de Investigaciones de la Policía Nacional y el presidente del Senado terminaron presos en Estados Unidos por narcotráfico y lavado de dinero.

Y es como si estuvieran destinados: el más rico y el más pobre, la primera independencia y la segunda, el primer

proveedor del primer consumidor del mayor negocio de todos.

A medida que nos acercamos a la cima, para cualquier lado que uno mire ve bidonvilles, los asentamientos de los migrantes rurales del interior que llegaron a Puerto Príncipe en busca de trabajo y que, cuando no lo encontraron, crearon la *jungla de concreto*.

Durante los más de treinta años del gobierno de Duvalier, nada de esto existía. El dictador se ocupaba de mantener la capital ordenada. Fue sólo a partir de 1991, durante la presidencia de Aristide, cuando comenzaron las grandes movilizaciones internas. Algunos juran que fue una movida electoral de un presidente populista que, sabiendo que no había espacio o trabajo, se aseguró el voto rural prometiendo imposibles.

Veinte años después, los bidonvilles son un entramado de construcciones de material, una pared gris que baña la parte baja de las sierras que rodean a la capital, superpobladas y sin ninguna posibilidad de aspirar a salir de ahí. Los trabajos que vinieron a buscar nunca aparecieron, al igual que la electricidad y el agua potable. Lo que sí llegó fue el terremoto, que mató a muchos miles aunque no pueda saberse cuántos, y agregó algo de desesperación a su habitual dosis de miseria y resignación.

Más arriba, detrás de una curva en el camino, aparecen decenas de puestos de comida, todos desordenados, con mucha gente que de alguna forma llega y da vueltas por acá, en medio de la montaña. Aquí arriba hacen patria: todos comen *grillot*, carne de cerdo cortada en cubos sobre rodajas de batata frita y cubierta de distintos picantes, todo sobre un

plato de plástico para comer de pie.

Los puestos tienen grandes bandejas con pedazos de cerdo de los que van cortando cada porción. El plato cuesta 30 gourds (80 centavos de dólar) y es riquísimo. El *grillot* se toma con *clerén*, y el *clerén* es también lo que beben las *loas* durante las ceremonias vudú.

Al llegar a la cima nos espera Charles Proface, el guía de Fort-Jacques. Proface habla creol, francés y un casi perfecto inglés. De a ratos dice cosas en español, hasta que se mete en un lío de fechas, lugares y distancias. Habla como todo guía, sin parar. Tiene 20 años, es alto, flaco y me da un poco de envidia. Sabe con exactitud todo lo que dice, y lo junta con una mirada penetrante que no es fácil de sostener.

Nos dice que, si no fuera por la niebla, podríamos ver todo Puerto Príncipe. En tiempos de Dessalines, en el 1800, desde el fuerte podían protegerse tres cuartas partes de la capital. Ahora, 200 años después, el temblor logró lo que Napoleón no pudo, y algunas paredes del fuerte están amontonadas en el suelo.

Después de la recorrida habitual surge una discusión entre Charles, el guía, y Luigi, mi traductor. En ellos, lo que pasó hace 200 años no parece tan atrás en el tiempo, sino una historia de la que son víctimas en primera persona. La charla eleva un poco el tono y Luigi, una especie de gurú con barba candado y anteojos de sol, interviene con su tranquilidad habitual y dice algo en creol que parece convencer al resto. Asistir a este debate en un idioma completamente ajeno que no entiendo pero intuyo, y donde todos tienen una postura, donde nada es banal, envueltos por la bruma de la altura de montaña, me hace sentir un respeto sobrecogedor. Como si no hubiese mucha diferencia entre aquellos hombres y estos, como si en estos dos siglos nadie hubiese prestado atención.

Le hago al guía Charles la misma pregunta tonta que les hago a todos, la del porqué.

—¿Por qué el primer país verdaderamente libre es hoy uno de los más sometidos?

—Porque antes —me responde el seguro de sí mismo Charles— teníamos que luchar sólo contra Francia, y ahora la lucha es contra el mundo entero.

Charles se refiere a la plata, a los negocios, a la globalización, al poder del capital, más allá de la bandera que tenga. Y, aunque no lo diga, se refiere a la ONU, los cientos de camionetas de 50.000 dólares que se pasean por los restaurantes y puteríos de Pétionville, a las ONG que hacen millonarias a manos privadas, al gran negocio que es Haití de rodillas y que sostiene desde hace más de diez años una intervención de mucha plata y puestos de trabajo.

La charla entonces vuelve a encenderse y ahora sólo se habla creol, y aunque sea incomprensible ahí está el debate por la intervención, por la necesidad de ayuda y el orgullo haitiano, que antes de ser colonia francesa prefirió dejar de ser y se incineró a sí misma. Hasta que interrumpo y pregunto el otro porqué, por qué tanta muerte entre ellos cuando ya no hay guerra ni invasiones. Charles me mira con un poco de lástima: las muertes, dice, son por poder, que los Duvalier en su momento y después Aristide, que los dos mataron para asegurarse de que el otro no les quitara el poder. Pero eso no es tan así, le digo a Charles —que hace un rato me contó qué piensa de los blancos: "nada, blancos y negros somos parte de lo mismo, somos todos partes de la humanidad"—, que eso de matar gente no va más, que antes podía ser, pero ahora tanta violencia es innecesaria.

—Cuando la policía mata a alguien, ahí está el gobierno —contesta divertido, amenazante—. El gobierno mata al pobre

para mantener el poder.

Una mañana, cuando ya falta poco para que deje el hotel, Brilliant finalmente se anima.

—Fernando, me gustaría estudiar en Argentina. ¿Puedo ir a estudiar a Argentina?

—Sí, Brilliant, necesitás la plata para el pasaje y un poco más para estar allá.

—Ah… ¿y vos me podés ayudar?

15

Allá, en el Cabo

Antes de viajar, cuando leía todos esos libros que tratan de explicar Haití, sabía que tenía que conocer Cabo Haitiano. Ahí, en el norte, se talló buena parte de la historia y los mitos del país, y si las cosas eran como imaginaba, todavía estarían a la vista para quien quisiera prestar atención. Fechas y nombres y apellidos que son columnas —y también el sedimento de sus restos—. Aunque el terremoto del 12 de enero apenas tuvo algo que decir acá, los temblores de esta tierra fundadora se sienten todavía hoy.

Cabo Haitiano queda bien al norte del país, le dicen Le Cap, que viene del francés Cap Haiten, y antes le decían Cabo Henri, por Henri Christophe (prócer de la independencia), y la Metrópoli de las Antillas, por su gran actividad, y también Le Petit París, porque era muy muy linda. Ahí viven alrededor de 180.000 personas, y es la parte más caribeña del país, con su playa paradisíaca a la que llegan los cruceros con europeos, que en vez de sacarles fotos a los chiquitos negros se las sacan al agua azul. Pero lo que importa del Cabo es que buena parte de la historia de Haití se escribió acá. El principio, por empezar.

“Cristóbal Colón fue el primero que desembarcó en el Nuevo Mundo, en la isla de San Salvador, y después de elevar una plegaria de agradecimiento a Dios preguntó

inmediatamente dónde estaba el oro. Los nativos […] le guiaron hasta Haití, una basta isla casi tan grande como Irlanda y en la que abundaba, le dijeron, el precioso metal. Colón puso proa a Haití."

Ese es el comienzo de *Los jacobinos negros* (1938), un libro del historiador caribeño Cyril L. R. James. Lo más probable es que no sea cierto, sino que más bien Colón se haya excitado bastante con el descubrimiento y no haya podido aguantar la tentación de seguir y ser dueño de un montón de tierra y gente y, claro, oro. Pero igual, lo que sí pasó fue que poco después de chocarse con América, el 5 de diciembre, llegó a Haití. Y a esta parte de Haití. Después lo sabido, mucho indígena muerto, mucho negro importado.

El avión a Cabo Haitiano despega desde Puerto Príncipe a las siete de la mañana, cuesta 95 dólares y tiene capacidad para dieciséis personas. Antes de empezar a carretear, uno de los empleados entra, se encorva un poco y camina por el pasillo para comprobar que todos los asientos estén ocupados. Es como las combis que salen de la 9 de Julio: hasta que no esté lleno, no arranca.

Subo y quedan dos asientos. Hay cinco filas para dos personas y seis para una. Me siento solo, en el segundo de la derecha, a la altura de una de las hélices que supuestamente van a hacer que la combi agarre altura y esté un rato así, aguantando en suspenso más que volando.

Los pilotos tienen sus trajes para la ocasión, pero los pantalones les quedan un poco largos y los arrastran, la camisa está suelta y un par de botones sin abrochar. Hace mucho calor, pero no puedo evitar pensar que son pilotos y su apariencia haría toda la diferencia para mi confianza en este

vuelo.

Ya estamos carreteando, y aunque debe ser físicamente imposible elevarse a esta velocidad, por algún motivo el avioncito deja de rayar la pista y vuela. Desde ese momento y por una hora no voy a sentir nada, ni turbulencia, ni viento cruzado, ni consejos del capitán. Y es como si todo el viaje fuese sólo una excusa para poner en evidencia a esos aviones gigantes que se la pasan rugiendo por el más mínimo malestar. Y para ver y preguntarse y entender algunas cosas.

Haití es, además de todo, muy respetuoso de las cosas. Por lo general, cuando hace mucho calor, acalora, y si llueve empieza a caer agua, y el agua que cae moja. La basura basurea por ahí, el barro embarra el ciento por ciento de las veces y una angina mal curada mata. En Haití cada quien es quien es, irremediablemente.

Volar es, también, volar. No esa experiencia shopping donde uno se recuesta, se toma un café, va al baño, respira el aire fresco, mira una peli, se saca la modorra y el cinturón de seguridad y se va. Acá volar es mucho más esa cosa imposible, de ciencia ficción, tan acuciante como solía ser —antes, cuando las cosas eran— volar. Y acá, otra vez, ver el mundo desde arriba por la segunda ventanilla a la altura de la hélice es una fantasía infantil. Quizá también lo sean estas combis con alas, estos montes pelados, todo este cemento caído, aplastante.

Desde el cielo puede verse todo lo que no hay. Lo que no hay son los árboles que ahí estaban cuando Haití empezó a ser este Haití. Los cuentos hablan de los montes, y de cómo los esclavos escapaban y se escondían entre sus árboles, porque a los blancos les daba miedo seguirlos hasta ahí.

Muchos pasaban así sus vidas: allí dormían, sacaban los cocos y las bananas, quemaban las ramas. Si las cosas de verdad iban bien, cultivaban algo.

Pero por la ventanilla de una combi que sobrevuela la isla algo sorprende por su perfecto orden: la línea que separa República Dominicana de este Haití, y que ayuda a entender.

Cuando hablan del tema, los especialistas se ofenden y critican duro a los haitianos, tontos ellos por no darse cuenta de que el tronco y las ramas y el follaje de un árbol sirven para algo más que un rato de fuego. Dicen deforestación, y lo llaman el gran problema, como seguro es. Y que, como en tantos otros temas, ellos son los culpables de sus propias desgracias, que en estos 200 años se fueron cavando sus propias tumbitas para sus huesos adelgazados.

Pero hay algo en ese tema, la deforestación —que es causa y también efecto—. A mediados del siglo XIX, cuando la Haití independizada ya tenía cincuenta años de vida, Francia seguía diciendo que no, que los negros se la habían robado, y que si ellos querían ser ellos, les debían. En total, 21.700 millones de dólares de hoy. Pero los lingotes no iban solos en los barcos, al lado llevaban troncos. Así empezó la deforestación en serio de Haití, con los franceses y su necesidad de quemar.

Iniciando el 1900, Puerto Príncipe se empezó a poblar, había más actividad y faltaban cosas, como combustible. Las empresas salieron a cortar árboles para convertirlos en carbón vegetal y encender. El suelo se quedó solo, y se empezó a erosionar. Si antes nadie se preocupaba por plantar algo, ahora cualquier cosa que enterraran ahí quedaba, porque la tierra por fin había perdido sus minerales y su interés.

El tiempo pasó. En 1923, más del 60% del suelo de Haití estaba cubierto de árboles; para 2006, ese número se redujo

al 2%. Uno. Dos. Y eso es lo que cuenta la ventanilla de la combi: su versión de la historia usando una línea diagonal que divide a la isla, lleno de verde de un lado y de un insistente y seco marrón del otro, en esto que hoy es Haití.

"A eso de las 5.25 de la tarde se oyó un ruido espantoso que se asemejaba a un trueno sordo, al que siguió un terremoto fuertísimo que principió por algunas oscilaciones tenues, luego por pequeñas palpitaciones y en seguida por violentas y redobladas ondulaciones, semejantes a las enfurecidas olas del mar cuando está agitado, embravecido. Su duración se calcula de 80 a 90 segundos, más o menos." Más o menos así fue el cataclismo del 7 de mayo de 1842 que destruyó la mitad de Cabo Haitiano, contado por alguien que escribió en esa época, el capitán J. R. Márquez.

Esa, también, es parte de la historia del Cabo, lo que fue el terremoto más fuerte del país, hasta el de enero de 2010. Y aquella vez el sismo además fue tsunami. "El mar se retiró a gran distancia de la orilla y volviendo luego con terrible oleaje entró a la población —contaba, quizá sin exagerar, otro cronista—. Sus aguas subieron a más de 615 pies de altura y envolvieron en sombras de muerte a los que huyendo de la caída de los edificios se habían refugiado en la playa."

Calculan que en esa época vivían unas 12.000 personas en el Cabo, y que algo así como la mitad murió. "Durante 40 minutos hubo un ruido continuo, ensordecedor, aterrador, producido por las casas al desplomarse. Todos los edificios, fuesen grandes o pequeños, fueron derribados. Ni siquiera una pared quedó en pie. El cielo se tornó súbitamente oscuro y numerosas nubes de polvo cegador, que se levantaban al través del aire caliente, aumentaron los horrores del cuadro.

Es más fácil imaginarse que describir los gritos y lamentos y la lucha y el forcejeo…" Los gritos y lamentos y la lucha y el forcejeo. Parte de la historia de Haití.

Calles angostas atestadas de autos, motos y mucha gente. Casas antiguas, de todos los colores, algunas de dos pisos, terminaciones en madera, algo de Francia, acá.

David, mi nuevo chofer, toma un camino de montaña para ir al hotel. En cada esquina hay un descanso y un pueblito que se levanta, un grupo de personas que se detuvo y armó algo, cansados de andar. Siempre hay gente, chicos con motitos de a tres, mujeres con bebés, mujeres con baldes en la cabeza, mujeres con montones de cosas en las manos, todos moviéndose en alguna dirección. Al costado del camino algunos están sentados y miran al blanco que pasa, y después siguen igual. Cantidades de mujeres reunidas hablan muy alto y agitan los cuerpos para completar la voz. Pasa una moto y toca bocina, las wawas siguen igual de generosas, con algunos cientos de personas y miles de ojos enfrentados.

Hay una escuela en una de esas curvas de la ladera, y sus paredes están bastante bien amontonadas en el piso. Un poco más allá está la Labadee Beach, una playa marca Caribe, celeste cristalina, y un poco antes el hotel que reservé apenas pisé Cabo Haitiano. Cuando llego, el dueño —blanco— lamenta informarme que por un error de alguien en realidad no hay habitaciones disponibles. Lo sentimos tanto.

De vuelta en la ciudad, otra vez los puestitos en la calle y el tráfico. Lo que no hay, a diferencia de la capital, son las casas caídas con su gente adentro y abajo. Hay almacenes, materiales de construcción, bancos, barberías, una Texaco, autopartes, cibercafés, panaderías, una camioneta Toyota del

77, celulares Viola, el Hospital Fort Saint-Michel, Super Toto, gente caminando, cargando cosas, motos, nosotros buscando un hotel. Hay caballos muy flacos con bolsas a los costados, un chico parado sobre un camión en movimiento, caminos escondidos en tierra.

Una combi pasa llena con dos personas sentadas en el techo con las piernas colgando y atrás aparece el cartel más inocente del mundo, que dice que acá la velocidad máxima es de 50 kilómetros por hora.

El chofer me lleva a otro hotel, el Henri Christophe. Ellos dicen que acá trabajó el prócer antes de ser todo lo que fue —que aprendió sus modales de líder copiando a los blancos que atendía—, aunque en los libros el hotel tiene otro nombre, y quizá fuera otro. Lo único seguro es que la habitación cuesta 100 dólares y el mapa que venden en la recepción, 30.

Michél me dice que se llama Pont, pero yo creo que no sabe y no quiere admitirlo. Michél —que también se llama Michél — es mi nuevo traductor en Cabo Haitiano que mi nuevo chofer subió al auto para darle una mano: mi chofer habla español, pero lo subió a él y ahora voy a tener que pagarles a los dos. Ellos se aprovechan, a mí me da culpa; me gusta la forma solidaria que tienen de vivirme.

Digamos que Pont —podría investigarlo pero perdería la gracia— es la calle del centro de Cabo Haitiano que durante treinta metros se convierte en el puente sobre un riacho que atraviesa la ciudad. A ambos lados del riacho se amontona la basura como una suave marea que nunca acabó de retirarse, y un poco más allá las casas de chapa y madera que es la arquitectura haitiana del siglo XXI. Sobre el puente, a los costados, la gente arma los puestos de venta callejera, remeras, zapatillas, ojotas, mango, celulares, CD, pulseritas, cuadros llenos de esperanza, mango, unos pedazos de madera

puntiaguda que no sé qué son y no me animo a preguntar, remedios, aceite para autos, raspaditas tipo Quini 6, medias, mediecitas, más medias y mango. Treinta metros únicos, inquietantes, olorosos, pegajosos y vivos. Una postal del Ponte Vecchio doblada en cuatro, olvidada en el bolsillo de un pantalón que se metió en el lavarropas y usada para equilibrar la mesa del comedor. Nada de brillo y toda una historia que contar.

Cruzamos el puente para llegar a Vètyè (Vertières, en francés). Vètyè es una localidad de Cabo Haitiano, y un monumento bastante modesto que, un día cualquiera, la gente usa para leer a la sombra o tirarse a tomar sol. Es, además, el lugar donde los padres de Haití por fin cortaron el cordón umbilical.

El 18 de noviembre de 1803 fue un día importante: pasó la Batay Vètyè, la Batalla de Vertières, la gota que rebalsó el vaso de la revolución haitiana. Un año antes los franceses habían tomado prisionero a Toussaint Louverture, y Napoleón pensaba que con eso iba a alcanzar. Había dado la orden de matar a todos los revoltosos y repoblar la isla como lo habían hecho la primera vez, importando nuevos esclavos africanos. En ese momento, cuando las cosas se ponían blancas para los negros, el prisionero Toussaint dijo, traducción mediante: “Al derrocarme, no han hecho más que cortar el tronco del árbol de la libertad de los negros en Santo Domingo, que va a volver a crecer desde sus raíces, porque son numerosas y profundas”.

Y fue un poco así. En Cabo Haitiano quedaban las últimas columnas francesas lideradas por Rochambeau. Leyendo las crónicas, cuesta imaginar cómo unos cuantos miles de soldados colonos creían que podrían disuadir a cientos de miles de tipos muy ofuscados que querían sacárselos de

encima. Cuesta entender cómo es que eso funcionó siempre, en todas partes, cada vez.

En la noche del 17 y la madrugada del 18 los haitianos atacaron Vètyè, donde estaban establecidas las columnas francesas, y en unas horas Rochambeau ordenó la retirada. En los días siguientes firmaron los términos de la rendición y volvieron a Francia. Acordaron que los colonos heridos quedarían en Haití hasta que se recuperaran y pudieran zarpar a su país; los haitianos dijeron que sí, claro, pero después de unos meses de mantener a estos blancos violentos se cansaron y los mataron. Cuesta imaginar, también, el miedo de esos hombres.

Así que la Batalla de Vertières es importante porque es la victoria definitiva sobre los franceses, reconocida por ellos mismos, firmada. Fue lo que hizo que más de 200 años después sigamos diciendo que el de Haití es el único caso en la historia de la humanidad en que un ejército de esclavos venció y se independizó de sus colonos.

El monumento se llama *Los héroes de Vertières* —cuatro hombres y dos mujeres muy quietos avanzando en pose esforzada, algo diminuto si se lo compara con los palacios de los padres de la patria— y recuerda esa batalla. Hoy, un día cualquiera, tres chicos de unos veinte años descansan del sol bajo su sombra.

El hospital de Cabo Haitiano es grande. Tiene su farmacia, un área de rehabilitación, cirugía, neurología y análisis de sangre. Y ahí están las colas más largas. La gente se amontona en pasillos angostos con sus hijos en brazos o jugando por ahí, y esperan que alguien los atienda, los pinche y les diga qué enfermedad les tocó. Según las estadísticas, uno de cada

cinco de estos chicos morirá antes de que yo termine de escribir esto, lo que me obliga a concentrarme en los otros cuatro.

Los otros cuatro van a servir para otras estadísticas, las de los subalimentados, los analfabetos, los enfermos de sida o malaria o dengue, o serán inmigrantes; morirán, sin ir más lejos, en un terremoto, o un tornado, o de un resfrío mal curado con aspirina.

Veo una bata blanca, un ambo celeste y una bandera cubana colgando del hombro. Veo a un médico de la revolución cubana que vino a ayudar a las víctimas de la revolución haitiana. Se llama Enrique y llegó hace seis meses para dar una mano después del terremoto. Seis meses es lo que un humanitario promedio soporta en Haití, pero Enrique se queda un año y medio más, y es como si nadie se lo hubiera recordado en mucho tiempo porque lo dice un poco resignado, plenamente consciente de cada uno de los días que entra en la frase "un año y medio más".

Enrique dice que en este hospital son él y dos cubanos más, pero que el resto de los médicos de otros países no está en los hospitales, sino en los cuarteles de los cascos azules, adonde no llegan los enfermos haitianos. "Cuba quiere ayudar a Haití —dice Enrique, como si dijera dos más dos y no hiciera falta más—, y mi país me mandó a mí para ayudar." Igual, cuesta imaginar dos años más así, de ambo y a pie, sin 4 x 4, anteojos de sol espejados y restaurantes de 200 dólares el plato. Cuesta imaginar, y entusiasma por fin cruzarse con un poco de ayuda en Haití.

Michél, mi traductor, que todavía no cumplió los 34, tiene tres hijos, uno de 10, otro de 6 y el último de 4. En la

billetera guarda la foto de una nena, y yo no entiendo. Me pregunta a mí y le digo que nada: esposa, hijos; nada. Se ríe mucho y dice que eso no puede ser, y que él me va a conseguir una novia. Me cuenta que un amigo tiene trece hijos.

—¿Tres?

—Trece —me corrige, mientras sonríe y hace magia con los dedos para explicar.

—¿Y cómo hace?

—Mucha ayuda de Dios.

Michél tenía un empleo en una empresa en República Dominicana, pero después de cuatro años la empresa cerró, y ya con esposa e hijos tuvo que volver a Cabo Haitiano.

—Ahora trabajo en el aeropuerto, pero no es un trabajo de responsabilidad.

Usa esa palabra, *responsabilidad*, y explica:

—Lo que hago es chequear el ticket de las valijas cuando la persona la retira. Pero a mí me paga el pasajero —y hace las cuentas—: si de diez pasajeros que atiendo ninguno me paga, no llevo nada a casa.

Yo estuve en ese aeropuerto; es el que recibe los vuelos locales en aviones tipo combis que salen de la 9 de Julio, en los que las personas llevan bolsos de mano porque pasan un par de días y no mucho más. En los que casi no se despacha equipaje.

—Yo lo único que quiero es trabajar —se justifica—. ¿Hay trabajo en Argentina?

—Sí —digo por decir—, más o menos.

—Ahhh —contesta Michél estirando, y se entusiasma para contarle al chofer. Que en Argentina hay trabajo, debe decirle, que ahí todos tienen algo para hacer y nadie la pasa tan mal como ellos, y que los que miran los tickets de las

valijas seguro pueden cuidar bien a su familia y tener más hijos, hasta trece, y si quieren también salir los sábados con amigos.

—Debe ser linda Argentina.

Milot es una ciudad ubicada a 12 kilómetros del centro de Cabo Haitiano. Las calles parecen peatonales, bien cuidadas y lisas, como si ningún auto hubiera pasado por ahí. A los costados hay casas y negocios de todos colores, todo un poco gastado pero con el entusiasmo de lo que alguna vez funcionó. No deja de sorprender acá, en Haití, en todas esas cosas que es Haití, la clara voluntad de buscar un orden. En Milot está el Hospital de Milot, un edificio pintado de blanco y verde agua que no se parece tanto al típico hospital público abarrotado del conurbano, pero que por lo menos sirve para que cada día los vecinos levanten una feria con cosas que venden en la puerta y más o menos tiren. Pero eso no es de lo que la gente vive acá, en el bonito Milot. Este pueblo es en sí mismo la atracción de algo más que tiene dos siglos de historia y demoró 15 años y 14.000 vidas en ser lo que es: la Citadelle, el orgullo de Henri Christophe.

Hay algunas dudas sobre el origen de Christophe. Dicen que nació el 6 de octubre de 1767 en Granada, una isla de las Antillas, cerca de Trinidad. Pero hay quienes juran que fue en Kitts, una isla británica que era conocida con el nombre de Saint Christophe.

Dicen que Christophe llegó a Cabo Haitiano escapando de un trabajo que no quería tener. Que, ya de chico, alguien lo metió en un barco, lo llevó al norte de la isla y una flota francesa que necesitaba soldados negros se lo llevó a Estados Unidos a pelear, pero al final no peleó. Así que volvió a Santo

Domingo, donde alguien lo compró y lo puso a trabajar en su hotel. El hotel, dicen, se llamaba Hotel De La Couronne, pero ahora, cuando pido una habitación, se llama Hotel Christophe, y dicen sí, claro, acá trabajó el gran Henri. Con el tiempo, el esclavo con nombre de hotel hizo un poco de plata y compró su libertad. La historia del desembarco francés de 1802 ubica a un Christophe analfabeto pero culto y bastante despabilado, leal a Toussaint Louverture y, de alguna forma, preparado para dar los discursos o dictar las cartas más correctamente escritas.

También era algo tremendista: cuando el ejército de Bonaparte lo obligó a entregarse, se negó y dijo que antes destruiría toda la ciudad. Y cumplió: en unas horas incendió todo, y de los 800 edificios que había sólo 60 quedaron en pie.

En 1803 Dessalines echó a los franceses y puso a Christophe al frente del norte del territorio. En 1806 ya muy pocos querían al emperador Dessalines, que maltrataba a su gente tanto como solían los franceses, así que se levantaron y lo sacaron del poder con ayuda de Christophe, que ahora era el nuevo líder del país. En 1811 convirtió al estado de Haití en un reino, y se proclamó emperador. Construyó seis castillos, ocho palacios y su obsesión, una fortaleza por si alguna vez los franceses volvían por más.

En 1805, un año antes de morir, Desallines ordenó a sus mandos militares que levantaran fuertes ahí donde hubiera una montaña más o menos alta, un poco para defenderse de nuevos ataques franceses y otro poco por ego, para decir “yo también puedo, mirá”. Así que en 1805, un año antes de ayudar a Desallines a morir, Christophe empezó el suyo.

La Citadelle Laferrière —le dicen, a secas, la Citadelle— está ubicada en la cima de Bonnet à l’Evèque, una montaña

de casi mil metros de altura que queda a 8 kilómetros de la ciudad de Milot. Mil metros no parece demasiado, excepto cuando hay que subir: tardaron 15 años en terminarla, dicen que trabajaron 20.000 haitianos —dicen que murieron 14.000 —. Fueron mil metros de subir pedazos muy grandes de piedra como en las películas viejas, agachando la cabeza y cargando todo al hombro, de extenuarse hasta el desmayo y tener que seguir porque el castigo podía ser peor.

La ciudadela impresiona: tiene 40 metros de altura y ocupa un área de 10.000 metros cuadrados, lo que la convierte en el fuerte más grande de América. En su época vivían 5.000 soldados y había almacenes para guardar comida y agua para todos durante un año. Tenía 365 cañones que fueron robando a los invasores, y un montón de balas de cañón que todavía están por ahí, ordenadas sobre el pasto para intimidar. Las paredes están hechas de grandes rocas pegadas con cal, maleza y sangre de chivo y vaca, porque los que sabían de vudú decían que eso la iba a hacer durar —decían ellos, 200 años atrás—.

La cara de la Citadelle parece la proa de un gran barco, y en todos sus perfiles tiene terminaciones angulares para desviar las balas de cañón. Mucho tiempo después, durante la Segunda Guerra Mundial, los rusos se copiaron y construyeron sus tanques puntiagudos.

Llegar a la cima, todavía hoy, es un problema. Los primeros tres kilómetros de subida pueden hacerse en las cómodas 4 x 4 de la ONU, pero los últimos ocho hay que contentarse a caballo o a pie. Ahí esperan los guías, que ven al blanco y le dicen que no se preocupe, que se lo ve joven y saludable, que no es para tanto, hombre, se puede llegar.

Es cierto que se puede llegar, aunque de a ratos sea como andar por caminos que se parecen mucho a una pared apenas

recostada. En el medio, cada tanto, por algún motivo vive gente con su casita hecha de algo, venden cosas, lo que sea que sean sus cosas, pasan el tiempo ahí. Lo primero que sucede al llegar a la cima, además de retorcerse un rato en el suelo, es ver la cosa más rara, una señora con una heladerita que vende botellas de agua. Esta señora grande, sentada contra la muralla del frente, ¿cómo hizo para llegar? Es lo que quiero saber.

El guía que me tocó no sabe español pero lo habla, y cuenta con orgullo y como propia la historia que se lee en las hojas de los libros y en internet. Cada tanto piensa en lo importante, se interrumpe a sí mismo y dice que tiene una familia, que necesita una mano, por favor.

En la época de Christophe los días se hacían muy largos, y la gente se buscaba cosas para hacer. Él tenía un hobby: perdía a propósito bienes de valor y espiaba, y si el que lo encontraba no lo devolvía, lo castigaba. Así enseñaba al dubitativo a comportarse.

También tenía un telescopio, y como le gustaba sentirse importante y mandar, vigilaba a los soldados y a los campesinos desde su palacio, y cuando veía que alguno se dormía, él iba y le decía “vos te tomaste una siesta ayer desde tal hora hasta tal hora en tal lugar, y eso no se puede”, y lo castigaba. A veces no tenía ganas de caminar hasta donde estaba el fulano, y le ordenaba a uno de los guardias del fuerte que disparara un cañonazo en esa dirección, y el guardia tenía que ser muy preciso, porque si no el castigo era para él. Los campesinos no tenían idea de lo que era un telescopio, y aunque les daría mucha bronca empezaron a obedecer, porque la verdad era que el tipo se parecía bastante a un dios.

Otro día Christophe estaba en su palacio con un almirante

británico medio amigo. El almirante le dijo que le contaron que él, Christophe, se había vuelto un poco tirano. Entonces el rey, que apreciaba bastante al británico, le recordó que él había llegado a ser lo que era por su fuerza y disciplina; que era analfabeto y sabía que muchos se burlaban, pero que él estaba más allá de eso; lo suyo era pelear por un Haití libre y digno, y por eso presionaba a sus campesinos, como un padre hace con sus hijos. Después le pidió un favor al británico: le dio un cofre con 6 millones de libras en oro y le dijo que lo depositara en un banco inglés a nombre de su esposa.

El final de Christophe llegó como el de tantos otros líderes, con haitianos hartos que se molestaron hasta su palacio y lo mataron. En su caso, ayudó bastante un derrame cerebral que sufrió en una misa frente a medio mundo, amigos y no, y los que no, vieron la oportunidad y la aprovecharon. La historia discute si finalmente lo mataron o se suicidó pero, en cualquier caso, ahora, cuando subo a la cima de la Citadelle, hay una montañita de material hecha sin demasiado celo estético y ahí, me dice el guía, descansa inofensivo el gran Henri Christophe.

De vuelta a Cabo Haitiano desde la Citadelle pasamos por Fort-Liberté. David, el chofer, me pregunta si quiero conocer. A mí me incomoda mandar, pero descubro en este viaje que me molesta más que me vivan tanto, así que intento un sí patronal.

Fort-Liberté, que en creol es Fòlibète, es la ciudad capital del Departamento Nordeste y una de las más antiguas del país. Como casi todo en Haití, tuvo varios dueños y nombres: indios, españoles y franceses le pusieron Bayaja, Fort-Dauphin, Fort St. Joseph, Fort-Royal y por último, en 1820, Fort-Liberté. Antes que casi todos, el 5 de diciembre de 1542 Cristóbal Colón llegó y, como se venía la fecha, le puso La

Navidad. Pero lo que importa es que en este lugar, en el fuerte que queda en Fòlibète, el 29 de noviembre de 1803 Haití proclamó su independencia.

Al costado de una de las entradas de tierra hay una estación de servicio muy grande, muy moderna y muy cerrada. Las casas son iguales a todas las demás, estilo levantadas con lo que había a mano. Por todos lados están los árboles, las palmeras, el mango. En un momento frenamos y el chofer llama a alguien, una mujer. La mujer se acerca, le dice cosas, le ordena; la mujer es su mujer. David quería venir a verla, y lo hizo, y por veinte minutos Michél —el traductor— y yo miramos para otro lado porque nos da vergüenza. Ella levanta la voz, reclama algo, él sonríe disculpándose. La escena termina cuando David saca algunos dólares —que le di yo— y se los entrega a su mujer. ¿Vamos?, me pregunta entonces, como si algo de todo esto fuese mi decisión.

La última noche en Haití la paso en el hotel de Cabo Haitiano. Imagino que debería ser especial como toda última vez, así que hago el esfuerzo. Traigo a mi mente la cara del bueno de Luís, del dueño blanco del hotel y su esposa, las sonrisas tímidas de las chicas que trabajan ahí y los ocho militares rusos que escriben guerras, se emborrachan y lloran frente a las imágenes de este Haití. Pienso en Luigi y su amigo David y en el guía que me desafiaba a cada paso, con cada mirada. El médico cubano, los argentinos en la base militar; no alcanzo a rechazar las caras y cuerpos y manchas —el olor — del hospital de Puerto Príncipe. Se me olvidan un montón de personas que me encuentro por ahí y escucho de nuevo todos los consejos sobre tenerle mucho miedo a este maldito país. Se me cruza la charla que tuve hace unas horas con un chico que mañana me va a llevar a la frontera por la mitad de dinero que me pedía mi último chofer. Me acuerdo de que en

ese momento pensé “qué hijo de puta ese tipo”, y no sé si algo más.

Hoy ya es mañana y el chico me lleva por última vez a la frontera con Dajabón, en República Dominicana. Me causa de verdad mucha gracia cuando el auto se queda y nosotros con él a un costado de la ruta, haciendo lo que se hace acá, buscando una sombra, mirando, esperando que la solución aparezca. Y aparece en la forma de una camioneta que frena y nos pregunta si nos gustaría un aventón hasta la frontera, y decimos que sí, claro. Ya en la 4 x 4 con aire acondicionado, la imagen que me elige es la de hace un rato, cuando nos quedamos, y todavía sentado adentro del auto veo cómo el chico se sumerge en el motor para tratar de adivinar qué pasa, si será lo mismo que ya se rompió mil veces, si será un descubrimiento, todo su esfuerzo que, sabremos después, no servirá de nada. Con eso en la cabeza, me pregunto por enésima vez qué es esto —qué, por dios—, pregunto cómo y por qué. Por enésima vez me intento, y me digo que en un rincón de este lugar llamado Haití, en algún lugar, algo de todo esto que voy dejando atrás va a empezar a cambiar. Después pienso en lo que sin querer leí en el espejito lateral del auto de mi chofer y que hacía mucho no leía: “Los objetos en el espejo están más cerca de lo que parece”.

Pienso que no sé qué significa, pero que quiero terminar así.

Luigi vivía en República Dominicana. Pero su familia estaba en Puerto Príncipe cuando todo tembló. “Volví para ayudar a mis padres. Sus casas se derrumbaron.” Cada familia debe contratar una grúa para despejar los escombros. Esas grúas cobran diez mil dólares, lo que en un lugar como Haití suena de lo más inverosímil.

En 2010 Haití sufrió el peor terremoto de su historia, que desde entonces pasó a ser otro de esos datos que ya no podrán faltar en su biografía. Pero lo sorprendente es que, en este país, no alcanza con 300 mil muertos en unos cuantos minutos para asegurarse el primer lugar en esa lista. Este libro se apoya sobre las grietas todavía abiertas para tratar de contar qué hay más allá del sismo, por qué Haití está Haití. Claro que no encuentra respuestas, pero plantea una serie de preguntas mientras atraviesa sus mitos, estereotipos y contradicciones.

Aydetí, Haití recorre la historia del país para entender por qué esta pequeña porción de tierra rellenada con esclavos africanos pasó de ser el territorio francés más productivo del mundo a su gran decepción, y por qué ese desplante todavía hoy se siente en la isla.

El país más empobrecido de Occidente es también la tierra de las ONG, y en esta historia de sociólogos costarricenses,

guerreros rusos y médicos cubanos, todos cuentan su propia versión de Haití.

Fernando Casella nació en 1981 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Estudió abogacía, algo de periodismo, decidió escribir crónicas y viajó. Probó con el terremoto y tsunami de Chile en 2010 con *Cinco centímetros de marco*. Quiso ver de cerca qué pasaba con los migrantes que llegaban a Europa en *Camino a Lampedusa*. Y con *Aydetí, Haití* prueba un imposible: tratar de entender qué es este lugar llamado Haití.

Esperamos que hayas disfrutado este libro.

Con tu compra y recomendación estás apoyando a los autores independientes.

Descubrí nuestro catálogo:

www.tiendapam.com.ar

Índice

Cubierta
Portada
Créditos
Dedicatoria
Epígrafes
Prólogo
1. Había una vez Ayití
2. ¡Ah, yo soy haitiano!
3. Un mundo real
4. Pray for me
5. ¡Libre al fin!
6. Los barrios bajos
7. Padre e hijo
8. Peligro: Haití
9. Ocupándo(se) de Haití
10. El último cocotero en pie
11. Espejito, espejito
12. Los dioses están de mi lado
13. Primeras veces
14. Haití vs. El mundo
15. Allá, en el Cabo
Sobre este libro

Sobre el autor
Tienda PAM

METRÓPOLIS
LIBROS